

DOCUMENT RESUME

ED 473 625

FL 801 576

TITLE Jaime Torres Bodet: Centenario de su Natalicio (Jaime Torres Bodet: 100th Anniversary of His Birth).
INSTITUTION Centro de Cooperacion Regional para la Educacion de Adultos en America Latina y el Caribe (CREFAL), Patzcuaro (Mexico).
ISSN ISSN-0188-8838
PUB DATE 2002-00-00
NOTE 153p.; Published three times per year. Theme issue.
PUB TYPE Collected Works - Serials (022)
JOURNAL CIT Revista Interamericana de Educacion de Adultos; spec iss 2002
LANGUAGE Spanish
EDRS PRICE EDRS Price MF01/PC07 Plus Postage.
DESCRIPTORS *Adult Education; Educational Objectives; Foreign Countries;
*Literacy Education
IDENTIFIERS *Mexico

ABSTRACT

Articles in this issue, written in Spanish, focus on the following: the philosophy of Jaime Torres Bodet (humanistic vision of adult education; objectives of public education in Mexico; Mexico and the issue of culture; The Mexican National Museum of History; Enrique Gonzalez Martinez, poet of all hours; Marti, Cuba's champion; educational challenges; homage to Master Antonio Caso; Cervantes and Don Vasco de Quiroga; Bolivar's presence; adult education; renunciation of the UNESCO Directorate-General; initiation of the campaign against illiteracy. (Adjunct ERIC Clearinghouse on ESL Literacy Education) (AS)

Reproductions supplied by EDRS are the best that can be made
from the original document.

ED 473 625

REVISTA INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN DE ADULTOS

ISSN 0188-8838

NÚMERO ESPECIAL, 2002

U.S. DEPARTMENT OF EDUCATION
Office of Educational Research and Improvement
EDUCATIONAL RESOURCES INFORMATION
CENTER (ERIC)

This document has been reproduced as
received from the person or organization
originating it.

Minor changes have been made to
improve reproduction quality.

Points of view or opinions stated in this
document do not necessarily represent
official OERI position or policy.

CREAL

PERMISSION TO REPRODUCE AND
DISSEMINATE THIS MATERIAL HAS
BEEN GRANTED BY

Lázaro Cárdenas

TO THE EDUCATIONAL RESOURCES
INFORMATION CENTER (ERIC)

1



FL 801576

JÁIME TORRES BODET
CENTENARIO DE SU NATALICIO

BEST COPY AVAILABLE

REVISTA INTERAMERICANA DE
EDUCACIÓN
DE ADULTOS

NÚM. ESPECIAL, 2002



JAIME TORRES BODET
CENTENARIO DE SU NATALICIO



Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe
Pátzcuaro, Michoacán México

DIRECTORIO



Director General
Alfonso Rangel Guerra

Director Académico
Jorge Rivas Díaz

Directora de Investigación y Docencia
Alicia Moreno Cedillos

Director de Administración
Benjamín González Martínez

Revista Interamericana de Educación de Adultos. Publicación cuatrimestral. Número Especial, 2002. Centenario del natalicio de Jaime Torres Bodet.

Las opiniones expresadas en los trabajos firmados son responsabilidad de sus autores. Se autoriza la reproducción de información si se cita la fuente. Para publicaciones de distribución comercial se requiere el permiso de los editores. Certificado de título No. 7910 y de contenido No. 5611. Reserva No. 04-2000-090413041700-102. Distribuido por CREFAL, Av. Lázaro Cárdenas s/n, Pátzcuaro, Michoacán, México, C.P. 61609, Impreso en México.

REVISTA INTERAMERICANA DE
EDUCACIÓN
DE ADULTOS



Editor

Alfonso Rangel Guerra

Editor Ejecutivo

Jorge Rivas Diaz

Compilación

Alfonso Rangel Guerra

Comité Editorial Interno

*Alfonso Rangel, Jorge Rivas, Héctor Menchaca, Martha Eyzaguirre, Alicia Moreno,
José Luis Hernández, Juan Rodríguez, Luz Margarita Mendieta*

Responsables de la Revista

José Luis Hernández Ortiz

Luz Margarita Mendieta Ramos

Diseño de interiores y formación

Ma. Salud Mendoza González

BEST COPY AVAILABLE

FOTO DE LA PORTADA

Jaime Torres Bodet. Archivo Fotográfico del CREFAL

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

El pensamiento de Jaime Torres Bodet: una visión humanista de la educación de adultos <i>Alfonso Rangel Guerra</i>	9
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---

JAIME TORRES BODET. ANTOLOGÍA

I. TEXTOS

Los objetivos de la educación pública de México	29
México y la cultura	35

II. DISCURSOS

Misión de los escritores	45
La escuela mexicana	51
El aprendizaje histórico	59
El Museo Nacional de Historia	65
Enrique González Martínez, poeta de todas las horas	69
Deber y honra del escritor	73
Martí, paladín de Cuba	83

El problema de la educación es el problema del hombre	87
Homenaje al maestro Antonio Caso	93
Ejemplo de Cervantes y de Don Vasco de Quiroga	97
Presencia de Bolívar	101
La educación de los adultos	107
Una esperanza y un testimonio	115
Renuncia a la Dirección General de la UNESCO	121

III. MEMORIAS

Iniciación de la Campaña contra el analfabetismo	127
En el castillo de Hamlet. La educación de los adultos	141
Gestiones para crear un centro de educación fundamental en Pátzcuaro	145
Viaje a México. Visita a Pátzcuaro. Inauguración del CREFAL	149

IV. POESÍA

Solidaridad	161
Civilización	162
El gran caído	164
Al hermano posible	166

PRESENTACIÓN

Este número está dedicado a Jaime Torres Bodet, al celebrarse el centenario de su nacimiento (17 de abril de 1902). Sus ideas y reflexiones sobre educación y cultura están recogidos, principalmente, en sus discursos como Secretario de Educación Pública y como Director General de la UNESCO. También en sus *Memorias* dedicó alguno de sus textos a estos temas, que fueron durante tantos años el propósito y el contenido de su función pública.

Ante la imposibilidad de recoger en estas páginas todos sus pronunciamientos sobre educación y cultura, se preparó esta antología en la que se ofrecen testimonios y declaraciones en los que se contienen sus ideas fundamentales sobre el sentido, la significación y los propósitos de la educación al servicio del hombre y su sociedad, así como sobre la importancia de la cultura, entendida como expresión del espíritu y de la sensibilidad del hombre, cuyas manifestaciones en los campos de las artes, el pensamiento y la historia revelan la dimensión humana y su capacidad de trascendencia universal.

En estos textos seleccionados de la extensa obra de Jaime Torres Bodet, queda también presencia de su preocupación por identificar lo propio de la cultura y la historia mexicanas, no sólo como contenido y parte del proceso educativo, sino también como lenguaje y testimonio del ser nacional, en el ámbito hispanoamericano.

El más antiguo de los discursos recogidos aquí es del año 1942, leído en el PEN Club Internacional de la ciudad de México. El último discurso seleccionado fue dicho ante la UNESCO, en 1952, cuando renunció al cargo de director general. El último texto en tiempo publicado en este número, procede de sus *Memorias* y se publicó el año de 1981.

Aunque la mayor parte de los textos aquí reunidos son discursos íntegros pronunciados en distintas ocasiones y acontecimientos, hay dos que tienen diferente origen, como sus reflexiones sobre el Artículo Tercero Constitucional y sobre su significación en el esfuerzo de establecer los principios de la educación mexicana en la formación del individuo como persona y también en el ámbito nacional e internacional. Es parte del informe sobre su gestión como Secretario de Educación Pública (1946). Además, el texto que escribió como Prólogo al volumen *Méjico en la cultura*, también de 1946, obra escrita por varios autores, impulsada y concebida por el propio Torres Bodet. Entre sus discursos, se incluye el pronunciado en Elsinor, Dinamarca (1949), en la primera reunión internacional de la UNESCO sobre educación de

adultos, antecedente y origen de las otras muchas realizadas en diferentes partes del mundo por diferentes organismos, en la segunda mitad del siglo veinte y principios del actual. También se recogió, por su importancia para el CREFAL, el discurso leído en el acto inaugural de esta institución (9 de mayo de 1951).

De sus *Memorias* se eligieron solamente aquellas partes en las que dejó referencias a la creación del CREFAL, aunque todas sus *Memorias* merecen ser leídas como ejemplo de la maestría y pulcritud con que Jaime Torres Bodet manejó siempre la prosa.

Finalmente, se incluyeron cuatro poemas de sus amplia obra poética, en los que expresó sus inquietudes y sensibilidad en torno al hombre y la condición humana.

El contenido de esta antología se ha ordenado en cuatro partes: I. Textos; II. Discursos; III. Memorias y IV. Poesía. Les antecede el texto de la conferencia dictada en el CREFAL el 17 de abril de 2002, como inicio de la celebración del centenario del nacimiento de este ilustre mexicano, y de la Cátedra "Jaime Torres Bodet" 2002.

Las palabras con las que concluye *El desierto internacional*, cuarto libro de sus *Memorias*, al referirse a su regreso a México después de su renuncia a la UNESCO en 1952, ofrecen un fiel retrato de este mexicano ilustre:

Abracé a los fieles que fueron a darme la bienvenida. En un taxi, junto con mi mujer, tomé el camino que nos conduciría hasta nuestra casa. Podría apreciar allí –durante más de un año– el sabor de la soledad.

Desde la pequeña terraza que da al jardín, contemplé la noche, infinita y clara. Descendía de las estrellas un silencio piadoso como un consejo. La serenidad del cielo invernal del valle me ha parecido siempre una gran lección. Vino a mi memoria una sentencia de Goethe: "Si quieres saber lo que vales, trata de cumplir con tu deber." ...Iba a averiguar lo que vale a solas un hombre libre. Libre de sus obligaciones públicas, pero no del pacto que hizo –consigo mismo– en las horas más hondas de su existencia: afirmar su destino y respetar el de los demás.

*Alfonso Rangel Guerra
Director General del CREFAL*

EL PENSAMIENTO DE JAIME TORRES BODET: UNA VISIÓN HUMANISTA DE LA EDUCACIÓN DE ADULTOS

ALFONSO RANGEL GUERRA

Jaime Torres Bodet ocupa un sitio prominente en la historia de la cultura mexicana del siglo veinte. Hombre de letras toda su vida y entregado desde la juventud a la función pública; miembro del servicio exterior primero, después Subsecretario de Relaciones Exteriores, Secretario de Educación Pública en dos ocasiones, de 1943 a 1946 y de 1958 a 1964; Secretario de Relaciones Exteriores; Director de la UNESCO de 1948 a 1952; Embajador de México en Francia, dejó una huella perdurable en su paso por todos estos cargos. Coordinó la nueva redacción y seguramente fue el hacedor principal, del texto del Artículo Tercero Constitucional aprobado por el Congreso en el año de 1944, con el que se superó un conflicto de varios años por el establecimiento que el anterior hacía de la educación socialista, texto que se ha mantenido sin cambios en la parte conceptual que define y precisa la naturaleza y fines de la educación mexicana; al frente de la UNESCO logró para esta institución un impulso en sus acciones y presencia en los países llamados luego del tercer mundo o en vías de desarrollo; animador y ejecutor, en 1958, del Plan de Once Años, primer esfuerzo nacional de planeación educativa en México; creador de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito; creador del Museo de Historia en Chapultepec y del Museo Nacional de Antropología e Historia, la Pinacoteca del Virreinato y de otras muchas instituciones y promotor y realizador de acciones que sería largo enumerar; autor, además, de una obra poética, narrativa y ensayística que lo sitúa entre las figuras prominentes de las letras mexicanas del siglo pasado, su herencia continúa ofreciendo frutos en beneficio del país y de las nuevas generaciones de mexicanos.

Jaime Torres Bodet nació en la ciudad de México el 17 de abril de 1902. Su vida mostró, muy tempranamente, la vocación poética y literaria y una clara orientación hacia el servicio público y las tareas intelectuales. Cursó las primeras letras en la escuela primaria anexa a la Escuela Normal y tiene apenas 16 años cuando termina sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, para continuarlos en la de Jurisprudencia. Al cumplir diecinueve años, apenas tres después de haber sali-

do de la Escuela Nacional Preparatoria, es designado secretario de ésta. Es el año de 1921, fecha en que se crea la Secretaría de Educación Pública, del que es primer titular José Vasconcelos, quien desde un año antes estaba al frente de la Universidad Nacional. José Vasconcelos nombra al joven Torres Bodet como su secretario particular y la cercanía con esta importante figura de la cultura nacional debió dejar huella en el espíritu del joven, que ya empezaba a despuntar en la creación poética. "Quien no lo haya tratado en esos días de 1921 —escribió años después Torres Bodet sobre José Vasconcelos— no tendrá una idea absolutamente cabal de su magnetismo como 'delegado de la revolución' en el ministerio. La juventud vibró desde luego ante su mensaje, de misionero y de iluminado."¹ Un año después, en 1922, Torres Bodet pasa a la jefatura del departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, donde permanece tres años; aquí participó en la revista *El libro y el pueblo*. Ese mismo año fue fundador y codirector, con Bernardo Ortiz de Montellano, de la revista literaria *La falange*.

En los primeros años juveniles Jaime Torres Bodet dedica sus inquietudes a la poesía. Cuando en los años de madurez recoge en sus *Memorias* aquellas experiencias casi infantiles, el recuerdo de un juicio que le mereció un poema suyo de parte de su maestro de poesía en la Preparatoria, Enrique Fernández Granados, escribe: "¡Ser un hombre de letras! Aun cercada entre admiraciones, la exclamación no contiene sino una parte muy débil de mi esperanza a los doce años."² La vocación lo conduce por el camino de las letras. En 1924 el doctor Bernardo J. Gastelum, designado Jefe del Departamento de Salubridad (antes de convertirse en secretaría), nombró a Torres Bodet su secretario particular. Sólo el año anterior, en 1924, había publicado tres libros de poesía. Imparte clases en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Altos Estudios. En 1928 participa en la creación de la revista *Contemporáneos* y ese mismo año renuncia a su trabajo en Salubridad, presenta examen para su ingreso al servicio exterior y parte a España como tercer secretario de la Legación de México. Pasa después a La Haya, París, Buenos Aires y Bruselas. Son diez años de actividad en el servicio exterior y en la capital de Bélgica lo sorprende la segunda guerra mundial. Es el año de 1940, regresa a México e interrumpe su carrera diplomática. Ese mismo año, el presidente Manuel Ávila Camacho lo designa Subsecretario de Relaciones Exteriores. Permanece en el puesto hasta fines del año de 1943, pues el presidente lo designa Secretario de Educación Pública, sustituyendo al militar y abogado Octavio Véjar Vázquez. Empieza, en la vida de Jaime Torres Bodet, la larga etapa dedicada a la

¹ Jaime Torres Bodet, *Memorias, Tiempo de arena*, Ed. Porriúa, México, vol. I, p. 83.

² Ibid, p.37.

educación y la cultura, que salvo los dos años en que fue Secretario de Relaciones Exteriores, de 1946 a 1948, y Embajador de México en Francia, de 1955 a 1958, se continúa hasta el año de 1965, cuando concluye su desempeño, por segunda ocasión, como Secretario de Educación Pública en el gobierno de Adolfo López Mateos, después de haber sido Director General de la UNESCO de 1948 a 1952.

Cuando Jaime Torres Bodet llega a la Secretaría de Educación Pública en 1943, tiene cumplidos 41 años de edad. En este momento de madurez física e intelectual, su obra literaria cuenta ya con 18 libros publicados: diez de poesía, siete de novelas y relatos y uno de crítica literaria. Puede decirse que su paso por la poesía y la narrativa ha afinado su sensibilidad y le ha permitido poseer una visión amplia sobre las situaciones humanas y sociales de la existencia, de modo que esta visión y esta sensibilidad orientan ya su actitud como servidor público. Aunque no abandona las letras al dedicar su vida a la tarea pública, se reduce notablemente su presencia en la creación literaria de esos años. De sus muchos libros de poesía, *Los días*, publicado en México en 1923, contiene un breve poema que pareciera premonitorio, si se considera la dedicación posterior de su vida. Este breve poema dice:

*Estoy solo. Mañana va a empezar la cosecha.
Tras un año fecundo, la alegría esperada...
Un agrio viento silba por mi ventana estrecha
y pienso, entre la sombra: Yo no he sembrado nada...³*

Su tiempo de sembrar llegó finalmente. Jaime Torres Bodet dice al respecto:

Transcurrieron los años. La vida me impuso otro género de deberes. Participé en la Administración: primero como Subsecretario de Relaciones Exteriores; después, de diciembre de 1943 a noviembre de 1945, como Secretario de Educación Pública y, de diciembre de 1946 a noviembre de 1948, como Secretario de Relaciones Exteriores. La poesía cobró, en mi existencia, un significado sumamente distinto: se volvió acción.⁴

Torres Bodet ocupó el cargo de Secretario de Educación Pública el 24 de diciembre de 1943. La tarde del último día de ese año, viernes, Torres Bodet paseó por los patios de la secretaría. Se había demolido la galería central que separaba las alas sur y norte del edificio. Hoy, esa galería existe y la escalera central que

³ *Jaime Torres Bodet, Los días, Ed. Herrero, México, 1923, p. 160.*

⁴ *Emmanuel Carballo, Protagonistas de la literatura mexicana, "Sepan cuantos...", núm. 140, Ed. Porrúa, México, 1994, pp. 231-232.*

conduce al segundo piso, fue mandada reconstruir por Torres Bodet. El paseo de ese día último de 1943 lo cuenta él mismo en sus *Memorias* y la reflexión que acompaña a ese recuerdo, merece nos detengamos en ella: "La obra no se inició sino meses más tarde. Si aludo a ella, en estos momentos, es porque la noche que sentí la urgencia de comenzarla me dio una objetiva noción de lo que iba a ser mi destino, durante años:rehacer la secretaría, tratar de darle un sentido de enlace humano y de unión patriótica; evitar las discordias políticas y las inútiles controversias; asociar los extremos que amenazaban ruina; ligar de nuevo, con una afirmación de esperanza, el norte y el sur de todas las inquietudes, y hacer –de cuanto lográsemos reparar– una escalinata afectiva, para el ascenso de nuestro pueblo hacia planes más elevados y resistentes, más libres y más dichosos."⁵

Cuando el general Manuel Ávila Camacho llega a la presidencia, el país tiene 19 millones 649 mil habitantes. De estos, sólo tres millones 928 mil eran población urbana y el resto, o sea 15 millones 721 mil, eran población no urbana. El analfabetismo alcanzaba ese año (entonces se cuantificaba esta población a partir de los seis años de edad) un promedio de 47.88 %, que en números absolutos era una población de casi nueve millones y medio de personas. Ante esta situación, es fácil entender que la acción de la Secretaría de Educación Pública debía orientarse necesariamente hacia las mayorías, con especial atención a la población marginada e indígena. Jaime Torres Bodet fue consciente de ello desde el momento de tomar posesión de su cargo y pocos meses después ya trabajaba en la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. Sin ser obviamente la única tarea, cobró prioridad en los años en que estuvo al frente de la secretaría, dándole un gran impulso a este esfuerzo. Pero no se limitó a esto, pues obtuvo del presidente Ávila Camacho que esta campaña se apoyara en una ley. Esto ocurrió apenas nueve meses después de ocupar Torres Bodet el cargo de Secretario de Educación.

Así resume el crítico Emmanuel Carballo las actividades de Jaime Torres Bodet en 1944:

Año fundamental en la vida de Jaime Torres Bodet como Secretario de Educación. El 3 de febrero inaugura las labores de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Libros de Texto, el 23 de abril preside en Saltillo el Congreso de Educación Normal, el 10 de julio coloca la primera piedra del edificio destinado a la Escuela Normal Superior, el 21 de agosto expide el presidente Ávila Camacho la Ley de Emergencia que estableció la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. El 27 de septiembre inaugura en el Castillo de Chapultepec el Museo Nacional de Historia. Ese mismo año se sentaron las bases para la constitución del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción

⁵ *Jaime Torres Bodet, Memorias. Tiempo de arena, Ed. Porrúa, México, vol. I, pp. 242-243.*

de Escuelas, así como las del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, inaugurado el 19 de marzo de 1945. Además, empezó a publicarse la Biblioteca Enciclopédica Popular, que editó más de 120 números al precio de 25 centavos por ejemplar.⁶

En este sorprendente conjunto de actividades destaca la Ley de Emergencia que puso en marcha la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. En esta ley se estableció como obligación que todo mexicano mayor de 18 años y menor de 60, que supiera leer y escribir, enseñara a leer y escribir a otro compatriota que no supiera hacerlo. De los casi nueve millones y medio de analfabetos, se consideraron aparte los mayores de 40 años y los indígenas monolingües, sujetos a acciones especiales, que sumaron casi tres millones y medio; del resto, o sea un poco menos de seis millones, al concluir el gobierno del general Ávila Camacho y el desempeño de Torres Bodet como Secretario de Educación Pública, se atendieron mediante esta campaña un poco menos de millón y medio, o sea un 25 % del total nacional de analfabetos. En su informe de labores al concluir su gestión, afirmó Torres Bodet:

Saber leer y escribir no equivale, sin duda, a haber seguido paso tras paso un ciclo completo de educación. Saber leer y escribir constituye un mínimo, un estricto mínimo. Por eso precisamente, porque es un mínimo –pero un mínimo que, por cierto, no ha logrado obtenerse por igual para todos los mexicanos, estimamos indispensable plantear la cuestión en términos nacionales. No hay problema social que no resalte como raíz recóndita la ignorancia. El alcoholismo, la criminalidad, la mendicidad y el desarrollo precario de la agricultura y de las industrias pueden atribuirse a muchos orígenes; pero en todos estos orígenes hallaremos, más o menos cercana, presente siempre, una sombra dramática: la incultura.⁷

Al concluir su desempeño como Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet fue invitado por el presidente Alemán a ocupar el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores. Esta responsabilidad se limitó a dos años, pues el Consejo Ejecutivo de la UNESCO acordó el 23 de noviembre de 1948 proponer oficialmente a Jaime Torres Bodet como director general de este organismo. Debe recordarse que en 1945, en su carácter de Secretario de Educación Pública, viajó a Londres en noviembre para asistir a la Conferencia constitutiva de la UNESCO, encabezando la delegación mexicana y acompañándolo como miembros de esa Delegación, José Gorostiza y Samuel Ramos. En esta ocasión fue designado miembro de la comisión redactora del acta constitutiva del nuevo organismo. La Conferencia General de la UNESCO lo eligió como Director General en Beirut, Líbano, el día 26 de ese mismo mes y tomó posesión el 19 de diciembre de 1948. En el discurso

⁶ Emmanuel Carballo, Jaime Torres Bodet, *Col. Un Mexicano y su obra, Empresas Editoriales, México, 1968*, p. 136.

⁷ La obra educativa en el sexenio 1940-1946, *SEP, México, 1946*, p. 47.

pronunciado en esa ocasión, Jaime Torres Bodet proclamó su fe en el humanismo: "La interdependencia mundial, que hoy se impone con caracteres irresistibles, no tiene sólo lugar en lo político y lo económico. El espíritu y la cultura no son en modo alguno ajenos a ella. Voces de todos los ámbitos proclaman que marchamos hacia un nuevo humanismo." Es evidente que el signo histórico impone características y orientación a las ideas y conceptos con los que el hombre identifica sus tareas esenciales y proyecta su acción en el tiempo. Por ello, si el humanismo clásico estuvo centrado en la inteligencia, Torres Bodet es consciente de que esta concepción no es suficiente en la mitad del siglo veinte.

La inteligencia –dijo Torres Bodet en esa ocasión– desplegó todas sus potencialidades en la técnica, en el dominio de la naturaleza por el hombre, pero fue incapaz de mover entre los hombres resortes eficaces de concordia y de virtud [...] Lo que debe hacerse, por tanto, sin sacrificar a la inteligencia, es integrarla armoniosamente con otras virtudes humanas que acaso de otras culturas extrañas a la nuestra podamos aprender. El humanismo clásico se encerró en otros tiempos en el Mediterráneo; el humanismo moderno no puede tener términos ni fronteras. Contribuir a plasmar este nuevo humanismo en la conciencia de la humanidad es, por ventura, el más alto fin de la UNESCO.⁸

Bajo este aspecto de universalidad, donde el hombre adquiere preeminencia por su valor esencial como persona, se rigió la conducción de las acciones de Torres Bodet en la dirección general de la UNESCO. Ésta tenía apenas tres años de vida y su primer director había sido el inglés Julián Huxley. Cuatro años estuvo Jaime Torres Bodet al frente de la UNESCO, hasta finales de 1952, y en todo este tiempo impuso su impronta a la organización. Funcionario infatigable, viajero permanente para confirmar con su presencia el interés del director general de la UNESCO en las acciones emprendidas y en las reuniones, conferencias y comisiones impulsadas, estuvo presente en numerosas situaciones promovidas por el organismo. En febrero, menos de dos meses después de su designación, ya está en Bruselas, donde frente a la Comisión Nacional Belga ratifica los principios que hacen posible una política internacional en favor de la educación, la ciencia y la cultura. En abril viajó a Cleveland, Ohio, para impulsar las labores de la Comisión Nacional de los Estados Unidos para la UNESCO. En esta ocasión afirmó: "Nadie posee realmente nada cuando no es digno de disponer de lo que posee, para el bien de la

⁸ Jaime Torres Bodet, *Discursos en la UNESCO, SEP, Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO, México, 1987, pp. 32-33.*

humanidad.⁹ Este pensamiento muestra la dimensión otorgada a las acciones humanas más allá de límites y fronteras, acciones concebidas para cumplirse ahí donde son necesarias, dada la desigual distribución en el mundo de los bienes, los servicios, la cultura y la educación. Por eso es importante destacar en el pensamiento de Torres Bodet la convicción humanista que orientó sus acciones y propuestas. Y en la base de esta convicción, una idea fundamental en relación con la responsabilidad ineludible de todos aquellos que de una o de otra manera, somos beneficiarios de los bienes de la civilización, idea que conlleva al mismo tiempo el valor y la responsabilidad de la participación en las tareas humanas superiores. Merece recordarse la cita que hace en su discurso de septiembre de 1949 en París, de un pensamiento del historiador francés Jules Michelet, pues al mencionarlo Torres Bodet convierte ese pensamiento en propio: "Creo en el porvenir, porque yo mismo lo estoy haciendo",¹⁰ idea que para algunos pudiera significar soberbia histórica, pero que finalmente conduce a una posición de reconocimiento del valor que tiene lo que el hombre hace, no importa quien sea, cuando esa acción se apoya en la significación humanística de todo aquello que pugna por mejorar las condiciones básicas de la persona y de la sociedad.

Seis meses después de asumir la Dirección General de la UNESCO, Jaime Torres Bodet inaugura la Conferencia Internacional sobre la Educación de los Adultos, en el Castillo de Kronborg, en Elsinor, Dinamarca. El discurso que pronuncia en esta ocasión contiene una visión clara del significado y trascendencia de esta educación en el contexto de la sociedad humana. Antes de pasar a la revisión y análisis de las ideas expuestas en este discurso, es pertinente una reflexión sobre el sentido y valor que el desempeño de la función pública tuvo en la vida de Jaime Torres Bodet. Él mismo, en sus *Memorias*, recuerda lo que le dijo el poeta Carlos Pellicer al aceptar a fines de 1943 la invitación del presidente Ávila Camacho para hacerse cargo de la Secretaría de Educación Pública: "Te has retirado, Jaime, a la vida pública". Es decir, la decisión significaba dejar de lado no sólo las letras, sino ese ámbito o espacio que les es natural y propicia el diálogo y el intercambio de las ideas. En vez de esto, largas jornadas de trabajo, obligaciones y responsabilidad permanentes, soledad, la exigencia de tomar siempre decisiones que no admiten retraso. Todo, contrario a esa otra visión de la vida que se manifiesta en el ocio creador. Entonces no faltaron críticas y juicios que establecieron la disminución del escritor frente a las exigencias a que se ve sujeto el funcionario público. Así fue en efecto, pero también hay que decir que la vida le concedió a

⁹ Ibid, p. 59.

¹⁰ Ibid, p. 119.

Torres Bodet tiempo para regresar a las letras, la poesía por una parte y por otra a los muchos ensayos que coronaron su tarea de escritor. Ensayos sobre Balzac, Pérez Galdós, Dostoievsky, Marcel Proust, Rubén Darío y algunos más. Pero nunca se ha reconocido que en los muchos discursos que pronunció Torres Bodet con motivo de su función pública, quizá un número cercano a los 200 (sólo de su período en la UNESCO se han recogido 50), varios de ellos esconden verdaderos ensayos, en los que se desarrollan ideas y juicios críticos en torno a la educación y la cultura. El ensayo es una manifestación libre del espíritu, donde van revelándose, mediante la gracia y la conducción de la inteligencia, los elementos propios de un fenómeno o de una circunstancia, la mayoría de las veces esencialmente humanos, privativos del hombre y de la sociedad. Los textos de los discursos de Torres Bodet merecen valorarse desde este punto de vista. Con esta visión nos acercaremos a su discurso sobre la educación de adultos de junio de 1949.

La primera afirmación de Torres Bodet está dedicada a precisar que la educación de adultos no es una concepción surgida en la mitad del siglo veinte, pues la considera una "idea permanente de la cultura". Se remonta a la época de Sócrates, cuando su palabra perturbaba a los ciudadanos de Atenas. Sócrates "concebía la filosofía como existencia y la existencia como pedagogía, como 'paideia'. ¿No fue Platón —dice Torres Bodet— quien proclamó que, para educar al ciudadano, hay que educar a la ciudad? Y la ciudad, en el mundo clásico, ¿no era, en verdad, el Estado mismo?"¹¹ Esta idea de Torres Bodet es importante, en la medida en que nos hace comprender que el valor de la educación de adultos no radica sólo en la liberación y la superación del iletrado, sino también en que esta acción cobra su significación más allá del individuo, en el ámbito de la comunidad, en la medida en que la transformación del hombre hace posible la de la sociedad toda. En este sentido, el valor de la educación trasciende lo individual para ubicarse en el ámbito de la comunidad humana. Y en cierto modo, esta idea también se significa si la consideramos a la inversa, es decir, que si nos preocupamos por la sociedad y su desenvolvimiento, caemos necesariamente en la necesidad de educar al individuo. De hecho, este principio de que no es posible educar al ciudadano si no se educa también a la ciudad, tiene estrecho parentesco con este otro que se planteó en los finales del siglo veinte, en relación con la llamada "ciudad del conocimiento", que no es sino la identificación de que el ámbito todo del espacio comunitario debe ser

¹¹ Ibid, p. 81.

propicio para la ampliación del conocimiento y también para el desarrollo de la inteligencia.

La educación de adultos, como la concibió Jaime Torres Bodet, se entiende como una vía para generar en el individuo una conciencia de responsabilidad, no sólo como persona sino también como miembro de una comunidad, de modo que la responsabilidad no se entiende sin su vinculación con la idea de solidaridad. Vista así esta tarea educativa, se proyecta con una gran dimensión pues si está orientada hacia la conciencia de la responsabilidad y a un mismo tiempo al sentido de solidaridad, Torres Bodet señala con toda claridad que más que enseñar un determinado arte, o una ciencia, de lo que se trata es de enseñar el ejercicio de la vida misma; es decir, acceder al alfabeto y los conocimientos debe permitir la orientación del individuo hacia la comprensión del valor de la vida humana. Este humanismo de la educación de adultos propicia que el individuo se acerque, por el camino de la enseñanza, a la comprensión del valor de la humanidad. La cultura de la responsabilidad sólo puede alcanzarse si el individuo es capaz de descubrir el valor de la vida y su pertenencia a ella, mediante su participación en la educación como tarea reveladora de actitudes y valores, mediante los cuales somos capaces de acceder a nuestra identificación como parte del linaje humano, como él lo llama. Así se otorga a la educación de adultos la capacidad de cumplirse de manera armónica y coherente con todo lo que palpita en la vida humana, la individual y la colectiva. Y como entonces la sombra de la guerra estaba todavía presente en aquellos años, es evidente que el valor de la paz adquiría una suprema significación. "Que las condiciones espirituales del mundo permitan que los hombres erijan la paz y que la erijan sobre el conocimiento de la verdad, para la justicia, para el bien y para el progreso."¹² Medio siglo después, la paz sigue siendo un frágil elemento de la sociedad humana, siempre vulnerable por la acción misma de los hombres.

En el pensamiento de Jaime Torres Bodet se contiene con claridad la idea de que el derecho conlleva necesariamente una obligación. No podemos llamarnos acreedores al derecho a la libertad, si no somos conscientes de la responsabilidad que se implica en esa libertad. El problema de la humanidad es el problema de las libertades del hombre. Sin educación no hay libertad, por eso el problema esencial de la humanidad es la educación, y en ella se contempla el camino de la liberación de los hombres. La ayuda técnica ayudaría notablemente a los países necesitados, "pero creo igualmente —afirmó Torres Bodet en ese mismo discurso de 1949— que

¹² Ibid, pp. 87-89.

ninguna de esas ventajas será durable si no se atiende en primer lugar a la educación."¹³

Alfabetizar y educar. Pareciera que ambos son los extremos de una línea tan extensa como la educación misma y su capacidad para alcanzar los niveles más altos de la formación humana. Y sin embargo, es preciso reconocer que el punto de arranque de esa línea es la base y el fundamento de todo aquello que puede llegar a ser la educación. Si es válida la idea de que la educación libera, ningún nivel educativo posee con más fuerza esa capacidad liberadora que la enseñanza del alfabeto, cuando aquél que la recibe está aislado del mundo por la ignorancia. "El niño es un proyecto de adolescente", declara Torres Bodet. "El adolescente, un proyecto de adulto. Y el adulto –se pregunta–, en verdad, ¿qué es? ¿De qué futuras realizaciones somos nosotros, todos nosotros, sólo el proyecto? Aquí, la interrogación adhiere a lo más entrañable e intransferible de nuestra condición personal. Por eso no podemos contestar la interrogación en términos colectivos."¹⁴ Esta reflexión nos deja ver cómo cada persona es poseedora de una condición única e irrepetible. Si accedemos a los bienes de la cultura, nuestra condición será distinta a la de aquellos que nunca llegaron a poseerlos, ni siquiera en su más elemental condición que son las primeras letras. Si el niño posee su propia atmósfera derivada de la misma edad; si el adolescente tiene la posibilidad de descubrirse a sí mismo, el adulto "no puede refugiarse en ninguna parte." Torres Bodet habla, claro está, de adultos por educar, y así al adulto sólo le queda "ser él mismo, aislándose del conjunto; o abdicar de sí mismo en la voluntad anónima de la masa."¹⁵ De ahí la importancia, para una sociedad en cuyos miembros permanece todavía la presencia de un número importante de iletrados, de incorporarlos mediante la educación. A los analfabetos los llama Torres Bodet los "vencidos de antemano". Y añade:

Porque eso son los analfabetos: víctimas de un combate en el que no han siquiera participado; testigos inocentes y anónimos de una historia que se hace a sus espaldas y, en ocasiones, a pesar suyo; adultos a los que exigimos victorias que no tienen ni las armas más elementales para ganar, o niños que nutrimos para que sean, cuando crezcan, ciudadanos sólo de nombre.¹⁶

En este discurso de Elsinor cuenta Torres Bodet una anécdota. La recogemos íntegra porque ilustra claramente el poder de la letra escrita y de la capacidad de escritura:

¹³ Ibid, p. 109.

¹⁴ Ibid, p. 85.

¹⁵ Ibid, pp.85-86.

¹⁶ Ibid, p. 102.

Años antes de ingresar en la institución a que pertenezco, colaboré en mi país en una campaña nacional de alfabetización. Al llegar el período de los exámenes, visité una población rural que los inspectores me habían descrito como uno de los puntos en que el esfuerzo había sido más insistente y más fervoroso. En una choza, bajo un techo de paja, una improvisada maestra enseñaba a leer y a escribir a un grupo de campesinas. Unos metros de tela oscura y mal encerada le servían de pizarrón. Tras de haber hecho leer varios trozos a las discípulas, expresé el deseo de que una, la menos joven, escribiera dos o tres frases, que elegí del cuaderno escolar empleado por la instructora. Sin vacilaciones, la alumna trazó las palabras del texto que le dicté. Me inquietó un poco, más que las faltas de ortografía, cierta mecánica rapidez que podía dar la impresión de un principio de automatismo. Le rogué entonces que escribiera su nombre en el pizarrón. En seguida me percaté de que aquélla, para su mano y para su espíritu, era en verdad una prueba nueva. Tomó el gis con recelo y, muy lentamente, letra por letra, comenzó a dibujar su nombre. Cuando hubo terminado lo leyó varias veces en voz muy baja. Y, de pronto, ante la sorpresa de todos, se echó a llorar. ¿Qué significaban aquellas lágrimas – que no recelaban, por cierto, ningún síntoma de amargura– sino el pasmo de encontrarse, al fin, a sí misma, súbitamente, tras de años que equivalían por la ignorancia, a una ausencia del propio ser? En esas líneas, de caracteres toscos y primitivos, se veía ella más limpiamente que en un espejo, con su pobre pasado a cuestas, humilde y dócil. ¿Y no había en aquellas lágrimas de triunfo, para todos nosotros, una enseñanza y un gran perdón?¹⁷

¿Cómo podríamos dejar de ver en esta reacción de la vieja mujer, que muestra la actitud de quien se descubre a sí misma a través del acto mismo de escribir su propio nombre, el gran significado que tiene para el individuo la capacidad de leer y escribir? En esta reacción está, quizá, la génesis de eso que más adelante será conciencia de libertad a partir de la posesión de la palabra y de la escritura; una libertad que exige, primero que nada, conciencia de ser, y al mismo tiempo capacidad para llegar a poseer la expresión propia. Y a partir de este primer paso, obtener la liberación de una dependencia en la que se aniquiló siempre la posibilidad del cambio y la transformación, de llegar el individuo a ser él mismo, condición necesaria para poder llegar a ser libre. Frente a esta singular capacidad de superación, debe adquirirse también la conciencia de la responsabilidad que conlleva ser miembro de una comunidad y la fuerza que se implica en este singular proceso que es la alfabetización.

Pero a pesar de la significación y la trascendencia de la alfabetización en los países con altos índices de analfabetismo, Torres Bodet estaba muy consciente de que ahí no terminaban los requerimientos de la educación en sociedades poco favorecidas. Por el contrario, además de identificar las tareas de alfabetización como una actividad "heroica" por lo que implica de esfuerzo y trabajo especial, bien sabía que enseñar a leer era sólo lo mínimo, –"el estricto mínimo", como lo

¹⁷ Ibid, p.p. 102-103.

dijo al concluir su primer desempeño como Secretario de Educación Pública, en 1945—en una empresa que exige de todos mucho más para poder alcanzar metas superiores. "No lo olvidemos—decía—porque lo realmente peligroso sería limitar a ese rudimento—el aprendizaje de la lectura y de la escritura—la formación de los pueblos del porvenir."¹⁸ Y su pensamiento se complementó con una conclusión acorde con esta tesis, idea que ya se expresó anteriormente: "Dentro de un mundo de técnicas infinitamente complejas y de aspiraciones crecientemente universales, la civilización sólo podrá desenvolverse en un medio en el que la superación de las masas no sea embrionaria sino armónica y coherente. Tal es el fin grandioso de la educación de adultos."¹⁹

Fue seguramente en el transcurso de la Conferencia General de la UNESCO en Elsinor, Dinamarca, del año 1949, donde Jaime Torres Bodet propuso la creación, por parte del organismo bajo su dirección, de los centros regionales para la educación de los adultos. Cuando el 9 de mayo de 1951 abrió sus puertas el CREFAL, las cifras a nivel mundial explican por qué Latinoamérica fue la primera región considerada en esta atención a los adultos: en 1951 se estimaba que la población mundial crecía a un ritmo del 1 % al año, pero Latinoamérica tenía entonces un crecimiento del 2 %. Sin embargo, el CREFAL no fue la única institución creada para la superación de las carencias mundiales en educación. En el acto inaugural del CREFAL el 9 de mayo de 1951, Jaime Torres Bodet anunció que en la próxima reunión de la Conferencia General de la UNESCO, que se celebraría el 18 de junio de ese mismo año de 1951, se sujetaría a aprobación de dicha Asamblea la creación de otros cinco centros, en África, Asia Meridional, Asia Sudoriental y en el Extremo y el Medio Oriente. En esa reunión se consideró un programa de doce años para abatir el analfabetismo en el mundo, con una red de seis centros en las regiones antes señaladas. Después del CREFAL, se creó un segundo centro en Egipto, un tercero en Tailandia y al parecer dos más, uno en Ceilán y otro en Corea. Por eso expresó Jaime Torres Bodet en sus palabras inaugurales del CREFAL: "Lo que haga el Centro de Pátzcuaro no sólo será benéfico para América Latina. Será también la piedra de toque del proyecto mundial, en su integridad."²⁰

¹⁸ Ibid, p. 89.

¹⁹ Ibidem.

²⁰ Ibid, p. 278.

En la mitad del pasado siglo veinte, la población mundial sumaba 2 378 millones de personas. De éstas, 1 200 millones no sabían leer y escribir. La urgencia y la necesidad de atender a este inmenso número de analfabetos eran obvias. De ahí que se pensara en esta red de centros de educación de adultos que hiciera posible, a nivel mundial, la reducción de esta impresionante cifra de iletrados en todo el mundo. En congruencia con el principio de que la alfabetización es sólo el comienzo de una tarea más amplia, se contemplaba también la formación, en el individuo, de otras aptitudes y otras capacidades. "El programa que hemos fijado para el Centro Latinoamericano –afirmó Torres Bodet en aquel discurso inaugural del CREFAL– no entraña, exclusivamente, un plan regional de alfabetización. No queremos exagerar el valor que tiene el simple adiestramiento mecánico de los iletrados en el aprendizaje de la lectura y la escritura. Este aprendizaje, indispensable sin duda, no constituye sino una de las tareas que los maestros reunidos en Pátzcuaro deberán perfeccionar. La educación de base se asigna metas más elevadas, puesto que pretende proporcionar a las comunidades rurales, no sólo un recurso práctico de comunicación con el exterior, merced a los libros y los periódicos, sino un mínimo de los elementos primordiales imprescindibles para una mejor adaptación de la vida de esas comunidades a los requerimientos de la época y del ambiente."²¹ Es decir, se trataba, desde un principio y como ya se comentó antes, de una preparación para la vida, entendiendo que la educación debe siempre tender a ello y no limitarse a ser una mera instrucción. Y si nos percatamos, este mensaje de Torres Bodet contiene la apertura para el futuro, pues en su parte final se establece que la adaptación de la vida de esas comunidades latinoamericanas deberá hacerse de acuerdo con "los requerimientos de la época y del ambiente."

Hoy, medio siglo después de haberse pronunciado aquellas palabras, es evidente que debemos estar conscientes de las necesidades en el siglo que comienza, lo que a su vez nos lleva a entender que el sentido y alcance de la educación de adultos también se ha ampliado y modificado con el tiempo. Desde aquella reunión de hace ya más de medio siglo en Elsinor, Dinamarca, hubo otras en diversas partes del mundo y en su conjunto manifiestan mundialmente la permanente preocupación por superar las condiciones de inequidad, marginación y falta de oportunidades de educación. Solamente en la última década pueden mencionarse los siguientes foros mundiales sobre problemas de educación para todos, más los que se ocuparon de Derechos Humanos, Medio Ambiente, Desarrollo Social, la Mujer, los Asentamientos Humanos y la Alimentación: Jomtien y Nueva York (1990); Río de Janeiro (1992); Viena (1993); El Cairo (1994); Copenhague y

²¹ *Ibid, pp. 276-277.*

Beijing (1995); Estambul y Roma (1996); Brasilia y Hamburgo (1997); Dakar (2000); Cochabamba (2001); Santiago de Chile (2002), más las conferencias regionales de Johannesburgo (1999); Bangkok, El Cairo y Recife (2000). De las reuniones sobre educación para todos merecen recordarse definiciones, principios y conceptos que dan clara idea de la dimensión que ha alcanzado lo que anteriormente se llamó sólo educación de adultos:

- El valor expreso que se otorga al ser humano (hombres y mujeres) y el respeto a sus derechos para hacer posible el desarrollo sostenible y equitativo.
- La educación entendida como una tarea a lo largo de la vida. Esta idea aplicada a la educación de adultos implica un replanteamiento de los contenidos de la educación más la idea de complementariedad y continuidad.
- Tomar en cuenta la edad de los adultos, las diferencias todavía existentes entre hombres y mujeres, las discapacidades y disparidades económicas.
- Los contenidos de la educación y su variación al tomarse en cuenta la condición económica, social, ambiental y cultural.
- La educación debe tomar en cuenta las necesidades de las personas.
- La necesidad de tomar en cuenta como resultado de la educación, más desarrollo económico y social, más alfabetización, reducción de la pobreza y mejoramiento del medio ambiente.
- La identificación de la educación de adultos como un proceso de aprendizaje formal y no formal para el desarrollo de sus capacidades y habilidades, y mejora de sus conocimientos.
- Reconocer que la educación de adultos, además de incluir la educación formal, la no formal y la permanente, comprende también la informal y la ocasional.
- Identificar la educación de jóvenes y adultos como una vía para alcanzar el desarrollo de su autonomía, el sentido de responsabilidad, así como la capacidad de enfrentar las transformaciones de la economía, la cultura y la sociedad en su conjunto.
- La educación como camino para promover la capacidad de coexistencia y tolerancia, y de participación en la comunidad.
- La condición de imperativo que adquieren la educación de adultos y la educación permanente en las nuevas sociedades del conocimiento.
- El establecimiento de las condiciones que hagan posible el ejercicio del derecho a la educación durante toda la vida.

- La alfabetización concebida como una actividad necesaria para la adquisición de conocimientos y capacidades básicas.
- Una educación para todos, de calidad, inclusiva, que satisfaga las necesidades primordiales, que se continúe a lo largo de la vida y que en lo tocante a educación básica permita superar la pobreza y las desigualdades.

Como puede verse, muchas de estas ideas ya habían sido expuestas por Jaime Torres Bodet y otras más son resultado de una nueva visión a partir de las experiencias obtenidas a lo largo del tiempo y de los problemas y características del nuestro.

Los 2 378 millones de habitantes del planeta en 1951 se han multiplicado y ahora, en el año 2000, suman, 6 055 millones, dos veces y media la cifra anterior. Y si de aquellos 2 378 millones, 1 200 eran analfabetos, o sea un 56.4 %, ahora del total mundial los analfabetos son 876 millones, es decir un 14.6 %. No deja de ser significativo que a pesar del notable incremento de la población mundial se haya logrado abatir el número de iletrados. Sin embargo, la tarea no está concluida, pues aunque en menor número todavía sigue habiendo analfabetos, con un conjunto de situaciones referentes a salud, pobreza y marginación, que exceden con mucho el problema educativo. Baste sólo decir que el 20 % de la población mundial participa del 88 % del producto interno bruto. Tal desigualdad, más la cifra citada de analfabetos, muestra una situación alarmante en el planeta. De ahí que siga siendo necesario mantener el impulso y el esfuerzo para no sólo continuar la tarea educativa, sino que además ésta deberá incrementarse en los próximos años.

A Jaime Torres Bodet se le ha reconocido, junto a Justo Sierra y José Vasconcelos, como uno de los secretarios de educación pública que más hicieron por impulsar, extender y mejorar la educación mexicana. Aquí sólo nos hemos ocupado de sus esfuerzos por la alfabetización y la educación de los adultos. Su herencia continúa dando frutos y nos obliga a mantener, ante su vida y su obra, una actitud de reconocimiento por todo lo que todavía sigue ofreciendo en frutos y realizaciones, para las nuevas generaciones del país y de Latinoamérica. Consciente del valor transformador de la educación, este luchador incansable por las causas esenciales de la humanidad, hizo llegar su palabra y sus acciones a todos los ámbitos, con la convicción de que sólo mediante la voluntad de servicio, se puede lograr la superación de las carencias y la pobreza diseminadas a lo largo y ancho de los continentes. A nosotros, herederos de esta acción siempre renovada y permanentemente orientada hacia la superación de la condición humana, nos corresponde mantenerla viva para beneficio de las nuevas generaciones.

JAIME TORRES BODET
A n t o l o g í A

BEST COPY AVAILABLE

I. Textos

LOS OBJETIVOS DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA DE MÉXICO*

El problema. El problema de un país joven es, ante todo, el problema de su independencia política. En profusión aparentemente contradictoria surgen las leyes y los decretos. Embriagados por la conquista de su soberanía jurídica, los pueblos dan la impresión de confiar excesivamente en la magia de las palabras, de las declaraciones, de las proclamas; consideran que las órdenes son razones, que los proyectos son hechos y juzgan que, para realizar una aspiración, basta con incluirla en el renglón de una Carta Magna.

El tiempo se encarga, en la práctica, de aclarar cuánto de incierto y prematuro contiene tan candorosa esperanza en el poder de las fórmulas del Derecho. El comercio, la banca, la industria, dominados durante lustros por monopolios que ni siquiera confiesan en ocasiones su extranjería, ejercen sobre el país que se estima libre un segundo y ávido coloniaje. Rotos los vínculos estatales que evitaban su autonomía, el pueblo siente que otras cadenas subsisten, aun más pesadas. Y, a su primera ambición —la de la independencia política— se añade, tarde o temprano, una ambición más profunda y menos fácil de definir: la de la independencia económica de la Patria.

En el fondo, ambos anhelos tienden a un fin idéntico: la verdadera libertad nacional. Pero uno y otro no se precisan sino en la hora en que advierten las mayorías que la independencia política y la económica suponen una premisa insustituible: la independencia moral, la soberanía de las capacidades, la libertad por la educación.

A 136 años del día en que Hidalgo anunció nuestra independencia y a 125 de la consumación de ese movimiento emancipador, encontramos los mexicanos que la obra no ha terminado y sentimos —algunos obscuramente— que nuestros adelantos son sobre todo nobles promesas y que, mientras no produzcamos más de lo que producimos y no elaboremos eficazmente los materiales de nuestro medio y no intensifiquemos y ampliemos nuestras industrias y no demos a todos nuestros hermanos ocasiones propicias para el trabajo por la preparación en la escuela y en

* *El título es de la redacción. El texto es la parte inicial del Prólogo a La obra educativa en el sexenio 1940-1946, Secretaría de Educación Pública, México, 1946, pp. 7-10.*

el taller, viviremos subordinados a un régimen de potencias tanto más peligroso cuanto que la independencia política que exaltamos nos ha atribuido una responsabilidad nacional que sólo podemos enaltecer con integridad acrisolando las fuerzas, sociales e individuales, que indefectiblemente derivan de una conciencia auténtica de la vida.

Desde sus albores, la Revolución Mexicana de 1910 sintió que era así, en la escuela, donde debía afianzarse la libertad de la nación. A la atención concedida a la población escolar de la capital y de las ciudades más importantes de los Estados se agregó más tarde la atención federal para muchos cientos de miles de niños que no tenían otro conocimiento de México que la noción de una servidumbre: los que viven y crecen entre los surcos, ignorando a veces hasta el idioma en que nuestra independencia se expresa públicamente, en la voz del legislador. Nació entonces la escuela rural. Nacieron las Misiones Culturales. Y se poblaron de aulas miles de sitios que se hallaban aislados, de hecho, de la civilización de nuestro país.

Cuando se escriba, sin pasión doctrinaria, la historia del período comprendido entre 1920 y 1940 se advertirá qué grandioso esfuerzo desarrollaron los gobiernos emanados de la Revolución a fin de llevar a las más apartadas regiones del territorio los beneficios de la enseñanza.

Ante un crecimiento tan repentino –y de improvisaciones inevitables– se imponía, para la actual Administración, no un compás de espera, que las circunstancias no consentían, sino una organización capaz de acentuar el ritmo observado en los años anteriores y de fijar programas y métodos generales que coordinaran la acción de todos y tuvieran aptitud para encaminarla técnicamente.

Tesis de la Constitución. Con el fin de afrontar este aspecto de la cuestión, el Gobierno del señor Presidente Ávila Camacho comenzó por esclarecer el alcance del Artículo 3º de nuestra Constitución. Fruto de ese propósito fue la Ley Orgánica de Educación Pública expedida el 16 de enero de 1942. Con el tiempo, el texto mismo del artículo mencionado fue objeto de una reforma que aprobaron las Cámaras Federales en diciembre de 1945. He aquí la redacción aceptada por el Congreso:

Artículo tercero.- I.- La educación que imparta el Estado –Federación, Estados, Municipios– tenderá a desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano y fomentará en él, a la vez, el amor a la Patria y la conciencia de la solidaridad internacional en la independencia y en la justicia.

II.- Garantizada por el artículo 24 la libertad de creencias, el criterio que orientará a dicha educación se mantendrá por completo ajeno a cualquier doctrina religiosa y, basado en

los resultados del progreso científico, luchará contra la ignorancia y sus efectos, las servidumbres, los fanatismos y los prejuicios. Además:

- a) Será democrático, considerando a la democracia no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo;
- b) Será nacional, en cuanto –sin hostilidades ni exclusivismos– atenderá a la comprensión de nuestros problemas, al aprovechamiento de nuestros recursos, a la defensa de nuestra independencia política, al aseguramiento de nuestra independencia económica y a la continuidad y acrecentamiento de nuestra cultura; y
- c) Contribuirá a la mejor convivencia humana, tanto por los elementos que aporte a fin de robustecer en el educando, junto con el aprecio para la dignidad de la persona y la integridad de la familia, la convicción del interés general de la sociedad, cuanto por el cuidado que ponga en sustentar los ideales de fraternidad e igualdad de derechos de todos los hombres, evitando los privilegios de razas, de sectas, de grupos, de sexos o de individuos.

III.- Los particulares podrán impartir educación en todos sus tipos y grados. Pero, por lo que concierne a la educación primaria, secundaria y normal (y a la de cualquier tipo o grado, destinada a obreros y a campesinos) deberán obtener previamente, en cada caso, la autorización expresa del poder público. Dicha autorización podrá ser negada o revocada, sin que contra tales resoluciones proceda juicio o recurso alguno.

IV.- Los planteles particulares dedicados a la educación en los tipos y grados que especifica la fracción anterior deberán ajustarse, sin excepción, a lo dispuesto en los párrafos I y II del presente artículo y, además, deberán cumplir los planes y los programas oficiales.

V.- Las corporaciones religiosas, los ministros de los cultos, las sociedades por acciones que, exclusiva o predominantemente, realizan actividades educativas y las asociaciones o sociedades ligadas con la propaganda de cualquier credo religioso no intervendrán en forma alguna en planteles en que imparte educación primaria, secundaria y normal y la destinada a obreros o campesinos.

VI.- El Estado podrá retirar discrecionalmente, en cualquier tiempo; el reconocimiento de validez oficial a los estudios hechos en planteles particulares.

VII.- La educación primaria será obligatoria.

VIII.- Toda la educación que el Estado imparte será gratuita.

IX.- El Congreso de la Unión, con el fin de unificar y coordinar la educación en toda la República, expedirá las leyes necesarias, destinadas a distribuir la función social educativa entre la Federación, los Estados y los Municipios, a fijar las aportaciones económicas correspondientes a ese servicio público y a señalar las sanciones aplicables a los funcionarios que no cumplan o no hagan cumplir las disposiciones relativas, lo mismo que a todos aquellos que las infrinjan.

Según los define la redacción citada, los objetivos de nuestra educación pública coinciden con la tesis que México sustentó ante la Conferencia Educativa, Científica y Cultural efectuada en Londres en noviembre de 1945 y responden a los principios solemnemente proclamados allí, en nombre de sus pueblos, por cuarenta y tres gobiernos de las Naciones Unidas.

Educación integral. Es decir: no sólo instrucción de la inteligencia sino desarrollo de todas las facultades del individuo y, como consecuencia, formación del carácter. Educación para la paz, para la democracia y para la justicia social. Es decir: fomento de todas las enseñanzas, disciplinas y actividades capaces de ahondar en el ciudadano el sentido de su responsabilidad como persona, como miembro de una familia, como factor de equidad y progreso en el seno de la nación y como defensor de la independencia y de los derechos humanos en el campo internacional.

Lucha contra la ignorancia. Y lucha fundada en las conclusiones de la investigación científica. O, lo que es lo mismo; lucha fundada en la fuerza imparcial y serena de la verdad.

Comprendión de lo nuestro; pero no para provocar los errores de un nacionalismo ciego e intolerante, sino para asegurar nuestra vida y nuestro adelanto en bien de la solidaridad universal y contribuir, cada vez con mayor amplitud, a la convivencia del mundo entero.

Revisión de planes y de programas. En relación con esos principios, la Secretaría de Educación Pública ha procedido a revisar los planes educativos, los programas escolares y los libros de texto adoptados oficialmente. Al convocar a la Comisión Revisora y Coordinadora --que instalamos el 3 de febrero de 1944-- quien esto escribe señaló nuestro compromiso de acondicionar los sistemas para la formación moral del tipo humano, democrático y justo, que desearíamos ver prosperar no en México únicamente sino en todas partes, durante los años de la postguerra.

Si la victoria ha de garantizar los preceptos en cuyo nombre lucharon los pueblos libres dije, en aquella ocasión la primera norma que las naciones señalarán a su educación será la de convertirla en una doctrina constante para la paz. La segunda norma radicará en elaborar una educación para la democracia, lo mismo en el plano de las relaciones entre los países que en el de las relaciones entre los ciudadanos de cada país. Y la tercera norma consistirá en hacer de la educación

una preparación leal para la justicia; porque, mientras las libertades se consignen en los tratados y en las constituciones como facultades desprovistas de realidad y mientras no se otorguen a los individuos y a los países posibilidades fecundas para ejercerlas, la paz y la democracia continuarán en peligro de perecer.

Dentro de esas líneas generales, hemos tratado de depurar nuestra doctrina educativa tomando en cuenta lo mejor de la tradición, no para inmovilizarnos en el pasado sino para arraigar el futuro en el solar genuino de nuestra historia.

El propósito universal es el de que todos se entiendan y se respeten; pero el recurso más adecuado para lograrlo estriba en que cada pueblo sea lo que es y en que, dentro de cada pueblo, cada individuo alcance su formación más completa, como persona. De ahí que una educación para la paz, para la democracia y para la justicia social, implique forzosamente la fe en una educación que estimule la energía del país.

MÉXICO Y LA CULTURA*

Al patrocinar la elaboración del presente libro, el Señor Presidente Ávila Camacho aprobó el deseo de que, por el prestigio de las personas llamadas a redactarlo, por la amplitud de la perspectiva en que trabajasen y por la absoluta libertad de criterio garantizada a sus conclusiones, fuera un resumen de cuanto opinan —como representantes del pensamiento de la República— acerca de lo que México, en términos esenciales, ha realizado en el campo de la cultura.

Para cumplir semejante propósito, se imponían desde luego el escrupulo de la selección y el rigor de la brevedad.

Escrupulo de selección, en primer lugar, puesto que no se trataba de establecer una enciclopedia donde cupiesen, por su orden y en sitio propio, todas las señales y las presencias, pasajeras o estables, de la cultura.

Y, en seguida, rigor en la brevedad, ya que el público al que tiene este libro que dirigirse no es aquél, limitado, de especialistas, cuya paciencia descubre tiempo bastante, a pesar del apremio de otras funciones, para agrandar, detallar y profundizar el horizonte profesional de sus experiencias.

Mucho más complejo e indefinido, el conjunto al que dedicamos esta lectura podrá contener lo mismo a los estudiantes de alguna escuela, universitaria o técnica, al exponente medio de la cultura, sin capacitación decisiva para afrontar determinadas cuestiones artísticas o científicas, al hombre de acción que se preocupe de veras por conocer el concurso que ofrece su Patria al mundo y hasta, a menudo, al educador, al filósofo y al político —de otra raza, de otro hemisferio, de otra nación— que, haciendo un alto en su desarrollo, se pregunte súbitamente: ¿Qué busca México? ¿Hacia donde va? ¿Y qué me ha dado, en historia, una fuerza, en belleza o en lucidez, el saber de los mexicanos?

Dos escollos se levantaban frente a este libro. Los que se yerguen siempre que intenta formular el balance de su cultura algún pueblo joven. Joven y antiguo, como es el nuestro. Tradicional y, a la vez, revolucionario. Con una innegable

* *Introducción al libro México y la cultura, editado por la Secretaría de Educación Pública.- México, D.F., 1946.*

proporción de ignorantes y desvalidos y, al propio tiempo, con promociones de refinada inquietud y real acierto en la lucha por el bien y por la verdad.

Tales escollos son la jactancia —que se deleita en los éxitos aislados y que, al juzgarlos, suele olvidar el dolor de las mayorías— y la rutina cínica y egoísta de quienes miran ese dolor negativamente, sin compartirlo, y, abrumados por la idea de cuánto falta, se guarecen bajo el amparo de un pesimismo tan confortable como infructuoso.

Situar, en México, el dominio de la cultura fuera de la evolución social del pueblo que la sustenta habría significado condenar indebidamente esa evolución. Y condenar, con igual justicia, el alcance de esa cultura. Porque, después de todo, lo que distingue la cultura de una colonia de la cultura de un país libre es que, en el caso de la colonia, la eminencia de ciertas cimas individuales puede salvarse, más mal que bien, adherida a las estructuras de la metrópoli; mientras que el creador, en un país libre, es el depositario de una porción insustituible e irrenunciable de la dignidad histórica de su pueblo.

Como el árbol del que habla un poeta nuestro, que cuanto más atreve la audacia de su ramaje a la inmensidad magnífica de la luz más debe hundir su raíz en la noche pródiga de la tierra, la cultura tiene que compensar en profundidad lo que ansía y proclama en elevación. Si no lo hace, cae de improviso, rechazada por el suelo que no interpreta, que no la nutre y que, al sentirse no comprendido ni revelado espontáneamente, repudia su ornato superficial y la flora postiza que lo recubre.

Función y ornato. He ahí, en el fondo, los términos que traducen, sus extremos, nuestro entusiasmo y nuestra reserva ante muchos problemas de la cultura.

En las épocas vigorosas, de positiva salud social, la cultura se presenta siempre a los hombres como función: manifestación orgánica y generosa que lleva en su cumplimiento su propio adorno y que sólo precisa, para ser bella, resolver sus dificultades sinceramente, con originalidad, con franqueza, con plenitud.

En las épocas de desquiciamiento moral, la cultura pierde el sentido de su función. Y, en los edificios, como en los libros, como en las ciencias, se vuelve lujo, aparato decorativo, lepra que roe, con adjetivos declamatorios, la blanda prosa que el sustantivo y el verbo ya no sostiene; urticaria de encajes que irrita el cuerpo de los muros endeble y mal fincados; disfraz que esconde, tras de pórticos opulentos, patios en ruinas y, tras de andamios de metáforas ilusorias, el trabajo de un pensamiento que no consigue, por más que hace, disimular su vacío, su soledad...

De todo hemos tenido en la heredad de nuestra cultura. Eras sencillas, honestas y despejadas, limpias de oropel y de falso alarde. Y eras retóricas y prolijas en que el soneto y el cuadro al óleo —cuando no el teorema y el silogismo— parecieron querer cubrirse con ese polvo con que plateaban los peluqueros, antiguamente, las cabelleras más cortesanas del Viejo Mundo.

Así, por las páginas de ese libro, como en rápida galería, desfilan siglos de incertidumbre y edades de afirmación, horas de acometida y horas de decadencia.

Junto a la sensibilidad, la ironía y la gracia de las figuras totonacas, la patética majestad de las obras maestras de la escultura de los aztecas. Junto a las primeras manifestaciones de la arquitectura española en el virreinato, iglesias-fortalezas de líneas góticas y bóvedas con nervaduras ojivales, las portadas y arcos, de ornamentación plateresca, de las capillas renacentistas; la pausa varonil y severa del estilo herreriano y, en las floraciones póstumas del barroco, la personalidad del artífice autóctono que, en las volutas del churriguera, llega a esplendores inusitados aunque no desprovistos de frenesi. Junto a los retratos y a los murales de Santiago Rebull, los paisajes de José María Velasco, los grabados de Posada y los frescos de Rivera, de Orozco y de Alfaro Siqueiros.

Lejos de los tratados de Física y de Didáctica de Fray Alonso de la Veracruz y del humanismo que orientó a Sigüenza y Góngora en sus pesquisas, el entusiasmo reformador que alentó a Clavijero, el pensamiento positivista de Gabino Barreda, el fervor generoso, patriótico y encendido de Justo Sierra, la meditación heroica de Antonio Caso y la inquietud, la temperatura y la cromática vibración que se advierten en el iberoamericanismo de Vasconcelos.

Al lado de la obra de juristas como Rejón y Mariano Otero, las de hombres como Ignacio L. Vallarta y Emilio Rabasa, la capacidad de un Martínez de Castro, la visión de los autores de la ley del 6 de enero de 1915, de la de Relaciones Familiares y de las iniciativas que cristalizaron en los artículos 27 y 123 de nuestra Constitución Política vigente y, en materia de Derecho Internacional, por encima de la contribución de los tratadistas o de los diplomáticos, una larga y noble ejecutoria colectiva de probidad, de energía, de fe en la justicia y de respeto para los ideales de una convivencia libre, digna y civilizada.

Tras de los procedimientos que hicieron posible el método inventado por Bartolomé de Medina para el beneficio de los minerales de plata y oro, los trabajos de Elhuyar y los de Andrés Manuel del Río, así como las enseñanzas del ilustre Colegio de Minas y las investigaciones de Río de la Loza, de Lucio, de Alfonso Herrera.

Continuando la tradición benemérita de los fundadores de hospitales del siglo XVI, la iniciación médica del Colegio de Santiago Tlaltelolco, la creación de las prime-

ras cátedras de medicina en la Universidad de México, los estudios del insigne Francisco Hernández, protomédico de Indias, el inolvidable esfuerzo de Casimiro Liceaga y de sus colaboradores en el Establecimiento de Ciencias Médicas y, entre muchos otros, las cualidades de un Pedro Escobedo, de un Miguel Jiménez, de un Francisco Montes de Oca, de un Hidalgo y Carpio, de un Juan María Rodríguez, de un Rafael Lavista, de un Ramón Macías y de un José Terrés, para no citar a los más distinguidos cirujanos y clínicos contemporáneos.

A siglos de distancia del culteranismo elegante y razonador de Juana de Asbaje y del aire diáfano en que Ruiz de Alarcón estudia su geometría de caracteres, en los versos de algunos maestros del Modernismo (Amado Nervo, González Martínez y, antes que en ellos, en las *Odas* del propio Gutiérrez Nájera) el tono de ética admonición que relaciona todo un aspecto de nuestra lírica con la altura en que descollaron los mejores poetas de la meseta castellana. Sobre el placer parnasiano de los sentidos, que Díaz Mirón provoca por imágenes táctiles de las cosas –tersura del alabastro, tenuidad de la pluma, rotundidad de un bronce o de un fruto en punto de madurez– el escalofrío de espanto que se desliza, nerviosamente, bajo el clásico mármol del *Idilio* de Othón, el fatalismo de Luis G. Urbina, que vivió despidiéndose de las horas y diciéndole adiós a la vida, a partir de la adolescencia, y la Patria que asoma tras del ventanal provinciano que admiraba López Velarde, el descubrimiento íntimo de su esencia, el júbilo de sus páginas, el relámpago de sus logros, las compotas de su alacena y el olor, “a pan bendito”, de su verdad... Y en tantos otros maestros de la poesía y la prosa de México, entre los más antiguos y los más jóvenes, ese anhelo de transparencia y esa fórmula de alusión, que nada tiene por cierto de espeso y de tropical, pues el profesor de dicción de casi todos nuestros autores es el sol agudo del altiplano: el que no se adhiere a las superficies, pero las pule, y no modula los panoramas como los canta la luz marítima de otros climas, pero se goza en articularlos con claridad. Con claridad que compensa métodos de abstracción.

Ahora bien, ¿qué demuestra esta variedad? ¿Y qué indican, en movimiento y exactitud, tantas oscilaciones que, por simétricas, parecen durante años contar el tiempo, como el péndulo de un reloj, y en otros, por arrítmicas y fugaces, dan la impresión de medir un temblor de tierra como un sismómetro?

Heterogeneidad de temperamentos y de recursos. Riqueza de curiosidad y de fantasía. Avidez de impulsos. Pero también –hay que confesarlo– receptividad excesiva al influjo del extranjero, facultad de improvisación más que de esfuerzo lento y mayor apetencia de brillo que de secreta, silenciosa y humilde tenacidad.

Sin embargo, estas mismas observaciones no tardan en resultarnos superficiales. Porque, si pasamos del plano de la cultura que está en el libro, en el cuadro, en la

estatua, en el microscopio del naturalista o en el pizarrón de ecuaciones del matemático, al plano de la cultura viva del pueblo, a la música de sus danzas y de sus cantos, a las flores ingenuas de su cerámica, a la paciente repetición de sus sueños y de sus juegos, lo que nos preocupaba por la extrema movilidad nos sorprende de pronto por la quietud, por la armonía cauta y conservadora de los elementos y las costumbres, por el apego a la tierra eterna, simbolizado en las alas hieráticas del zenzontle que decora los cántaros en que bebe y en el coro festivo con que saluda, al final de sus rebeliones y de sus ferias, el preludio inefable de un nuevo día.

¿Qué significa ese gran contraste —lección suprema, si no me engaño— de un volumen como *México y la Cultura*?

Por una parte, que las formas de la cultura las han buscado siempre las minorías. Pero, por otra parte, que solamente han podido afirmarse y prevalecer aquellas realizaciones en que acertaron las minorías a interpretar y captar el sentido del pueblo, dando a sus éxitos de expresión las posibilidades de permanencia que caracterizan al pueblo dichosamente.

Toda nuestra marcha hacia la cultura ha sido lucha contra defectos que no excusamos. Lucha contra nuestra pasividad, contra nuestra inercia y contra cierto lánguido conformismo que tiñe incluso el coraje de nuestras masas con una trágica devoción por la muerte y por el dolor. Mas, en la lucha, sólo han triunfado los hombres, las obras y las generaciones que aceptaron el problema en su integridad; sin negar y sin preferir a ninguno de los factores de nuestra vida; partiendo, ante cada asunto, del conocimiento leal de las realidades y no de la solución que les proponía el remedio extraño, la fórmula asiática o europea, buena tal vez para el habitante de Bangkok, para el labrador de Georgia o para el obrero de la cuenca del Ruhr, pero ineficaz ante las preguntas del agricultor de Yuriria, del platero de Taxco, del alfarero de Tlaquepaque, del tejedor de Saltillo o de la encajera de Aguascalientes.

Se comprende así que nuestra cultura, en sus líneas más importantes, haya seguido hasta ahora un camino muy parecido al descrito por nuestra historia. Una y otra van ascendiendo, con interrupciones y con caídas, hacia lo auténtico. Y entiéndase que lo auténtico no lo concebimos aquí restrictivamente, como lo tradicional o como lo folklórico, sino como aquello que seremos cuando seamos lo que sólo nosotros podemos ser, sin que pongamos vanidad en lo que logremos ni sintamos envidia de la fragancia —más penetrante tal vez o tal vez más suave— que otras ramas del árbol de la cultura den a aspirar a la humanidad.

Consecuente con tal criterio, este libro no es un ensayo sobre la cultura del mexicano, sino una síntesis de los materiales mayores de esa cultura. Y, en caso de haber atinado, según lo creo, quienes lo hicieron, podrán servir como antecedente para un ensayo de aquel linaje, por diversos motivos tan apremiante y trascendental.

¿En cuáles horas de nuestra vida fue cultivo de nuestro pueblo nuestra cultura? ¿Y en cuáles otras resultó apenas inicua tala lo que debía, siguiendo el símil, ser fértil poda? ¿Cuándo se aproximaron el saber y la técnica a nuestro huerto, para cuidar la esperanza de una cosecha? ¿y cuándo, en cambio, se aproximaron para tallar, en el tronco sin hojas, el asta a lo largo de cuyos flancos manos audaces se levantaron paraizar pabellones de extranjería? ¿En qué puntos se anticipó al ocaso de la colonia el amanecer de la independencia? ¿Y en qué otros, bajo la piel de la independencia, continúo circulando, por las arterias de la República, la angustia de la colonia?

Todas estas preguntas deben plantearse ante cada una de las secciones de este resumen. Y no porque estemos atravesando una crisis pueril de nacionalismo; sino, al contrario, porque buscamos un equilibrio en verdad mundial, en que la interdependencia de las ideas y de las fuerzas no constituya el dominio injusto de los intereses de alguno sobre los principios de todos. Porque anhelamos una armonía internacional que no sea el solo de un país, de un imperio o de una cultura, frente al silencio de un auditorio desposeído. Porque sabemos que esa armonía requiere voces individuales, características, diferentes. Y que la nuestra valdrá en el coro por lo que afirme como bien suyo: el tono de su verdad y el registro prístino de su ser. En suma, porque sentimos que en la paz de mañana, rápida o larga, cada pueblo tendrá que dar a todos los otros el máximo de sí mismo y sólo estará en aptitud de ofrecer su contribución conociéndola con certeza y depurando, cada día más, el concepto genuino de lo que es:

En un capítulo de los *Upanishads*, cierto joven inquierte de su maestro: "Cuando en la muerte –le dice– la voz del hombre regresa al fuego, su aliento al aire, su vista al sol, su cuerpo al polvo y su sangre al agua, ¿dónde, entonces, se encuentra al hombre?"

El capítulo no nos explica lo que el maestro contestó al joven. Pero sí menciona que ambos se retiraron, durante horas, a hablar de la acción del hombre y concluyeron que lo bueno sólo llega a ser bueno por medio de la acción.

He citado esas viejas palabras porque, a mi juicio, se relacionan curiosamente con el propósito de esta obra. En efecto, lo que define a los pueblos –y a las personas– es la calidad de su acción, el conjunto de hechos que representa el valor permanente de su conducta.

En nuestro caso, ese conjunto tiene ya forma y, en numerosos terrenos, sentido propio.

Al resumirlo, no lo ofrecemos como un legado, sino como un augurio y un compromiso: el compromiso de ver incesantemente, en nuestro esfuerzo hacia la cultura, un esfuerzo de redención colectiva, perenne y arduo.

México ha vivido buscando en todo –y en todo instante– su libertad. ¿Cómo sorprendernos, por consiguiente, de que lo mejor de su aportación al progreso se halle orientado por ese ímpetu que, en cualquier adelanto humano, reconoce una promesa moral de emancipación?

Los hallazgos de nuestros artistas, las disertaciones de nuestros filósofos, la indagación de nuestros sabios y la inquietud de nuestros legisladores –cuanto se cifra en la síntesis de estas páginas– será medido, a la postre, por lo que haya servido o por lo que sirva para salvar el destino del hombre en México, para darle conciencia de sus deberes, para afianzarle en el uso de sus derechos y para enseñarle a colaborar con todos los hombres en la paz de una inteligencia regida por la justicia y de una confianza fundamentada sobre el goce de la belleza, el conocimiento de la verdad y el ejercicio de la virtud.

Esperamos que el contenido de este volumen no sea indigno de esa medida, la más austera. Y que su lectura estimule a los mexicanos a continuar entendiendo a México, amando, descubriendo y haciendo a México, en la concordancia de dos responsabilidades indeclinables: la revelación de lo nuestro y la solidaridad con lo universal.

II. Discursos

MISIÓN DE LOS ESCRITORES*

Celebramos hoy el 21º aniversario de la fundación del Pen Club Internacional. Ante la amable invitación que se me hizo para dirigiros la palabra con tal motivo, reflexioné que no sería, acaso, ni ocioso ni impertinente el considerar aquí, con vosotros, ciertas preguntas que cada instante propone ahora a nuestras conciencias. ¿Qué somos, como escritores? Y, durante los tiempos de guerra, ¿en qué consiste nuestra misión?

Nada más vehemente que el propósito de expresarse. Nace el ser y, en seguida, un mundo incógnito lo circunda. Todo se opone, de hecho a su voluntad de definición. Le resisten las cosas, con su presencia; le resisten las almas, indescifrables, y, más que todo, le resiste su propio cuerpo, que no lo hospeda sino en la proporción en que lo aprisiona; máquina que gobiernan las leyes de los instintos, los reflejos de la defensa, las necesidades del hambre, el horror de la muerte y los espasmos rápidos del placer. No obstante, pronto se afirma la convicción de que todo ese mundo exterior, macizo e impenetrable, se nutre de la voluntad de quien lo contempla.

Con sólo cerrar los ojos, con sólo abrirlos, el niño más indefenso aniquila un paisaje, niega una aurora o, al contrario, aceptándolos, los devuelve a la realidad imperiosa de lo creado. Un gigantesco poder de conformación yace en el ánimo más humilde, pues nada existe en sí mismo, efectivamente, sino por relación al espectador. Estrellas, árboles y silencios, campos y mares, crepúsculos y países, todo vive en nosotros, para nosotros, y el único testimonio de su existencia depende de nuestro ser.

Durante años, todo niño es poeta porque posee el don de inventar el mundo, jugando con las distancias y con los tiempos, transformando una alcoba en isla, una alfombra en césped, un escabel en caballo, una estatua en dios. Hay que reconocer que esta forma de poesía se adapta difícilmente a las necesidades convencionales de la colectividad en que el hombre se desarrolla. La escuela no tarda en domesticar todas las fuerzas alucinantes del párvalo. Por obra de la

* *Celebración del 21º aniversario de la fundación del P.E.N. Club Internacional. México, D.F., 1º de diciembre de 1942. Publicado en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp. 9-14.*

enseñanza, suele perderse el sentido mágico del idioma. La actividad, orientada hacia fines prácticos, adquiere un carácter interesado. Lo que era necesidad en la infancia se vuelve lujo en la edad adulta, y la palabra —que en la niñez fue conjuro— se despoja de sus derechos de invocación. En realidad, ciertas mentes no se resignan al pragmatismo moral de este aprendizaje. Para ellas, el placer de expresarse sobrevive a la utilidad de comunicarse. Así empiezan, materialmente, la grandeza y la servidumbre del escritor.

El problema de la expresión literaria es el más complicado de los problemas espirituales. ¿Qué es lo que mueve a un ser a dedicar lo íntimo de su vida a una actividad que consiste, exclusivamente, en dar forma concreta a sus sensaciones? ¿Por qué razón, en lugar de vivir —como el hombre de acción— o de verse vivir —como el místico— o de averiguar los motivos de por qué vive —como el psicólogo—, el artista no considera que vive sino cuando logra inmovilizar, en una fórmula plástica, los momentos fundamentales de su contemplación? Todos —hasta el poeta, en las horas no positivas de su existencia— somos sujeto y objeto a la vez: voluntad que anhela, ansiedad que sufre, ambición que marcha, memoria que fluye, puente vibrante entre lo pasado y lo porvenir. Pero lo que caracteriza al problema de la expresión es que el ser que se expresa no tiene historia. Sujeto puro, su actividad abandona todo contacto con los azares circunstanciales de la experiencia y, en el colmo ya de lo personal, se impersonaliza y se entrega entero al objeto exterior en que se recrea.

Para el artista, no existe sino el presente. De ahí la perennidad de sus creaciones, concebidas fuera del tiempo, en un mundo abstracto, que es, por eso mismo, la revelación más concreta de lo real. Una pera de Cézanne y una Virgen de Rafael están hechas de células inmutables. Nada las envejece. Y lo mismo ocurre, en poesía, con las mujeres de Shakespeare, con los reyes de Homero y con los personajes de Pérez Galdós o de Jean Racine. Ahí están, sepultados en las páginas de los libros, aparentemente momificados, aunque siempre dispuestos a reproducir frente a nuestros ojos los mismos gestos, las mismas frases. Como esas semillas que los arqueólogos hallan en los sarcófagos faraónicos y que, a pesar de los siglos, vuelven a germinar en la tierra en que se las siembra, así también las pasiones que el genio deposita en el interior de sus claros protagonistas, al menor contacto con el lector, recobran toda su fuerza y, con patético automatismo, repiten ante nosotros su eterno drama. La paradoja del arte descansa, inquietamente, en este cruce de lo individual con lo general. En tanto que el filósofo y el hombre de ciencia buscan al hombre en sí, en lo que tiene de más genérico —y, a menudo, no encuentran sino fragmentos perecederos de humanidad—, el artista, que no persigue sino casos únicos y exclusivos, da de repente con la cantera misma del Universo. Al apresar el instante, toca lo eterno.

A la luz de estas consideraciones cabe preguntarse: ¿Cuál es el papel del escritor en la sociedad? Hasta ahora, hemos hablado de su grandeza. Empecemos a describirle en su servidumbre. Ante todo, procede una observación. Nada perjudica tanto al poeta como el deseo de agradar a un público conocido. Su verdadera manera de servir a la sociedad no consiste en lisonjearla –ni en zaherirla–, sino en procurar, por todos los medios posibles, ser siempre él mismo. Y esto, precisamente, es lo más difícil. Tan pronto como un escritor adquiere aunque sea un asomo de vaga notoriedad, todo se confabula para arrancarle a la vía auténtica en que trabaja.

Considerando los riesgos de estas incitaciones, hay todavía quien suponga que la más cómoda posición es la del orgullo. Pero aquí también nos aproximamos a un error indudable: el del aislamiento. Si el artista se perfecciona en la soledad, el hombre, en cambio, no tiene derecho a prescindir de la colaboración con las masas que representa. Por grandes méritos que posea, el artista debe comenzar por ser hombre, profundamente. Cuanto más humano sea el escritor, cuanto más se mezcle a las aventuras de la existencia, más probabilidades tendrá de allegar el caudal de sensaciones y pensamientos que su obra requiere para durar. Un Goethe que no hubiese vivido en la Corte de Weimar, un Cervantes que no hubiese peleado en Lepanto, un Quevedo que no hubiese aceptado el amparo del Duque de Osuna y un Dostoyewski que no hubiese sufrido ni la epilepsia ni el cautiverio, no serían el Goethe, el Cervantes, el Quevedo y el Dostoyewski que hoy admiramos.

Ninguna escuela supera a la de la vida. En ella se tiempla no solamente la espada del héroe, sino también el espíritu del artista. El poeta, el pintor, el músico mismo, deben hundirse lo más que puedan en las aguas no siempre amenas de la existencia; pero, en las horas de la máxima angustia, su símbolo habrá de ser el de Camoens, quien, según cuentan sus biógrafos, se salvó del naufragio en la desembocadura del río Mekong nadando con un solo brazo, mientras que, con el otro, sobre las olas coléricas, llevaba en alto, como un mensaje, el manuscrito de *Los Lusiadas*.

La grandeza del arte descansa en una aptitud singular para convertir cada error vencido en un nuevo y firme peldaño de la escalera que nos conduce hasta el bien y la libertad. Acaso en este carácter de la obra artística resida la verdadera alianza entre la filosofía de la moral y la filosofía de la belleza. Todo éxito supone, indirectamente, un éxito ético. Y no porque sea necesariamente mejor, desde el punto de vista artístico, el libro que educa o el poema que guía, sino porque la máquina misma de las pasiones, movida por el deseo de lo bello, produce júbilo, paz y serenidad.

Hubo una época en la que el hombre comprendió plenamente esta capacidad de depuración de la poesía. El milagro ocurrió en Atenas, varios siglos antes de Jesucristo. Un sol mágico alumbría aún, en estos momentos, como el frontispicio de un templo dórico, el recuerdo de aquella hora en la cual el hombre, lejos de avergonzarse de serlo, hizo de sí mismo la medida del mundo y el común denominador de la creación. En ninguna edad ha sido tan evidente la comunicación entre el poeta y el ciudadano. Aunque, asimismo, en ninguna ha habido noción más clara de frontera que entre uno y otro debe imponer el sentido crítico del artista.

Sólo viviendo íntegramente su propia vida, en Salamina como soldado y como consejero áulico en Siracusa, Esquilo y Platón se hicieron dignos de escribir la *Orestiada* o de dialogar con Sócrates entre los olivares que pueblan las orillas melódicas del Cefiso. Pero, al mismo tiempo, sólo olvidando que aleccionaron en vano a Dionisio el Joven o que combatieron sin miedo contra los persas, esos varones pudieron dar a sus obras aquel tono eterno e impersonal que buscamos inútilmente en otros autores y merced al cual podrían sus escritos sobrevivir incluso a la desaparición total de sus biografías.

Pasear, disertar, discutir, tolerar a Jantipa y sentarse al banquete con Alcibíades, fueron funciones que Sócrates realizó como ejercicios morales de un alma limpia, tensa, elástica, insobornable. Vivir, en suma, representó para los helenos una gimnasia magnífica del espíritu, que deberíamos imitar invariablemente, pues nada enrarece tanto el ambiente del arte como el desprecio o el odio de la existencia.

Y una de las formas más notables de la existencia del escritor es la lucha por el derecho y la libertad. En una edad en que la barbarie mecánica de las dictaduras intenta arrasar no sólo a los pueblos independientes, sino a los altos conceptos de justicia, de honor y de humana fraternidad, el intelectual no puede encerrarse dentro del frío egoísmo del *dilettante*. Todo lo obliga a actuar con valor y con decisión.

Libertad y cultura van siempre unidas. Reconociéndolo así, los intelectuales de este Continente no han de dejarse vencer por el pesimismo. Nada puede eximirles de sus deberes de hombres y de ciudadanos. América es tierra de libertad y sus designios se encuentran ligados a la razón de ser de la democracia. Mas, para afirmar su perduración, es indispensable advertir con exactitud que tan magnífica empresa reclamará de todos nosotros un don absoluto y sin reticencias.

En una página ilustre evoca Renán el caso de aquel solitario budista que, para salvar de la muerte a una alondra, ofreció al halcón que la perseguía una parte de su existencia. El ave de presa aceptó la proposición. En seguida, una balanza bajó del cielo. En ella, sobre uno de sus platillos se posó la alondra ligeramente. Sobre

el otro platillo, el místico solitario depositó un trozo de carne, arrancado a su propio cuerpo. La posición del fiel no cambió.

—“Será preciso —pensó— añadir algún otro fragmento, de mayor peso”. Y, pedazo a pedazo, fue aumentando la ofrenda. Pero era en vano. Los platillos permanecían inmóviles. Para que el equilibrio se estableciera iba a ser necesario que el santo hombre sacrificara todo su ser. Y así lo hizo, en efecto, miembro tras miembro. Al caer el último gramo de su persona, se movió el fiel. La alondra, entonces, pudo escapar y el alma del solitario voló al Nirvana.

He querido recordar este viejo apólogo, porque pienso que ilumina certeramente la condición de nuestra conciencia en esta hora crítica para el mundo. Sobre uno de los platillos de la balanza está la alondra que pretendemos salvar de la muerte que quieren darle los gerifaltes pérvidos de la guerra. Sobre el otro platillo debemos depositar, para conseguirlo, no una parte sucinta de nuestra vida, sino toda nuestra existencia, confiadamente, pues la menor reserva nos perdería.

LA ESCUELA MEXICANA*

Agradezco al señor Presidente de la República el deseo que me expresó de que mi primer acto como Secretario de Educación fuese el de concurrir en su compañía a la inauguración de vuestro Congreso. Ello implica una prueba de fe en lo que se propone emprender la dependencia que ha sido puesta a mi cargo; pero, más aún, en lo que unos y otros conseguiremos si trabajamos unidos estrechamente, bajo el auspicio de los valores espirituales de solidaridad, de conciliación y de patriotismo que deben servirnos de guías en nuestra cruzada de educación.

De esa cruzada, vosotros sois los soldados intrépidos y constantes. Nada, por tanto, podía parecerme más adecuado que aprovechar esta oportunidad para indicaros cuáles serán las bases de nuestro programa y cuáles los cauces de la colaboración que habremos de solicitar de vuestra honradez.

A la postre, México valdrá lo que valgan los hombres y las mujeres que en él habitan. Y el valor de las mujeres y de los hombres está en función de su integridad, de su aptitud para el bien, y de su concepción social de sus derechos y obligaciones. En suma: de la espontánea subordinación de sus intereses particulares a los intereses de la comunidad.

Todas estas virtudes no se improvisan. Los talleres en que se forja el alma de un pueblo son los hogares y las escuelas. Y, cuando una parte de esos talleres se halla a merced de las tempestades políticas, el equilibrio se altera y los apetitos parciales se sacian a costa del progreso de la Nación.

Para que la obra del magisterio redunde en el beneficio que de ella esperamos, hay que apartarla no de las altas aspiraciones de la política (sin las cuales se establecería un contraste absurdo entre el maestro y el ciudadano) sino de esas apetencias mezquinas, de núcleos o de personas, en las que tantos caudales humanos se han agotado.

Si hemos de hacer de la educación un baluarte inexpugnable del espíritu de México, habremos de comenzar por eliminar toda agitación malsana de sus recintos.

* *Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso de Unificación Magisterial, el 24 de diciembre de 1943. Se publicó con el título La escuela Mexicana. Exposición de la doctrina educativa, Secretaría de Educación Pública, México, 1944, pp. 9-21.*

Los derechos que habéis logrado son garantías que ninguna autoridad comprensiva intentará desarticular jamás. Lo que importa es que esas garantías no se conviertan ni en un escudo para la inercia, ni en una protección para el ocio, ni en trampolines de asalto para eventuales demoledores. El evitar esos riesgos os interesa tanto como al Gobierno. ¿Cómo, en efecto, podría explicarse que os congregáis para desmentir en común lo que, aisladamente, es materia vital de vuestros preceptos, orgullo de vuestro oficio y lema de vuestras cátedras: la disciplina, el celo patriótico y el respeto sincero del ideal?

Estamos viviendo horas de insólita gravedad. El mundo se encuentra en guerra. Y ninguno podría hoy prescindir con honor de las inquietudes que infunde un conflicto tan gigantesco, en el que no son nada más las tropas las que combaten sino los pueblos y las ideas, las artes, las ciencias y las doctrinas: todas las manifestaciones de la materia y todos los instrumentos del espíritu. Ante esta movilización de conceptos que nos habíamos acostumbrado a juzgar como insobornables; ante esta esclavitud de las técnicas y ante esta imagen de una cultura que –tras de organizar a sangre fría la destrucción– acampa a la orilla de las trincheras, desliza folletos de propaganda en las mochilas de los soldados e inunda el aire con difusiones de cólera y de mentira, es natural que los seres se sientan sobrecogidos por el temor de que, en tan formidable contienda y aunque venzan los adalides de la justicia, salga maltrecha y herida la civilización de la Humanidad.

Con razón México se interesa por evitar que prospere sobre la tierra el sistema inicuo que ha cometido tantos delitos. Y con razón los maestros de México procuran unirse más firmemente para defender a la democracia en lo que tiene de más genuino.

En su último Informe al Congreso, nuestro Primer Magistrado emitió estas palabras confortadoras:

Aspiramos a una enseñanza integral que fomente sin distinción las cualidades que hay en el hombre y no haga de él un esquema tronco, en que la especialización se concrete a reglas mecánicas y automáticas. Que el obrero, el agricultor, el artesano, el artista, el profesionista y el sabio mismo amen su oficio, su arte, su ciencia y su profesión, pero como fragmentos de un todo: el de la comunidad en que colaboran.

Democrática y mexicana por inspiración, nuestra escuela habrá de ser hondamente social en su actividad. Lejos de nosotros la pretensión de los dictadores que se apoderan del educando como pieza anónima y obediente del sistema despótico que gobieman. Sin embargo, tampoco estimamos que el papel de la escuela haya de ser en México el de un mero almacén de datos e informaciones. Lo que se sabe vale más por la forma como se sabe y por la finalidad ulterior a que se destina. Por eso, más importante que acumular materiales resulta indudablemente formar criterios.

¿Cómo podrían estos plausibles propósitos no animar a nuestro país? Incorporado a la vida internacional por el descubrimiento de América, México está vinculado a los momentos más luminosos de toda la historia moderna: a la expansión de la sabiduría de Occidente, producida a partir de Colón y de Magallanes; a la aparición de ese nuevo modo de comprender la existencia política del que fueron magníficos testimonios la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre y, ahora, al apasionado y viril fervor con que pelean los pueblos libres para derrotar a las fuerzas de la barbarie.

Si agregamos a estas circunstancias universales las que derivan de la evolución de nuestros aborígenes y si añadimos al pensamiento europeo, transmitido por los colonizadores, el patrimonio de los pobladores indígenas (cuya sangre fluye en las venas de millones de mexicanos) percibiremos lo que significa nuestra República: una síntesis generosa de anhelos y privaciones, de sufrimientos y de alegrías, de realidades y de ideales.

Todos esos ideales y esos anhelos se oponen irremisiblemente a la dictadura de la violencia. No es sólo nuestro Gobierno, es el alma de nuestro pueblo la que proclama la urgencia de suscitar una educación encaminada hacia el bien y hacia la justicia. Es el alma de nuestro pueblo la que nos manda. Y es ella, asimismo la que deberá presidir vuestras discusiones.

¿Cuáles serán los principios de vuestra unificación? Corresponde a vosotros el precisarlos. Pero es un deber para mí el referirme a los fines que la Secretaría de Educación Pública tendrá que marcar a vuestras tareas. Permitidme, por consiguiente, plantear el problema en sus perspectivas más generales.

Para determinar lo que ambicionamos, conviene ponernos de acuerdo acerca de los que fuimos y lo que somos. En resumen, nuestra civilización nos ofrece el fruto de dos culturas: la de Europa y la de las colectividades precolombinas. Si la contribución de las masas indígenas —que México tiene a orgullo— es sobre todo ostensible en esos factores imponderables que emanen de la sensibilidad y el temperamento; si su influencia se enlaza a nuestro carácter como se adhiere al fuste de las columnas levantadas por los arquitectos de la Colonia la hiedra de los motivos ornamentales, en que el observador reconoce la mano del operario nativo, sensual y cauta; si su lágrima secular es la que irisa de pronto la emoción de nuestra poesía y de nuestra música, ¿cómo, en cambio, negar que las líneas cimeras de nuestras actuales instituciones, nuestra conciencia histórica, la unidad de nuestro lenguaje, el trazo de nuestras reglas jurídicas y la concepción de nuestra responsabilidad internacional hacen de la cultura de nuestra Patria una prolongación matizada pero inequívoca de la cultura espléndida de Occidente?

Ahora bien, los dos focos de esa cultura son el criterio claro y concreto de las humanidades grecolatinas y la filosofía piadosa del cristianismo. El primero ha inspirado nuestra inteligencia. La segunda impregna nuestra moral. Uno y otra se hallan presentes en nuestra vida. Y contra ambos está enderezada la máquina destructora del pensamiento totalitario.

Esto nos marca una norma estricta: la de perfeccionar nuestra educación sin traicionar nuestras tradiciones, pero sin promover obstáculos insalvables a la renovación incessante del porvenir. Tendremos que rechazar los procedimientos que modelaban al individuo sin tomar en cuenta a la sociedad, para el solo provecho efectivo de una casta, de un régimen o de un credo y habremos igualmente de repudiar la crueldad de los dogmas nazifascistas.

De ahí que la educación del carácter nos parezca el precedente y el corolario de toda buena instrucción. En esta materia, la familia debe ser una colaboradora importante de los Gobiernos. Mas si el Estado no ha de cegar las fuentes que la enseñanza de la familia le proporciona, tampoco puede olvidar sus primordiales obligaciones de vigilante y de orientador. Una enseñanza que no desenvuelve en los seres el sentido nacional y social, los entrega —por abdicación o por impericia— a todas las amenazas, ya que la superficie más accesible a la corrosión de las propagandas desquiciadoras se halla frecuentemente en la conciencia dúctil de la niñez.

La libertad de creencias es un principio indispensable y vital de la democracia. Precisamente porque así lo apreciamos, pondremos nuestro mayor esfuerzo en acatarlo cumplidamente y consagraremos toda nuestra energía a velar porque los intereses organizados por las creencias no traten de minar esa libertad, que las leyes les aseguran, intentando luchar unas contra otras en nuestro seno e introduciendo subterráneamente en la estructura educativa de México esos gérmenes de discordia y de sectarismo que motivaron en el pasado tantos conflictos, tantos errores y tantos lutos.

Conservaremos intacta la ejecutoria de la Revolución Mexicana. La doctrina social que sustenta nuestra Constitución es una respuesta a los sufrimientos que México padeció durante esos períodos de su historia en los que, bajo el disfraz de un individualismo más aparente que verdadero, se intentó frustrar muchos de los propósitos colectivos esenciales para la libertad y la vida de la República: lapsos oscuros durante los cuales la inacción de las autoridades fue aprovechada no tanto con el objeto de liberar a los educandos del control de los órganos del Gobierno, cuanto para someterlos de hecho a influencias menos visibles, muchas veces extrañas y que podían estar en oposición con las causas legítimas del Estado.

Sin pasividades ni intolerancias, la educación ha de concebir algo más decisivo y fecundo que una somera tarea de ilustración o una simple habilitación de emergencia para ciertos oficios y profesiones. Sabemos cuántos dramas humanos tienen su origen en la contraposición del carácter de un pueblo y las formas externas de su cultura. Y sentimos que sería un error lamentable empeñarse en ceñir arbitrariamente el primero a las consecuencias de las segundas, pues tenemos la certidumbre de que las únicas culturas activas son las auténticas. Es decir: las que brotan, sin deformaciones artificiales, de las raíces de la comunidad.

Reconociéndolo así, proclamamos que en nuestro país la educación ha de tratar de enseñarnos principalmente a valorar nuestra propia alma, a estimar la eficacia de sus virtudes y a reconocer el lastre de sus defectos, asimilando las cualidades aprovechables, coordinando las diferencias irreductibles; civilizando, en una palabra, a los grupos que el aislamiento y el abandono han dejado a la zaga del progreso de las ciudades; dando a los centros urbanos interés por las poblaciones del interior; inculcando en unos y en otras el amor de lo autóctono, de lo nuestro y al mismo tiempo despertando en todos una vocación multiforme: la de la vida.

Sólo en un pueblo consciente del abismo que media entre la ciencia de vivir y la paciencia de vegetar podrán florecer con vigor las manifestaciones más altas de la cultura. Nadie empieza una construcción por los adornos del frontispicio, sino por la obra de los cimientos. Por eso hemos de cuidar de no invertir los términos del problema, de no preferir a lo sólido lo brillante y de no incurrir en esos sistemas de domesticación y de amaestramiento que las minorías imponen de arriba abajo, ya que en todas las ocasiones en que el hombre ha logrado aquilar su destino con lucidez, ha procedido de abajo arriba, subiendo de la multitud a la selección y haciendo de ésta un símbolo y un resumen.

Lo más entrañable de nuestra empresa radicará en incitar a vivir a la gran mayoría de nuestros compatriotas; porque la sabiduría de vivir no estriba en soportar la vida y en resignarse a llevarla como una carga. Y eso –con mayor o menor estoicismo– es lo que casi siempre hacemos los mexicanos.

Pero no se enseña a apreciar la vida con meras prédicas generales desprovistas de un sentido leal de la realidad. Cuando un maestro se acerca a los miembros de una colectividad despojada y olvidada desde hace siglos por la cultura, lo que éstos necesitan no es un discurso sino una serie de reglas útiles y sencillas, algunas fórmulas (fáciles de aprender y de retener) para mejorar la técnica en lo que hacen, determinados consejos de salud física y de limpieza moral y, más que nada, calor sincero de simpatía, emoción de fraternidad humana, afecto, estímulo, estimación.

Una existencia pura es la mejor garantía de una enseñanza eficaz. En ocasiones, la bondad del espíritu y la nobleza del corazón valen tanto como un diploma. Os invito pues a que no admitáis en vuestro seno sino a maestros de conducta irreprochable y a que colaboréis con la Secretaría de Educación para preparar a las nuevas generaciones de profesores. Por nuestra parte, uno de nuestros mayores afanes consistirá en favorecer la creación de centros de capacitación para el magisterio; institutos normales en cuyos planes de estudio el pedantismo no asfixie a la realidad, las tendencias empíricas no inciten a desdeñar la amplitud del conocimiento humano y el deseo de esa amplitud no induzca tampoco a una imitación servil del pasado o de lo extranjero.

Estoy seguro de que, entre la compañía de un improvisado, que sólo debe su nombramiento a un azar político y la de un colega salido de un buen plantel, ningún verdadero maestro se sentirá dispuesto a dudar. Todo profesor que aconseja el bien pero acepta el mal y lo practica por comodidad o por cobardía, no es un maestro.

¿De qué serviría instruir a nuestros alumnos si lo que van a leer al salir de la escuela es la constancia entristecedora de nuestras insuficiencias y nuestros vicios?

Ante interrogación tan punzante vienen a mi memoria las palabras de Calibán en “La Tempestad” de Shakespeare: “Me habéis enseñado a hablar y he aquí lo que ello me ha reportado: sé maldecir...”

Y es que, mientras la Secretaría de Educación no sea un órgano efectivo de definición para la moral pública, llamarla “de Educación” constituirá a lo sumo un alarde-retórico intrascendente.

La civilización suele llevar en sí misma a sus adversarios: el utilitarismo, la especialización exagerada y la creciente desproporción entre la capacidad del talento y el dominio de la virtud. A este respecto, citaré aquí las frases de un distinguido parlamentario noruego: “Si la educación democrática no inyecta en los jóvenes una convicción más honda y apasionada de los valores eternos de la vida que la instilada en la juventud totalitaria, las democracias no sobrevivirán, aun cuando ganen la guerra. Si la educación democrática no puede producir valientes soldados de la paz, creadores de la nueva libertad, hombres que se sacrificuen gustosamente, jamás lograremos una paz duradera.”

Este, señores, es el aspecto profundo de la cuestión. El ideal de la democracia y la vida de América están tan inextricablemente ligados que ser, para nosotros, es

aspirar a ser íntegramente demócratas. Tanto es así que las vejaciones con que las tiranías personales han vulnerado a la democracia no han obtenido sino detener transitoriamente su evolución, originando conflictos en que la sangre de las masas, al derramarse, ha vuelto a sellar ese augusto pacto de alianza que América, en el amanecer de su independencia, firmó con la libertad.

Para que los nuevos mexicanos tengan fe en la educación que les sea impartida, de nada servirá el perfeccionamiento de nuestros métodos, si ese perfeccionamiento no se conjuga con la depuración de nuestra política y con el respeto de nuestras instituciones. Para nuestra cultura, uno de los riesgos más graves puede surgir de que —llevados de la superstición verbalista que singulariza a las colectividades en trance de integración— consideremos que la democracia es una fórmula de repercusión automática, un conjuro mágico y que basta invocarla en teoría para que opere, pues, mientras nuestros actos no se ajusten a nuestros postulados, los niños y los adolescentes de nuestra Patria no entregarán a la educación sino una alma escéptica y angustiada.

Internacionalmente me he referido hasta estos momentos a un solo aspecto de nuestro problema educativo: el de la enseñanza primaria, con sus consecuencias directas en la incorporación de las masas adultas, rurales y urbanas. Juzgo, en efecto, que ese aspecto de nuestra actividad es el que tiene ahora máxima urgencia; pero el hecho de concederle el primer lugar en nuestra atención no nos autorizará a descuidar las posibilidades de la enseñanza técnica ni la necesidad —cada vez más clara— de una correcta formación secundaria, preparatoria y normal, ni, por supuesto, la suprema ayuda de un desarrollo universitario bien coordinado.

El peligro de la acción popular que nos proponemos podría residir en su permeabilidad para algo sumamente nocivo; el afán de improvisación. Si no deseamos caer en generalizaciones simplistas y en gestos líricos, hemos de resistir a la atención de lo rápido y de lo fácil. Entre crear —por ejemplo— diez misiones accidentales, carentes de dirección y de material, y establecer un pequeño centro, modesto pero efectivo, dotado de útiles y de libros y administrado por profesores conscientes de su papel, nuestra elección no vacilará un solo momento. Lo primero constituiría en espectáculo; lo segundo implicará una labor.

Necesitamos técnicos tanto como maestros. Técnicos de la enseñanza y, también, técnicos de la industria. Sin embargo, cuidaremos mucho de no tomar los métodos por los fines y de no confundir el sentido práctico de la vida con una filosofía utilitaria, de egoísta y espesa mediocridad.

La técnica ha de ser un medio; nunca un propósito último y decisivo. Hay un oficio que priva sobre todos los otros: el de ser hombre. Evitaremos por eso que, para

enseñorear a la técnica, se pretenda deformar o empequeñecer nuestra humanidad. Y, ante cualquier perfeccionamiento episódico del instrumental de la civilización, nos preguntaremos como John Ruskin frente al cable que iba a unir por primera vez a la India con Inglaterra: “¿Qué mensaje transmitirá?”

Lo que da su importancia al telégrafo no es, en verdad, la corriente que lo atraviesa, sino el mensaje que conduce. Y en la función creadora de ese mensaje —que, por lo que concierne a nuestro país, será la lección perdurable de México— esperamos que colaboren con nosotros todos los elementos de enlace que posee la inteligencia: los maestros, las universidades y los periódicos, los pensadores y los artistas, los padres de familia y las agrupaciones representativas de la juventud.

Si me he extendido al daros a conocer los principales lineamientos del programa de la Secretaría de Educación Pública, es porque estimo que en una hora en que hacéis un sincero esfuerzo para lograr vuestra unificación, podrá alentáros sentír que esa unificación que buscáis nos es necesaria y que, una vez lograda, no la utilizaremos para ningún fin estrecho y partidista, sino para servir mejor y con mayor eficacia a nuestra República.

Nuestras actividades abarcarán en lo sucesivo un escenario muy amplio. Para llevarlas a cabo será menester que el país no pierda confianza en vosotros, que os sienta siempre en un plano superior a la hostilidad de las sectas y a los rencores inútiles de los grupos. Aun separados, sois una fuerza; pero una fuerza de la que suelen salir disidencias, obstáculos y querellas. Juntos, vuestra fuerza será mayor y tendrá además un resultado más importante y más respetable: el de actuar paralelamente al espíritu de unidad que anhelamos todos los mexicanos.

Con mis votos por que así sea, os saludo muy cordialmente y, en nombre del señor Presidente de la República, expreso el sincero deseo de que las labores de vuestro Congreso contribuyan a sustentar nuestra educación sobre las bases dignas y firmes a que aspiramos.

*EL APRENDIZAJE HISTÓRICO**

Caracteriza el aprendizaje histórico, tal como debe alentarlo y guiarlo la educación en las democracias, su capacidad de renovación perenne, su confianza en las fuerzas múltiples del espíritu y su equilibrada coordinación de los elementos que hacen tan rica y compleja a la humanidad.

DETERMINISMO TOTALITARIO

Semejante amplitud contrasta con el simplismo determinista de quienes ostentan, al par que Spengler, un pesimismo fundamental, cuya tesis gira en torno al eje de la concepción orgánica del Estado o, a imitación de los geopolíticos, exaltan un materialismo telúrico invulnerable a las transformaciones libertadoras del pensamiento o, como Rosenberg y los técnicos del racismo, basan la historia sobre una ecuación biológico-geográfica en la que, a menudo, el factor físico de la sangre les parece más importante y más decisivo que el factor físico de la tierra.

Por el camino de ese simplismo llegan los geopolíticos a proclamar que toda nación que no es digna de ser martillo es el yunque obligado de las demás, en tanto que los partidarios de Spengler se gozan en la definición de una decadencia que permitiría la consolidación de los dictadores y los secuaces de Rosenberg clasifican a los países en pueblos-amos y pueblos-siervos, abominando del mestizaje y procurando, por la opresión sistemática, apresurar el triunfo del *herrenvolk*.

Todas estas interpretaciones políticas de la historia sirven a un interés de partido, si no de grupo, y hay —al examinarlas— quienes se ven inclinados a opinar, junto con Huizinga, que toda civilización determina lo que quiere que sea su propia historia.

* *Apertura de labores de la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia de México. México, D.F., 11 de mayo de 1944. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp. 20-25.*

SENTIDO ÉTICO SUPERIOR

Sin embargo, si adoptáramos tal concepto en su integridad, ¿cuál sería nuestro propósito al reunirnos a discutir acerca de las ventajas de que nuestra historia se enseñe con ese sentido ético superior que –anticipándome al resultado de las deliberaciones que aquí se inicien– creo ya descubrir en el plan general de vuestros trabajos? ¿No será, más bien, que la declaración de Huizinga lleva al extremo ese hecho, señalado por Valéry cuando precisó que el carácter real de la historia estriba en su participación en la historia misma y que la idea del pasado constituye sólo un valor auténtico para el hombre animado por el entusiasmo del porvenir?

Por oposición a estas reflexiones, vienen a mi memoria ciertas frases de Bayle, el cual –en su *Diccionario Histórico y Crítico*– anotaba orgullosamente: "En la medida de lo posible, el historiador tendrá que colocarse en la situación de un estoico, a quien ninguna pasión commueve. Insensible a todo lo demás, cuidará tan sólo los intereses de la verdad y a ella sacrificará hasta el amor a la Patria... pues, en cuanto historiador, es, como Melquisedec, sin padre, ni madre, ni genealogía." ¡Cómo revelan estas palabras al autor que las escribió! Si he subrayado el párrafo en que concluyen, fue para haceros sentir hasta qué límite el afán de la objetividad extremada en materia histórica suele también inducir a extravíos a quien la intenta, o, para ser exacto, a quien se figura capaz de intentarla con plenitud, ya que, en estas disciplinas de la cultura, se equivoca tanto el que aspira a encerrarlo todo dentro del círculo de la asimilación personal, cuanto aquel que se considera dueño de prescindir por completo de esos orientadores del juicio que son la Patria, la educación, la familia, el respeto de las instituciones y la imaginación del mejoramiento de su país.

En el término medio en que descansa la realidad, las enseñanzas históricas representan una ayuda insustituible para comprender el presente y, al mismo tiempo, para concebir sin proféticos dogmatismos el futuro de la nación. De ahí la urgencia de cimentarlas en el conocimiento sereno y circunstanciado de lo que fue; pero de ahí también la necesidad de no reducirlas a una enumeración, que resultaría en no pocos casos muy engañosa, pues, hasta en las obras que se reputan más objetivas, está presente –aunque a menudo disimulada– la doctrina económica y filosófica del autor. Por equivocada que se le juzgue, la sinceridad que se muestra valientemente previene, al menos, la acción defensiva de los lectores. En cambio, el eclecticismo fingido aprovecha, a favor de la causa que no confiesa, el orden de selección de los materiales, la distribución de los documentos y hasta esas tácitas

omisiones que puedan dar a las síntesis –en apariencia más despojadas de sectarismo– una intención polémica, por oculta, más peligrosa y difícil de denunciar.

PELIGRO DE LA SISTEMATIZACIÓN EXCESIVA

Con razón se ha dicho que es menester conservarse en guardia frente a los riesgos de una absorción abusiva del pensamiento por las fórmulas y los métodos de la historia, y que el sentido histórico debe quedar conformado por las condiciones plásticas de la vida, porque, si se aparta de la función de la sociedad, la defrauda y la debilita inconscientemente.

Por lo que a México ataña, hay igualmente que precaverse contra la tentación de tomar la serenidad del criterio y la imparcialidad de la información como ausencia de todo interés político en el historiador. Según acertadamente lo apunta Croce: "la profundidad de la visión histórica lleva implícita profundidad de interés ético y político"; idea que amplía, dentro de otro capítulo de su obra, en forma que no me resisto a reproducir porque aclarará los motivos que nos incitan a examinar con reserva la posición de quienes pretenden que, en nombre del ideal de concordia que sustentamos, se prive a la historia de nuestro pueblo de lo que tiene de más genuino: el espectáculo del esfuerzo para alcanzar la verdad de sus libertades.

La afirmación –indica el propio Croce– de que, para narrar la historia, es necesario elevarse sobre las pasiones y alejar ideas y juicios preconcebidos, se convierte con facilidad en otra: se ha de narrar fuera de toda participación en las luchas de la vida [...] El giro de las frases y el sonido de las palabras pueden engañar fácilmente. Sin embargo, las actitudes que delinean estas afirmaciones son radicalmente distintas y la segunda de ellas está en contraste con la naturaleza misma de la historiografía.

Bien está, por cierto, que se cancelen los odios en la redacción de los libros de historia de nuestra Patria. Bien está asimismo, que se emprenda una campaña depuradora para arrancar a los textos las páginas negativas. Como Secretario de Educación, aplaudiré todo lo que se haga en ese sentido; pero, como funcionario y también como hombre, habré siempre de preocuparme por que, en nuestro empeño de eliminar los enconos, no terminemos absurdamente por confundir los juicios con los prejuicios y por tender sobre los dolores de lo pasado –que son historia y, como historia, son enseñanza– un velo hipócrita y tembloroso que daría a las nuevas generaciones una impresión descastada de nuestra vida y que, por desfiguración de los arduos asuntos que trajeron de resolver, colocaría a los héroes de México en la equívoca posición de protagonistas sin contenido y de seres que pelearon contra fantasmas.

UNA HISTORIA QUE DEFIENDA A LA PATRIA

Ambicionamos una era de paz durable y de unidad sólida y constructiva. Pero sabemos que nada se halla más alejado de la paz verdadera que el artificial apaciguamiento y que no es ocultando los yerros como se les supera, sino considerándolos sin rencores y procurando enmendarlos con dignidad.

Toda la historia, vista en conjunto, es una epopeya del hombre que, a través de ascensiones y de caídas, de derrotas y de victorias, va buscando incansablemente la independencia de su destino. Si esto es exacto en lo universal, ¿qué razones podrían asistirnos para desear que, por lo que concierne a nuestro país, esa epopeya se registrase con pluma inerte y con tinta incolora y avergonzada?

Para explicar esa fe entrañable con que debemos aproximarnos a la contemplación de nuestra existencia, bastaría evocar la figura de un maestro vital como Justo Sierra, que también en esto se anticipó a los problemas morales que revisamos. ¿No fue él, en efecto, quien al inaugurar la Universidad Nacional, en 1910, se expresó en estos términos intachables: "Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas, en teorías incessantes, para adorar a Atenea Promakos, a la ciencia que defiende a la Patria."

Si hay, señores, un estudio que defienda a la Patria, es el de la historia. Y, para que la defienda de las violencias del exterior y de los egoísmos y las venalidades del interior, os halláis congregados en este instante, a fin de que, en la actividad a la que habéis dedicado lo mejor del espíritu que os anima, la simulación de la rectitud no brinde un escudo impuro a las fuerzas del retroceso y la vocación del progreso no invoque nunca, como argumentos, la pasión exclusiva, la propaganda personalista y la difusión de lo exótico y lo mendaz.

VISIÓN COMPLETA Y ESCENARIO UNIVERSAL

Entre otras ideas, que la limitación de un discurso no me permite desarrollar, creo conveniente detenerme, antes de concluir, en dos observaciones indispensables.

La primera es la de que ningún ensayo en esta materia sería fecundo si desprendiéramos arbitrariamente de nuestro juicio el análisis ponderado de los juicios que no son nuestros y si, suponiéndonos poseedores de una verdad inmutable sobre el

pasado, lleváramos la preferencia de nuestro ánimo a una sola parte de los recuerdos –los que halagan tal vez nuestra inclinación– y procuráramos ignorar, en la voz ajena, la opinión de quienes acaso no encarnaron en todo momento el ideal progresista de México, pero que no por eso dejaron de intervenir con derecho a la vida de la República. Cuanto más honda y fundada sea nuestra convicción, más obligados nos sentiremos a confrontarla con las convicciones de los demás. México es un todo. Y una visión incompleta de las razones que algunos sectores de México tuvieron para vivir y para luchar, eliminaría de nuestra historia ese elemento crítico necesario que sólo temen los déspotas o los débiles. La amplitud del alma no es un lujo en estos estudios sino una condición primordial y un deber común.

La segunda de las observaciones que he mencionado se apoya en la conveniencia de no enfocar los acontecimientos de nuestro pueblo en un escenario aislado, hermético y sin contacto con las realidades del Continente y también del mundo. Ningún país vive nunca solo y ningún problema se ofrece desvinculado de otros problemas que, en sus orígenes o en sus repercusiones, afectan y mueven a toda la humanidad.

Estoy seguro de que no falta entre los presentes quien, en cierto período de sus investigaciones, haya advertido cómo determinadas dificultades –que parecían sólo locales– se acentuaban e iluminaban por comparación con las crisis o con los triunfos que, en ese mismo período, afligían o estimulaban a naciones próximas o distantes. Trasmitir a los capítulos de la historia de México esa dimensión eterna, la dimensión de lo humano por relación con lo universal, será sin duda una conquista efectiva de esta reunión.

Al hacer votos por vuestro éxito, permitidme que evoque una escena admirable del primer Fausto. Aquella en la cual, del espejo encantado en que el sabio se mira anhelosamente, surge el futuro. Después de todo, la historia bien entendida y bien enseñada debe ser eso: un espejo activo, en cuya limpia superficie nuestro pasado explique nuestro presente y augure, hasta el punto en que son razonables las previsiones, nuestra continuidad en lo porvenir. Creador espejo que no requiere, para auxiliarnos, mayor hechizo que la luz que sobre él proyecten el patriotismo de la pesquisa, la integridad de la información, el respeto de la justicia y la devoción social por la libertad.

Esas cualidades son, por fortuna, las que siempre hallamos en la conciencia de los grandes historiadores. Y es natural que así sea ya que, para terminar con dos frases de Goethe –que, en esta guerra, provocada por el menos goethiano de los germanos, conviene rememorar con exactitud–, "no se conoce bien sino lo que se ama" y "cada momento tiene un valor infinito, pues representa toda una eternidad".

EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA*

Nos hemos congregado hoy no como funcionarios o periodistas, como civiles o militares, como artistas o historiadores, como colegiales o catedráticos, sino ante todo –y sobre toda otra consideración– como mexicanos. Es decir: como hijos que se dan cita en una de las casas más venerables de la familia histórica nacional, a revisar los valores de un patrimonio que por igual a todos nos pertenece, a respirar el aire de nuestros héroes y a contemplar, en el desfile de la banderas que llevaron a la victoria o que defendieron con honor en el sacrificio, la evocación de otro gran desfile: el del pueblo mismo, que se ha ido pasando de mano en mano y de generación en generación una bandera que no está hecha con materias perecederas, pero que ondea en nuestro corazón cada vez que oímos las notas de nuestro himno y que flota en el mástil más alto de nuestra historia, izada por todos los mexicanos que sucumbieron para que nuestra Patria pudiese vivir con independencia, progresar con decoro y persistir con diáfana rectitud.

Por eso, desde el Primer Magistrado de la República hasta el escolar más modesto se hallan presentes –o, por la limitación del espacio, representados– en esta festividad. Y su presencia no es solamente una presencia corpórea, sólida, perceptible, sino una presencia de espíritu mexicano; pues, aunque el alma de nuestra historia no pueda naturalmente circunscribirse al perímetro de un museo, aunque sus aspiraciones y sus impulsos formen la base de nuestro desarrollo lo mismo en la paz de los campos que en el centro de las ciudades y aunque, donde quiera que un compatriota nace o fallece, la historia entera de nuestro pueblo sigue su curso, hay lugares que, por su esencia, son síntesis nacionales de esa corriente de vida en constante superación.

Uno de esos lugares es este sitio, encumbrado en la cima de una colina elegida por los aztecas como baluarte; paseo durante la época colonial; esbozo de palacio y después de archivo; asiento del Colegio Militar en 1841; pedestal glorioso de las proezas en que perdieron la vida los Niños Héroes; mansión de ornato del Archiduque Maximiliano y, por temporadas más o menos largas, residencia de

* *Inauguración del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec.- México. D.F., 27 de septiembre de 1944. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.26-30.*

varios Jefes de Estado durante los últimos años del siglo XIX y los primeros lustros del siglo XX.

Colina estoica, centinela que el Valle envuelve con lo más varonil y más terso de su paisaje: el espectáculo del Ajusco, la perspectiva de los volcanes, la majestad pensativa de un cielo insigne y el bosque próximo donde se elevan los ahuehuertos como un ejemplo de esa alianza de inmensidad y delicadeza, de fuerza y de tenuidad que sorprende y cautiva en México y que halla en esos árboles seculares su emblema augusto por la ciclópea energía de las raíces, el vigor de los troncos atormentados y la elegancia irónica del follaje, leve como una sombra y persistente y conciso como una máxima.

¿Qué mejor marco podía escogerse para el Museo de nuestra historia que este recinto y este paisaje, que por sí solos son ámbito del pasado, escenario de la ciudad presente, centro de la ciudad futura? Y, para quienes fingen no comprender todavía el alcance de nuestra Revolución, ¿qué mejor testimonio que el hecho de que haya sido un gobierno emanado de esa Revolución el que decidiera que este lugar –antaño morada de Presidentes– fuera entregado al pueblo y que sea ahora un gobierno igualmente emanado de la Revolución el que se honre ofreciendo aquí un tributo a lo más genuino que el pueblo tiene: el amor de sus tradiciones, la custodia de sus reliquias, el orgullo de su ejecutoria como Nación?

Bien está, por cierto, que instalemos este Museo en el Castillo que ocupó antes nuestro Colegio Militar, puesto que, si el estudio imparcial de la historia constituye una garantía de persistencia para la Patria y la misión de un ejército democrático es la de proteger las instituciones que son producto legítimo de su historia, ¿quiénes podrían con más derecho servir de escudo al acervo histórico nacional que los bronces en que reencarnan los aguiluchos de 1847? Juan de la Barrera, Juan Escutia, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez, sus estatuas hacen la guardia de este establecimiento. Y podemos confiar en la guardia que hacen, porque sabemos que si sus cuerpos cayeron peleando por defenderlo, su ánimo no ha caído e inspirará en todo tiempo a los jóvenes mexicanos un estímulo generoso y una enseñanza ferviente de gallardía y de pundonor.

En semejante sentido de lealtad a lo nacional estriba indudablemente el significado profundo de este Museo. En sus salas alternan las épocas más distintas, los más opuestos semblantes, las antinomias más ostensibles. Como en capas geológicas sucesivas vemos en ellas la impaciente codicia de la conquista hecha por la espada y la evangélica gracia de la persuasión obtenida por el libro, la suntuosidad de los señores de la Colonia y la miseria dramática de los siervos que, por cada

misionero a quien respetaron, conocieron y padecieron a quién sabe cuántos encomenderos.

Viene, después, la zona inmortal de la Independencia; los balbuceos de la libertad que nació en Dolores y que, apenas nacida, tuvo que recorrer con los pies desnudos, enjuta y débil, entre los cardos de un trópico sin piedad, todas las rutas de la persecución y de la ignominia. Más tarde, por fin, la emancipación. Pero una emancipación que, frecuentemente, sólo constaba en fórmulas declamatorias, en cláusulas arrogantes, en imitaciones absurdas de imperios y en amagos sombríos de dictaduras.

Época de crisis, de pronunciamientos, de invasiones, de intervenciones. Mutilación de nuestro territorio. Violines austriacos entre el redoble de los tambores de los patriotas. Carrozas con coronas bordadas en el terciopelo de los cojines; tronos precarios; fusilamientos. Y, por encima de este ir y venir de soldados y de edecanes, por encima de esas iniciales borradas y repintadas, a toda prisa, sobre las portezuelas de los vehículos o en el escudo de las vajillas, por encima de los tratados suscritos en la hora del infortunio, la constancia del pueblo, del pueblo auténtico, fiel a la memoria de Hidalgo, a la energía de Morelos, al holocausto de los cadetes de Chapultepec, a la generación admirable de la Reforma, a la epopeya del 5 de mayo, a la tenacidad de Juárez y, entre defeciones y fugas y sangre y balas, a una empresa apremiante y a un éxito indiscutible: la perduración de lo nacional.

Tras de aquellas etapas, nuevas jornadas de crisis, nuevas sublevaciones. Tres decenios de reelección sistematizada. El noble magisterio de Justo Sierra. Y, en 1910, otra vez el pueblo, el clamor del pueblo exigiendo tierras, invocando sufragios, ansiando escuelas. La elevación y el martirio del presidente Madero. Y, en respuesta al clamor del pueblo, un paso más hacia la realidad de nuestros derechos, un sentido más justo en la distribución de las responsabilidades; la Revolución y la Patria estrechamente unidas en una obra que ningún mexicano honrado podrá negar; la de organizar nuestra libertad sobre la única base estable que tienen todas las libertades: el respeto a la igualdad humana y el concepto de la redención colectiva por el trabajo.

He ahí, señores, lo que veremos una vez más al trasponer las puertas de este Museo. Retratos de hombres que lucharon unos con otros y a menudo unos contra otros; cóleras y pasiones que creyeron por un momento derrocar los principios que, sin quererlo, consolidaban; polvo de siglos y luz de ideas; objetos que duraron más que la voluntad de sus poseedores y espíritu que persiste sobre la caducidad y la inercia de los objetos...

Si estuvieran con nosotros en este instante quienes vivieron y murieron para que México fuese algo de lo que hoy es —y si se hallaran también aquellos que imaginaron otras modalidades para el esfuerzo de nuestro pueblo—; si monárquicos e insurgentes, conservadores y reformistas, liberales y reaccionarios resucitaran, ¿qué consejo mejor podrían proporcionarnos que el de no vulnerar la unidad ascendente de la nación? Ellos, que no admitieron en vida la coexistencia de sus entusiasmos dispares y vehementes, no han logrado evitar que los cubra, por encima de los sepulcros, un amor que es respeto para los héroes y magnanimidad y perdón para los que erraron.

Unos y otros están aquí. De unos y otros fluye nuestro presente. No obstante, por amplio que sea el perdón de México, unos están aquí como constructores, como descubridores, como civilizadores, como libertadores. Ante sus sombras nos inclinamos con íntima gratitud. Ellos han alcanzado por fin el derecho heroico de fraternizar con sus contrincantes y sus rivales. Pero no aceptarían que fuera nuestro recuerdo fosa común y nunca tolerarían que abandonásemos la obra que comenzaron, que su muerte dejó inconclusa y que es la redención general por la libertad, la organización de la libertad en la independencia y el robustecimiento de la independencia por la justicia.

Gran lección de cómo será la unidad de nuestro futuro es, por consiguiente, esta visita, que no supone la contemplación de un archivo mudo. Y lección todavía más elocuente si meditamos en el símbolo que resulta de la confrontación material del museo y de la ciudad.

Dentro de los muros de este Castillo se alza el primero, con sus anaqueles y sus vitrinas, sus repertorios y sus catálogos. Frente a él, la ciudad se extiende: tráfico bullente, dédalo de calles, parpadeo de luces, vida en ignición. Sin embargo, entre la ciudad y el museo, la historia marca una vinculación invisible que ilustra el culto de los abuelos, tal como Renán lo puntualizó en una célebre conferencia. "El hombre —dijo— no se improvisa. La nación, como el individuo, es la resultante de un largo legado de esfuerzos, de sacrificios, de abnegaciones. Tener hazañas comunes en el pasado y, en el presente, una voluntad común; haber afrontado en conjunto vastas empresas; querer intentar otras todavía: éas son las condiciones esenciales de todo pueblo. En el pasado, una herencia de glorias y de pesares que compartir; en el futuro, un mismo programa que realizar; haber sufrido, gozado, esperado juntos..." ¿No es, acaso, esta suma de circunstancias la que define, bajo el perfil de cambiantes fisionomías, el rostro eterno, la continuidad misteriosa y patética de la Patria?

Los muertos, los grandes muertos mandan aún en nuestras conciencias. Y su ejemplo magnífico nos invita a venir aquí, cada vez que la duda nos sobresalte, a avivar la llama de nuestra libertad y a escuchar, en su silencio sublime, la voz de México.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, POETA DE TODAS LAS HORAS*

Asistimos hoy a un acto de justicia. En esta sala, reservada por la tradición oficial para servir de escenario a la recepción de los representantes diplomáticos acreditados ante nuestro Gobierno, el Señor Presidente de la República ha querido entregar a un poeta el Premio Manuel Ávila Camacho, instituido, en 1944, por la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos.

El escritor a quien celebramos, embajador permanente de las letras de nuestra Patria, no necesitará hacer presentes ahora sus nítidas credenciales. Son sus libros. Obras austeras, de emoción acendrada, forma prócer y vibrante y diáfano pensamiento. Obras que a muchos de los aquí reunidos nos acompañaron durante años en la integración de la adolescencia y en cuyas páginas encontramos, desde aquellos días, un consejo de comprensión para los humildes, una lección de estoicismo ante los dolores y un ejemplo admirable de humanidad.

Poeta de todas las horas, Enrique González Martínez ha dedicado la vida entera a una empresa que por sí sola merece encomio: la lealtad a su concepto del bien y de la belleza, la fidelidad a su vocación.

En un mundo rápido y veleidoso, entre tareas y transacciones que a muchos otros –por arduas– han impelido a renunciar a lo más exclusivo de su mensaje, él logró conservar sin desviaciones la línea de su destino, con rectitud que sorprende a quien la contempla, pues semejante continuidad obedece tanto a la categoría del artista, como a la voluntad del hombre.

Cuando médico de provincia en la juventud, cuando Ministro Plenipotenciario en la madurez y, ahora, en la paz de una noble consagración –que es en él, todavía, ardimiento y fuerza– la voz de González Martínez siempre ha expresado las inquietudes de un alma atenta a las pruebas de la experiencia; de un alma a la que la esfinge ha propuesto todos los enigmas de las pasiones y que ha sabido contes-

* Entrega al poeta Enrique González Martínez del Premio Manuel Ávila Camacho. México, D.F., 2 de marzo de 1945. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948. pp. 34-37.

tar a la esfinge, invariablemente, con sagacidad que no sólo brota de la aptitud del talento sino de la hondura del corazón.

Desde *Preludios* hasta *Bajo el Signo Mortal*, los volúmenes de poesía con que ha enriquecido González Martínez el acervo de nuestra literatura podrían agruparse en torno a tres temas que se articulan como los tiempos de una sonata. De una sonata lógica y persuasiva a la que, en conjunto, cabría dar el título que él colocó sobre la primera página del *Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño*.

Fuerza, bondad y ensueño son, en efecto, las calidades de su lírica varonil. Y fuerza, bondad y ensueño, lúcido ensueño, sintetizan, por otra parte, las excelencias de todo gran poeta, ya que la fuerza sin la bondad es como un árbol, enhiesto y recio, pero sin fruto; en tanto que una bondad desprovista de fuerza está en inminente peligro de convertirse en flaqueza y abdicación. Y ambas, bondad y fuerza, sin el ensueño, carecerían de ese desprendimiento que hace del arte una escuela constante de independencia y una suprema enseñanza de libertad.

Pero esa libertad y esa independencia, condiciones indispensables de toda obra concebida en términos de belleza, son de linaje tan delicado que necesitan partir de una disciplina estética elegida con absoluto desinterés, la cual —recordando una metáfora célebre— simboliza, para el impulso de su ascensión, lo que el aire para las alas del aeroplano: al principio, un obstáculo; luego, una base.

Caracterizan así al verdadero artista muchas de las cualidades que, en lo político, desearíamos ver realizadas en el orden democrático del futuro. Una plenitud en la afirmación, limitada por el respeto de aquellas normas éticas y sociales que dan sustento interior a la libertad, y un rigor en el cumplimiento de los deberes que colectivamente permite y explica el ejercicio de los derechos de la persona. Porque así como el arte decae cuando suprime las dificultades que se inventa a sí propio para vencerlas y superarlas, así también disminuyen las fuerzas de una nación cuando intenta el pueblo prescindir de los compromisos morales que lo organizan. Y, por la misma razón por la que el arte fallece —según decía un agudo ensayista— en el ambiente de la facilidad, la democracia suele perder su pujanza emancipadora donde los hombres olvidan que la facultad de ser libres es consecuencia de un persistente servicio mutuo y de una subordinación espontánea al porvenir de la Patria y al bien de la humanidad.

Todo artista sincero demuestra, con el ejemplo, que es la civilización de naturaleza tan misteriosa que quien pretende huir de su responsabilidad huye también de su autonomía. De ahí que el espectáculo de un pintor o de un escultor, de un músico o de un poeta, por desasidos que se imaginen de todo pacto, sea en realidad un espectáculo confortante para los que no apreciamos la libertad como un capricho

y un aislamiento, sino como un equilibrio de obligaciones que nos depara precisamente ocasión de sentirnos más personales e independientes cuanto más solidarios hayamos sido con los intereses y los derechos de los demás.

El artista resulta así, involuntariamente quizá, un educador sutil de la democracia. Por eso, sin duda, los régímenes totalitarios adivinan en él un testigo adverso y un delator incoercible para el futuro. Sin quererlo, él los denuncia con su presencia. Su sola voz contiene ya una crítica inexorable porque, donde la única literatura tolerada sale de los Ministerios de Propaganda, todo aquél que no elogia al tirano lo niega implícitamente y hasta el silencio ante la injusticia es para la censura del despotismo un recurso indirecto de acusación.

Lo que da, por tanto, su más expresivo sentido a la ceremonia que nos reúne es su desinterés total. El premio Manuel Ávila Camacho no ha sido otorgado a un hombre de grupo ni de partido. Para obtenerlo, el literato que lo recibe no necesitó en ningún momento dejar de ser lo que es: un poeta, un poeta auténtico. Y ocurrió que, siéndolo plenamente, tuvo también que ser, como todo escritor genuino, un depositario de las misiones severas de nuestro tiempo. Porque todo escritor genuino lleva en su alma una antena sensible que recoge el eco de lo pasado y los estremecimientos patéticos del presente. Y porque, por solitario que lo juzguemos, el individuo –como lo declaró en certa sentencia Ortega y Gasset– es sólo individuo, individuo humano, "en cuanto contribuye a la realidad social y en cuanto es condicionado por ésta."

La poesía equivale a un perdón que la vida brinda a todos nuestros errores. Sin esperanza, no habría poetas. Y la esperanza constituye una juventud perpetua para el espíritu.

Honrando a un poeta nuestro Gobierno se honra a sí mismo. Y, estableciendo un premio anual para distinguir a los escritores que han ofrecido la integridad de su esfuerzo a la creación abnegada y consciente de un arte digno, los libreros y editores de México revelan tanto amor a las tradiciones de su trabajo como devoción para la actividad cultural en que participan.

Al felicitarlos por el acierto de su primera designación, saludo en la persona de Enrique González Martínez a uno de los ilustres exponentes de la intelectualidad mexicana y hago votos por que su obra y las de todos sus compañeros continúen abriendo al paso de nuestro pueblo esa clara senda por la que suben las nuevas generaciones. Porque es a ellos, a los artistas de la palabra, el sonido, el color y la forma de México, a quienes incumbe el deber sagrado de modelar, con la materia cambiante de los sucesos, el rostro vivo, plástico y puro en el que resaltan las facciones eternas de nuestra Patria.

DEBER Y HONRA DEL ESCRITOR*

El ingreso de un escritor en el seno de una corporación como la presente no se halla, por cierto, exento de otoñal y severa solemnidad. Y es que no suele penetrar en recintos de esta categoría quien no ha sufrido ese noble estrago con que la edad va arrancando la profusión de las hojas a los árboles encendidos y desnudando a las almas de aquel ropaje de actitudes cambiantes y de palabras innecesarias que se pretende, en los años mozos, confundir con la auténtica juventud.

Distinción de tan alto linaje no es trofeo para el pasado de quien la obtiene, sino estímulo a más rigor en su obra y en su conducta, condición de silencio para muchas estériles fantasías y límite al capricho con que el artista que se deleita eludiendo los métodos regulares cree compensar, en esparcimiento gratuito y en ocio libre, su posición de soldado sin regimiento y de nota sin pentagrama, inasible y sola.

Sin embargo, de semejantes meditaciones —que no niegan la vaga melancolía en que se tiñe la reflexión con la madurez— surge, a la postre, la certidumbre de que la reja del pentagrama, para esa nota que se imagina excluida de ella, representa en el fondo el andamio firme de su orden lógico y natural. Sin sus líneas y sus espacios —limitados, pero precisos— la nota más ambiciosa perdería significado, porque donde no existe una escala, es decir, una relación de valores determinada —¿cómo podría alcanzar su sentido exacto —por cimero que deseáramos concebirlo— el signo, aislado e individual?

Esta lección de modestia es la primera enseñanza que imparte vuestra Academia a sus nuevos miembros. Si la elogio, al entrar aquí, es porque nunca he disimulado mi inclinación para todo lo que despierte sana confianza en una unidad susceptible de hacer que quienes la acepten sean tanto más leales con ellos mismos cuanto mejor perciban y reconozcan que, entre hombres independientes, la uniformidad absoluta denuncia monotonía, pues la unidad verdadera emana del equilibrio, de las libertades armonizadas, de la tolerancia y respeto mutuos.

* *Discurso de ingreso en la Academia Mexicana, correspondiente de la Española. México, D.F., 11 de abril de 1945. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.38-45.*

Aunque no creyera espontáneamente lo que he expresado, según lo creo, me induciría a insinuarlo, entre diversos otros motivos, la circunstancia de que me encuentro sustituyendo a un escritor tan distinto del que yo he sido: el señor don Teodoro Torres, persona de eminentes prestigios a quien consagro un recuerdo de íntima estimación y cuya muerte dejó en las letras de nuestra Patria un lugar que los adjetivos póstumos no señalan como el vacío patético de una ausencia, sino al contrario, como la presencia definitiva de un ingenio sonriente, lúcido y fiel.

Tras de rendir homenaje a su ilustre nombre y agradeceros muy cordialmente la honra que me habéis hecho al invitarme a sumar mi esfuerzo a las tradiciones preclaras de esta Academia, permitidme, señores, utilizar la atención que otorgáis al recipiendario a fin de discurrir con vosotros, por un momento, acerca de los problemas que nos plantea –como escritores y como hombres– la crisis que aflige al mundo; crisis tan honda y tan inquietante que no hay colectividad capaz de escapar a sus graves incitaciones, ni conciencia que no se sienta comprometida por el deber de buscarle una solución.

Estamos atravesando una selva oscura, de la cual hemos de salir a costa de todos los sacrificios, menos de uno: el de la fe en la virtud humana.

En este descenso entre las tinieblas, todos los pueblos, todos los seres –hay que reconocerlo con entereza– tuvimos alguna culpa, aunque sea exigua, por acción o por inacción. Los delincuentes que inscribirá en sus registros la historia son los tiranos: Jefes de autómatas, que hipotecaron en su provecho todos los mecanismos de la técnica y de la ciencia, todas las aptitudes de la disciplina y la economía, e incluso –a veces– todas las formas externas de la cultura.

Pero si, en lo político, es un consuelo observar la unanimidad con que las naciones libres se han pronunciado contra la pasión de esos delincuentes, en lo personal no podemos limitarnos a reprobarlos. Sería, en verdad, demasiado cómodo encarnar al mal en unas cuantas cabezas de déspotas sanguinarios ya que, para quienes piensan imparcialmente, resulta obvio que esos déspotas estarían desde hace tiempo en una cárcel o en una clínica si, en la hora en que asaltaron el poder, hubiese habido en el mundo entero una jerarquía activa de los valores espirituales que hiciese inútil la conjuración de su残酷.

Ese constituye, señores, el problema candente de nuestro tiempo. La crisis en que vivimos es, hoy, una crisis bélica; fue ayer, y será acaso también mañana, una crisis económica. Ha sido, siempre, una insuficiencia jurídica; pero, desde hace ya muchos años, representa algo más alarmante: una crisis ética. De esta última ¿quién tendría derecho a declararse irresponsable? Y, en la responsabilidad de esa crisis, atañe a los escritores, a los intelectuales, a los filósofos, una parte proporcionada a la calidad de su vocación.

Siento que peco aquí contra la serenidad habitual de estas reuniones, al referirme a una angustia viva en vez de ofreceros, pongo por caso, la limpia autopsia de un asunto de crítica literaria. Sin embargo, siento asimismo que, en una era como la actual, no es posible ya para el escritor olvidar al hombre y que, cuando todo está en riesgo de perecer —porque una paz mal organizada traería consigo tantos perjuicios como una serie de convulsiones y de contiendas— venir a hablaros de la decadencia de la elegía, del crepúsculo de la égloga o del desfallecimiento del soneto, supondría de mi parte una lamentable deformación y equivaldría a imaginaros desvinculados del ejercicio de la única profesión para la que todo instituto de esta importancia es academia abierta sobre la tierra: la profesión de los hombres que aman el bien.

Precisamente porque existieron, durante lustros, muchas generaciones que creyeron poder servir a la inteligencia sin servir a la humanidad; precisamente porque existieron, durante lustros, muchos especialistas de la cultura que edificaron en el aire sus utopías y muchos oficiantes del arte que declararon malsano para su obra cuanto excediese el espacio breve de lo que llamaron su "torre de marfil", es por lo que llegó a establecerse, en gran parte de las naciones, un doloroso divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura.

Ahora bien, ese divorcio ha provocado tantos desastres que no podríamos atrevernos a acusar de él, exclusivamente, a las mayorías que lo admitieron. Donde el intelectual haya renunciado a sus funciones de orientador, la paz futura requerirá que el divorcio a que aludo desaparezca. Porque si un pensador español habló de la rebelión de las masas antes del conflicto, la inteligencia ha experimentado otras formas sutiles de rebeldía: el orgullo del aislamiento, la negación al servicio público y la creencia de que el civismo es tan sólo oficio, mera especialidad.

Reconstruid —si no— el espectáculo de los años que sucedieron a la primera tremenda guerra de nuestro siglo. Salvo contadas y honrosísimas excepciones ¿qué hicieron los estadistas? Desconfiar de la inteligencia. Y ¿qué hicieron, a su vez, numerosos intelectuales? Apartarse del ágora ciudadana, abdicar de sus compromisos de dirección.

Alejándose así del esfuerzo de los demás ¿cómo cabía esperar que no se alistasen a suplantarlos esos simuladores —seudofilósofos y seudoartistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfrenados de propaganda?

En México, el fenómeno que menciono se presentó, por fortuna, con menor aciudad que en otros países. Muchos supieron participar, desde las páginas de sus libros, desde las columnas de los periódicos, desde la tribuna, desde la cátedra, en

la obra conjunta de afirmación y, también, de crítica constructiva que exige a los depositarios de la cultura la evolución de la sociedad. Pero no se trata ya de limitar a una Patria la rectitud de esa vigilancia por el espíritu. Para el mundo que va naciendo, entre ruinas, sollozos y bombardeos, metralla y muerte, miseria y sangre, estamos todos, todos los escritores, todos los artistas, todos los pensadores, obligados a imaginar un vivir mejor.

Pasada la hora de los estrategas, vendrá la de los políticos. La diplomacia se empeñará en conciliar muchas diferencias, en ligar y fundir muchas voluntades. No obstante, nuestra cita con el destino es irremisible. A las más generosas Cartas Políticas y Económicas, están demandando los pueblos la adición de otra Carta fundamental: aquella en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta; aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes se pongan al fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería, a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema por el espíritu.

Ninguna nación, ningún grupo, ningún individuo se hallará en aptitud de servir a la paz del mundo, mientras esa paz no se afiance en una filosofía de la vida que dé a la vida su pleno significado: el cumplimiento de una misión.

Porque, sin duda, estará muy bien que nos preocupemos por defendernos de los adversarios que encuentra siempre la libertad; mas conviene igualmente no olvidar nunca que no pocos de esos adversarios perecerán por su propio impulso, como castigo de su violencia, según ocurrió con el rival hipócrita de Teággenes cuando fue a derribar de su pedestal a la estatua que los tasios le consagraron. Cayó la imagen del vencedor; pero, al desprenderse, vino a rodar sobre el cuerpo del envidioso y, con su peso, lo sepultó.

En cambio, si de los enemigos del exterior nos salvan frecuentemente las circunstancias, ¿quién podría salvarnos, sino nosotros, de ese enemigo que va en nosotros a donde vamos; que escucha, antes que nosotros, nuestro secreto, por misterioso que sea el mensaje que lo contiene y discreta la voz que a solas nos lo transmite; de ese enemigo que nos derrota, a veces, cuando vencemos y que sólo vencemos cuando logramos dominar en nuestra conciencia el grito del egoísmo, la avidez del odio y la fiebre sórdida del placer?

No conseguirá vivir en paz con sus semejantes quien no sea digno de vivir en paz con su propio yo. De ahí que en estos instantes, en que deseamos estructurar una educación que sirva a la paz, a la democracia y a la justicia, sintamos la extrema urgencia de no apoyar solamente el acento de la enseñanza sobre el aspecto de santa lucha que anima al hombre en la definición de sus facultades políticas y

sociales; sino también —y de modo concomitante— sobre el rigor de su equilibrio interno como persona y su capacidad para superar, en sí mismo, el estallido oscuro de las pasiones. O, para decirlo con términos diferentes: no se libera tan sólo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándole por encima de la esclavitud aprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para con sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.

Se ha hablado mucho de los derechos del ciudadano, de los derechos de la mujer, de los derechos del escritor, de los derechos del joven, del técnico y del artista. Hemos ido creando, en todos los órdenes de la sociedad, una mentalidad de cobradores insatisfechos. Acontece por consecuencia que quien demanda cumple menos de lo que exige y da en servicio menos de lo que pide para servir. Se instala así, a corto o a largo plazo, durante la paz, un déficit colectivo, que las naciones sólo saben pagar con su aportación para alguna guerra; lo que, después de todo, más que pagar, equivale a querer saldar indirectamente una deuda, merced a la liquidación general de una bancarrota.

Lo anterior nos demuestra que uno de los valores que procede instaurar, dentro del sentido humano de la cultura, es el valor espontáneo, intrínseco, del deber. Pero ya no el deber militar de matar o morir, que aceptan los pueblos cuando se desatan las ofensivas, sino el deber civil de vivir y de hacer vivir conforme a normas insospechables; el deber de sacrificar un poco de nuestro goce, todos los días, para no sacrificarlo en su integridad sobre las aras trágicas de la guerra; el deber de ser fuertes, fuertes a tiempo, en la armonía de una convivencia justa y civilizada, a fin de no tener que aprender a ser fuertes en la contienda, cuando la fuerza se mide por lo que niega y no por lo que asegura, por lo que destruye y no por lo que edifica.

Tenemos, frente a nosotros, el esbozo complejo y arduo de un nuevo mundo. Un mundo que no brotó de un azar de la geografía, sino de una voluntad insistente, compacta, adusta: la historia humana. Ese esbozo será a lo sumo forma insensible, desierta y muda mientras no le comuniquemos un alma propia. Y esa alma sólo podrán transmitirla quienes posean la capacidad de entregar a su obra todo su ser.

Por espacio de muchos años hemos oído a algunos intelectuales opinar de manera abstracta sobre los temas que hacen la paz y la guerra de los países. Incluso a raíz de firmada la tregua de 1918, hubo escritor europeo, de maestría, que definiera la paz como un equilibrio de símbolos solamente. El talento se había engreído en jugar así, no sin temibles irreverencias, con las metáforas. Pero sucede que las metáforas son un momento no más de la realidad: el momento rápido y fotográfico en que la materia se vuelve signo, alusión, emblema. Y comprobamos, por la ex-

periencia de lo sufrido, que nuestro papel inmediato va a consistir en resucitar las figuras yacentes bajo los símbolos.

Si los artistas de antaño se complacieron, viendo cómo se convertía Dafne en laurel y en estatua de sal la mujer de Lot, el deber exige que nuestra hora se singularice precisamente por lo contrario y que, al roce de nuestra vara poética o filosófica, vuelva a vivir la mujer de Lot, escapando a su cárcel salobre y frígida, vuelva el laurel a ser Dafne viva y hallemos, bajo los símbolos opresores, la carne trémula y vulnerable por cuyas arterias corra una sangre ya no ficticia, sino roja y ardiente como la nuestra, entre nervios y músculos de verdad.

Quiere ello decir, sin alegorías, que se impone a las nuevas generaciones una tarea cuyos timbres más puros de gloria radicarán en vivificar la cultura, en humanizarla y en combatir contra las áridas abstracciones que estaban amenazando ahogar el arte, la ciencia y el pensamiento.

El alma que aguarda ese nuevo mundo se erguiría mañana airada contra nosotros si no tratásemos todos de fabricarla con lo más acendrado de nuestra fe. Lo que más ha faltado a los constructores de nuestra actual civilización es la fe en el hombre, la devoción para sus ideales y el examen crítico necesario para distinguir con exactitud entre la esperanza y el espejismo.

A la técnica de la prisa es indispensable sobreponer la técnica de la solidez. Que en cada cual se precise la psicología del arquitecto, del "arquitecto de su destino". En ello, los escritores y los artistas de México están tan comprometidos como los de cualquier nacionalidad. Es menester, en efecto, que el mundo que ayudemos a organizar sea un mundo en orden. Y que el orden que lo regule derive de la única disciplina susceptible de conjugarse con nuestro amor a la libertad: el orden por el espíritu.

En un debate, presidido por el profesor Osorio de Almeida, se discutió, hace algún tiempo, acerca de la transformación de los valores de la cultura. Entre otros, hizo uso de la palabra en aquella ocasión un desterrado político de Alemania, Werner Thormann, de quien son las siguientes frases que no me parece superfluo reproducir en este lugar: "En todos los dominios de la vida pública –exclamó el orador– nuestra tarea es la de impedir que el hombre se convierta en un simple instrumento." Y añadió: "Hemos presenciado la liberación de las masas, pero aún tenemos que conciliar esa emancipación con el concepto de la personalidad." A lo que Raymond de Saussure no tardó en objetar: "Una disminución de la responsabilidad individual frente al conjunto de la sociedad, un deseo de pedir todo de ella y de no procurarle nada en cambio, tal fue la característica principal del período de preguerra."

Advertimos que, en esta supuesta antinomia entre la responsabilidad de la sociedad y la responsabilidad de los individuos o entre la emancipación de las masas y el desenvolvimiento de la persona, la solución positiva tendrá que ser, indefectiblemente, una solución moral. Ya en el ocaso del siglo XVIII, Kant aconsejaba: "Obra de manera que trates siempre la voluntad libre y razonable, es decir, la humanidad, en ti y en el prójimo, como un fin y no como un medio."

No hay postulado jurídico que no ilumine este reflector: lo mismo la libertad del ser en la democracia de la nación que la soberanía de los pueblos en la democracia de las naciones; pues lo que el imperialismo económico y el totalitarismo –técnico o práctico– han pretendido ejercer, tanto en el seno de los países como por el avance tortuoso de las potencias, es el uso del prójimo como medio, el empleo del semejante como inferior y el sometimiento de la voluntad –que, por sí misma, es un fin augusto– a transitorias finalidades que alteran la convivencia y desquician el orden universal.

En todas las latitudes, en todos los climas, bajo todos los cielos, los hombres que escriben, piensan y enseñan deben procurar hacer de la paz y la libertad algo dinámico y sustantivo, y no situaciones de tímida estabilidad y de simple exclusión de la muerte y la servidumbre. El interés por la paz y el fervor por la libertad fueron declinando en los pueblos y en las conciencias antes de que estallaran materialmente las hostilidades que padecemos, en parte porque –a la sombra de las nociones de paz y de libertad– habían cristalizado muchas injusticias y prosperado muchas mentiras; pero en parte, también, porque los promotores de la cultura no acertaron a inculcar en las masas una imagen viviente de esas nociones y se contentaron con definirlas por sus límites negativos: la paz, como negación de la guerra, y la libertad, como negación de la tiranía.

Acaece, no obstante, que el ánimo de los individuos y la convicción de los pueblos se enardecen difícilmente por aquello que se les brinda en términos restrictivos y que la libertad y la paz son condiciones que han de estimarse, ante todo, por sus aspectos de afirmación. A partir de Versalles, no fueron pocos los libros que difundieron el odio y el miedo de la contienda. Barbusse y Duhamel, Arnold Zweig y Dorgelés, Remarque y Romain Rolland –para no mencionar sino a novelistas de éxito incuestionable– hicieron de sus obras requisitorias vehementes contra la guerra.

Mas, a cambio de aquellas requisitorias, ¿cuántos fueron los escritores que se atrevieron a cantar positivamente los méritos de la paz? Por tenebrosa que fuera la novelística de la guerra, la de la paz destilaba también acíbar y desaliento, pesimismo y desolación.

¿Qué ejemplos de humanidad proponían los literatos más celebrados a sus lectores? En Francia, el inmoralismo de *Los Monederos Falsos* descritos con tan persuasivo talento por André Gide, y la sociedad decadente que dio pretexto a los admirables análisis de Marcel Proust. En Alemania, el culto de la muerte, de Thomas Mann, y las crueles indagaciones de Jakob Wassermann. En Italia, los personajes nocturnos de Svevo y de Pirandello. En Praga, las agónicas turbulencias de un Kafka y, en Inglaterra, cuando no las digresiones irónicas de Aldous Huxley, el exacerbado sensualismo enfermizo del *Amante de Lady Chatterley*...

Entre las perspectivas de un armisticio sin grandeza y los cuadros de una guerra sin magnanimidad, lo que germinaba naturalmente, en el público, era la indiferencia. ¿Valía la pena renunciar a la lucha para incurrir en ese marasmo que se nos daba como resumen y anestésico de la paz? A fin de contrarrestar la sensiblería llorosa de ciertas horas de la literatura decimonónica, se exageraron las pretensiones de un intelectualismo geométrico y efectista. Poetas, de angulosa prestancia, llegaron a declarar que el corazón había pasado definitivamente de moda. Antes que de los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de la páginas de los libros. Y, si restamos algunas obras excepcionales, la mayoría de la producción literaria esparcida en el mundo entre 1918 y 1940 puede clasificarse en dos largas series: la de los textos que tendían al idealismo, por evasión de la realidad, y la de aquellos que proclamaban, como único realismo posible, la eliminación de los ideales.

¿Qué representaba tan seria antítesis, sino una dimisión moral de la inteligencia? Porque no hemos de resignarnos a que el papel de la inteligencia haya de reducirse a copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos, sino a tomar, al contrario, los elementos dispersos en la naturaleza y a organizarlos con energía, a fin de proporcionarnos una galería de modelos, dichosos o infelices, nobles o ruines, pero contrastándolos –como siempre ha ocurrido en las grandes épocas– sobre el fondo de una concepción coherente, inspirada y sólida de la vida.

Todos un poco nos encontramos, en estos días, como Renán, cuando escribió su *Plegaria sobre el Acrópolis*. Todos, en efecto, quién más, quién menos, podríamos, como él, afirmar que "llegamos tarde al umbral de los misterios de la belleza simple y verídica." Porque hemos vivido enfermos de escepticismo y porque, para decirlo con sus palabras, "una filosofía indudablemente perversa nos indujo a creer que lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, el dolor y el placer podían transformarse unos en otros, merced a matices indiscernibles, como los del cuello de la paloma", nos sentimos ahora situados ante el deber de elegir lo bueno con osadía y de rechazar lo malo con decisión, de servir al bien con todas las fuerzas de nuestro convencimiento y de oponernos al mal incansable, perennemente.

Nuestra dignidad –y tal vez no sólo la nuestra– dependerá del acierto con que escojamos entre el camino de la llanura que lleva, entre muelles ondulaciones, a la comodidad y al desistimiento, y el camino de la montaña que va, entre riscos, hacia el heroísmo de la belleza y de la verdad.

La obligación más alta de los artistas y de los escritores de nuestro tiempo es la de devolver a los hombres una esperanza. Pero no la esperanza blanda y afeminada de que la paz equivale a una póliza contra todos los riesgos de la existencia, sino la varonil esperanza de que vivir es aceptar los peligros, sobrellevarlos y saber dominarlos con valentía, en función y por obra de un ideal.

Quiera México que todos sus escritores –los presentes y los ausentes– merezcamos asumir esa obligación. Tal es, señores, el voto que elevo, fervientemente, al unirme a vuestra Asamblea.

MARTÍ, PALADÍN DE CUBA*

Hace cincuenta años, el 19 de mayo de 1895, sobre el suelo de Cuba yacía el cadáver de un hombre de frente comba, nariz delgada y ojos que en vida fueron ejemplo de un mirar hondo, sereno, grave, a la vez íntimo y persuasivo... aquel cadáver era el despojo de una existencia extraordinariamente rápida y lúcida. El corazón que, durante un poco más de ocho lustros, latió dentro de ese pecho fue el corazón de uno de los más generosos americanos: el corazón de José Martí.

¿Por qué camino –de rebeldía y de privaciones– había guiado la voluntad a José Martí hasta aquel encuentro con lo más perdurable de su conciencia que es, en los héroes, la muerte hallada en el cumplimiento de una misión?

HOMBRE Y ESTATUA

Decía Rilke que cada uno de nosotros lleva su muerte en lo más secreto de su persona, como en la pulpa del fruto va la semilla. En efecto, toda biografía no constituye otra cosa que el itinerario de un viaje hacia la cita definitiva consigo mismo; cita que implica la consagración suprema para los grandes, el instante en que el cuerpo desaparece y la piedad de los sucesores se apresta a sustituirlo con el símbolo de la estatua. Pero si hay, en la galería de los constructores continentales, alguna estatua en que el mármol póstumo no se atreve a contener el perfil del hombre que representa, esa estatua, señores, es a mi juicio la del inquietante e inquieto protagonista que hoy celebramos: la estatua vívida de Martí.

Revolucionario, viajero, poeta y batallador, Martí se inscribe, con innegable derecho, en la teoría de los más celebrados descubridores americanos; en la tradición de los navegantes, como Colón; en la tradición de los misioneros, como Vasco de Quiroga; en la tradición de los libertadores, como Bolívar, Washington y Morelos.

* *Homenaje a José Martí en el cincuentenario de su muerte.- México, D.F., 19 de mayo de 1945.*
Se publicó en *Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947)*, *El Colegio de México, México, 1948, pp. 79-83.*

Para él, América no fue únicamente un hecho, sino un deber; porque este Hemisferio no se ofreció jamás a su entendimiento como un horizonte geográfico limitado, sino como una promesa histórica, de esperanza para toda la humanidad.

META DE MARTÍ: ENCONTRAR A AMÉRICA

El camino al que antes me referí: ese camino que, por mares, valles y serranías, llevó al cantor de la "niña de Guatemala" hasta el combate trágico de Dos Ríos, tenía una meta, una meta augusta: encontrar a América. Pero no a la América destrozada, que recorrieron sus pasos de guía y que sus manos de apóstol acariciaron con devoción, sino a la América libre a la que dedicó sus discursos más penetrantes: esa América que todavía está en formación en nosotros mismos, haciéndose lentamente con lo mejor de nuestras ambiciones y nuestros actos, tropezando aún –para germinar– con nuestros defectos; luchando, en suma, por ser lo que su nombre le augura desde hace siglos: la cuna de un mundo nuevo.

Muchos son los que han visto a América. Menos los que la han comprendido. Pocos, muy pocos, los que supieron sentirla, como Martí. La sintió tan hondo que podría decirse ahora, sin exageración, que América fue para él un padecimiento: algo que no estaba sólo en su espíritu, sino en cada gota del caudal magnífico de su sangre; una tortura tan exclusiva que no había nada, en su pensamiento, que no aceptase la sumisión a esa causa última; un ideal de dominio tan absoluto que hasta la autonomía del artista y la piedad del patriota vivían en su alma como demostraciones de su culto continental.

La sensibilidad, la lectura, los viajes, el trato del europeo, los años de estudio en España e incluso la amplitud de un talento abierto a todas las curiosidades y expuesto a todas las tentaciones, no consiguieron alejar ni por un minuto a José Martí de aquella función primordial, exhaustiva y apasionante: encontrar a América. Todos sus amores, hasta el de Cuba –y entenderán lo mucho que digo quienes recuerden qué poderosas raíces tuvo en su ánimo el patriotismo– fueron para el excelso cubano revelaciones, coincidentes o sucesivas, de un solo amor: el amor a América.

MADRE AMÉRICA

Por eso, en la carta que envió a su madre el 25 de marzo de 1895, antes de partir para la aventura que había de concluir con el holocausto que conocemos, no acertamos a distinguir entre la gratitud del hijo y la pasión del americano y no

sabemos si se despide de una mujer o de la tierra entera de un Continente. La carta a que aludo principia así:

"Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida. Y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?... Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre."

Madre América, según él la llamó, ¿qué habitante de este Hemisferio hizo jamás de su vida un ejercicio tan limpio que, al despedirse de ella, tuviera más argumentos que él para hablar así, confundiendo acaso, aunque sin quererlo, el entusiasmo cívico y la ternura filial, la verdad del hombre y la efusión del libertador?

En esas líneas, que son como el testamento de su capacidad poética más insigne —la que advertimos en sus acciones— Martí confiesa, con emocionante modestia, lo que otros claman desde las cumbres: su fidelidad al deber y su vocación para el sacrificio.

Sólo aquel que posee en tan alto grado esas dos condiciones indispensables puede hablar sin falsía de virtud, de rigor y de libertad. Su obra de tribuno abunda en páginas elocuentes, en períodos y cláusulas admirables. Pero su mayor elocuencia vibra en la lealtad de esa vocación para el sacrificio de la que, a veces, como en la carta que he mencionado, más que jactarse, parece excusarse afectuosamente, no sin viril y patética ingenuidad.

MAESTRO DE JUVENTUDES

¡Noble y estoico José Martí! ¡Qué lección de energía sin arrogancia, de santa cólera sin rencores y, sobre todo, de intensa, de honda autenticidad, es la que se desprende para nosotros de sus páginas más felices! Maestro de juventudes fue en todo instante, lo mismo en 1889, cuando afirmó en Nueva York, durante la velada organizada por la Sociedad Literaria Hispanoamericana, que "sólo perdura la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos", que cuando exclamó, en 1891: "Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que recibe cualquier mejilla de hombre. Sáquese a lucir y a incendiar las almas y a vibrar como el rayo, a la verdad y siganla, libres, los hombres honrados."

Quien descubre acentos tan convincentes para elogiar al género humano en la dignidad impecable de su destino, no pertenece exclusivamente a la casta de los

precursores de nuestra América; se instala, con majestad incontrovertible, dentro del linaje de los forjadores más puros de la solidaridad democrática de los pueblos. Y es a ellos, a los videntes, como Martí, a quienes debemos volver los ojos en estas horas de irrecusable y tremenda definición.

El hablaba, pensando en la paz que sobrevendría para sus compatriotas, después del fragor de las luchas de independencia. Y nosotros nos reunimos a recordarle, pensando en la tarea de paz que habrá de incumbir –y no a América solamente— tras de esta crisis que ha commovido, hasta en sus cimientos, la estructura material y moral de la convivencia civilizada.

AUTENTICIDAD SIN ABDICACIONES

El consejo de su voz y el testimonio de su conducta cobran por consiguiente, en los actuales tiempos de prueba, una magnitud de prestigios indiscutibles. Sólo siendo sinceros y originales, como él quería, lograremos participar en el intento de dar al mundo una nueva fe. Sólo sintiendo –como él quería— que, frente a la igualdad espléndida del espíritu, no haya desigualdades de razas o de colores, ni de vejez o de mocedad en la obligación, alcanzaremos el plano de inteligencia, de rectitud y de ética madurez que sirve de base a las construcciones políticas permanentes. Sólo buscándola en las entrañas de nuestra propia naturaleza, como él quería, sin abdicaciones ni mimetismos, encontraremos la veta de la universal justicia y de la positiva fraternidad.

Porque él sentía la independencia de su país, como suele sentir el artista, entre los dedos con que se esfuerza por modelarla, el misterioso peso inminente de la medalla en que sus anhelos se perpetúan. Y también nosotros sentimos hoy, por humilde que sea nuestra aptitud para afrontar responsabilidades tan gigantescas, que de la paz que alumbría nuestra esperanza no estará nada más pendiente la libertad de nuestras naciones, sino nuestro concepto de la persona como persona, nuestro sentido íntegro de la vida y nuestro derecho a ver en nosotros mismos, sin rubor, sin hipocresía y sin malestar.

Este, después de todo, es el eterno valor de los grandes hombres. Su acción no cesa cuando fallecen. Mientras sus ideas conservan fuego bastante para animar y encender nuestras existencias, están junto con nosotros, viven por nosotros y con nosotros. Por eso, medio siglo después de muerto, para obtener la paz que buscamos, austera y franca, segura y justa, combate al frente de nuestras filas un soldado sin armas, un verdadero soldado libre: José Martí.

México se da cuenta de su presencia. Y –en esta noche de aniversario— la acoge, con emoción.

EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN ES EL PROBLEMA DEL HOMBRE*

¿Qué oportunidad mejor que esta ceremonia –en la que celebramos el *Día del Maestro*– para hablar de los ideales de la enseñanza en nuestro Hemisferio?

El problema de la educación tiene que ser entendido como el problema del hombre, del hombre en sí. Ahora bien, cuando volvemos los ojos a los desastres de los que apenas si mutilada, turbia y maltrecha, ha conseguido salvarse nuestra cultura, tenemos que confesar, sin ambigüedades, que el problema a que me refiero, el del hombre mismo, el del hombre en su integridad, es precisamente el que más descuidaron, durante siglos, las grandes fuerzas filosóficas, políticas y sociales.

En nombre del individuo se ha desdeñado y escarnecido a los individuos, a las multitudes innumerables que sangran y que trabajan, viven y mueren sin saber por qué nacen y por qué sufren, desnutridas por la herencia de la miseria, cegadas por la ignorancia, confusas en el oprobio, errantes en la iniquidad.

Por exaltar los fúeros de un ente abstracto, no pocos pensadores se olvidaron del ser concreto –que no es, por cierto, el *homo economicus* de los clásicos, ni el protagonista teórico de los "derechos del hombre y del ciudadano", ni el ejemplar biológico que se estudia sobre las planchas de disección de los hospitales–, sino aquél a quien podríamos designar, recordando a Unamuno, "nada menos y nada más" que como todo el hombre. El que tomó la Bastilla y no declamó en la tribuna de la Asamblea Legislativa. El que defendió Verdún y no recibió el bastón de mando de mariscal. El que murió en Abisinia, asesinado por los secuaces de Mussolini, y no fue sepultado solemnemente bajo las coronas de la retórica ginebrina. El que sucumbió en las plazas de Stalingrado o en las costas de Normandía o en el camino de Birmania o entre las blancas torres de Túnez, sin que su cuerpo sirviera para poblar un sepulcro más a la gloria de algún soldado desconocido...

Y, por otra parte, al conjuro de ese hombre-cifra o, mejor aún, de las masas informes en que se pierde y de las varias acciones y reacciones que determinan

* *Celebración del Día del Maestro. -México, D.F., 15 de mayo de 1946. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp. 225-230.*

los movimientos de dichas masas, se ha pretendido también pasar por encima de sus derechos imprescriptibles como persona, ignorar su valor secreto, pero profundo e insobornable, y uncirlo al carro de una máquina oscura de destrucción.

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE

Grande es, sin duda, la tragedia del mundo contemporáneo; pero lo que moralmente le da grandeza es la tragedia de cada hombre, de todo el hombre y de todos los hombres que hacen el mundo. La tragedia del labrador chino que hunde hoy, todavía, un arado inútil en la tierra minada por los obuses. La del granjero holandés, que intenta echar a andar su molino sobre una planicie inundada por el rencor de los agresores. La del obrero de Francia, de Bélgica o de Noruega que, salido de un campo alemán de concentración, vuelve a su fábrica destruida y allí, entre los escombros, busca y no escucha la voz del motor amigo, compañero de producción en la paz de antaño. Y, entre todas esas tragedias, la nuestra propia, la del indio de México, estoico, triste, que acaso no combatió en esta guerra enorme, que no estuvo tampoco preso entre las alambradas de púas de los germanos; pero a quien, por espacio de años y años, la tranquilidad y el progreso ajenos fueron despojo, pobreza, incuria, sarcasmo y ruina.

Y son esos, todos esos dolores individuales, los que hacen en realidad, el dolor del mundo. Y ninguna de las múltiples soluciones que se proponen para aliviar el dolor del mundo sería correcta, eficaz y justa si no pudiera llevar un poco de luz de aurora y una renovación auténtica de esperanza a todos los hombres y a cada hombre, en su soledad patética y angustiosa.

Frente a esa soledad os alzáis vosotros, maestros mexicanos y americanos; sembradores tenaces de una semilla que redime cuando germina y que no germina sino abonada por el desinterés y la libertad.

¿Qué traéis para enardecer el impulso débil y para reavivar la ilusión marchita de los humildes, de los que callan, de los que dudan?

LO QUE PUEDE Y LO QUE NO PUEDE LA ESCUELA

No creáis que la escuela puede cambiarlo todo de un solo golpe, por el solo ejercicio de la enseñanza –¡qué más quisiéramos!– y, sobre todo, no déis nunca por cerrado y por concluido el saber humano, que es camino abierto, continuo atisbo,

experiencia eterna, y no toméis con dedos de idolatría sus conclusiones, considerando cada fortuito descubrimiento como un fetiche y tratando a los educandos como si fueran mecánicas entelequias, sin individualidad, sin familia, sin Patria, para las cuales la vida se planteara, con aséptico laconismo, en la forma precisa de una ecuación.

De todas las demagogias, la que más me repugnaría encomiar ahora sería la que consiste en exagerar el poder de transformación que la escuela tiene, y en pretender descargar arbitrariamente sobre el maestro una responsabilidad que, por igual, nos incumbe a todos.

Al asistir, con la representación de México, a la Conferencia Educativa, Científica y Cultural que las Naciones Unidas organizaron en Londres, manifesté franca-mente: "Ningún maestro, ninguna escuela, educan más que la vida misma. Y si la escuela educa para la paz, mientras la vida educa para la guerra, no haremos hombres, sino víctimas de la vida."

Y lo dicho en Londres lo repito aquí, ante vosotros, porque nunca será bastante la claridad que se trate de proyectar sobre problemas de esta categoría. El maestro no puede ser el depositario exclusivo de la ética popular. Es indispensable que exijamos a los maestros que enseñen bien, pero tan indispensable como eso resulta que practiquemos el bien en nuestras acciones. Y es conveniente, asimismo, que los maestros eduquen a sus alumnos en la verdad, pero tan conveniente como eso debe ser, para todos nosotros, vivir verídicamente, sin halagos a la mentira y sin flaquezas frente al halago.

HOMBRES Y CIUDADANOS

"Somos —exclama en alguna parte un ensayista español— somos lo que, en los sueños de nuestros padres y de nuestros maestros, se movía ya oscuramente." Y me pregunto: ¿Cuál es el ciudadano futuro que oscuramente se mueve, como promesa, en el pensamiento de los maestros contemporáneos?... Y lo primero que advierto es que a ningún maestro de calidad puede ocurrirle el deseo de que, en aquella imagen del porvenir, la coraza del ciudadano constriña y deformé al hombre.

Muchos se acercan a murmurarnos que la Patria y la humanidad están aguardan-do un tipo construido en serie, para servirlas con eficacia y obedecerlas con sumisión. Yo os pongo en guardia contra esas viejas insinuaciones que, en cada siglo, adoptan cambiantes nombres y se presentan bajo disfraces de amable aspecto, pero que siempre —y con apariencias contradictorias— persiguen el mismo objeto: la esclavitud.

Ninguna patria y ninguna forma justa de convivencia internacional pueden querer sustentarse sobre hombres trucos. Aunque parezca una redundancia, la humanidad necesita hombres, hombres completos; no siervos dóciles. La Patria no ansía súbditos, sino hijos y, como todas las madres, ambiciona para sus hijos una dicha fundada en la libertad.

DIFICULTAD DE LA LIBERTAD

Esa libertad es difícil, ¡qué duda cabe! Por algo Simón Bolívar —que conoció como pocos el arte de distinguir el sabor de la independencia— decía que "cuesta más mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía." Pero enseñar el valor y el sentido de ese equilibrio constituye vuestra más alta misión como educadores y, en este punto, no deberéis permitir que nada os detenga, que nadie os supere.

Tenéis al alcance de vuestras manos la noble arcilla de la niñez. ¿Qué vais a modelar con ese elemento? ¿La cerviz inclinada de un indolente? ¿Las manos encadenadas de un indeciso? ¿O, al contrario, el perfil gallardo de una personalidad responsable, energética, valerosa; la estatua de un hombre libre?

Y no os figuréis, por ningún motivo, que vuestro papel podrá limitarse a transmitir a vuestros alumnos un caudal de conocimientos, por correctas que sean las bases de la ciencia en que os apoyéis. Enseñar a conocer es enseñar a apreciar, y enseñar a apreciar es enseñar a querer, a querer la vida, en lo que posee de verdadero y de generoso, y a luchar contra el fraude, el recelo, la deshonestidad y contra todos los artificios de la simulación.

Maestros de México:

En un día como éste nos debemos unos a otros la máxima claridad. No es con un falso concepto de molicie y de aceptación como lograremos nunca formar las generaciones libres que deseamos. Queremos hombres virtuosos en el sentido genuino de la palabra, que entraña fuerza, dominio de sí, heroicidad y virilidad. Y un hombre de ese linaje tiene que ser capaz de rigor y de valentía. De rigor para sus pasiones y de valentía frente a las pasiones injustas de los demás.

En la preparación de vuestros discípulos, maestros democráticos de mañana, no deberéis confundir la lección de la tolerancia, que es signo inequívoco de firmeza y de inteligencia, con el precepto conformista y cobarde de la abdicación, que es muchas veces complicidad encubierta y torpe.

Una guerra ha concluido. Felicitémonos. Mas los errores que hubieron de ocasionalmente no han desaparecido instantáneamente del mundo junto con ella. Esta paz que apunta en el horizonte no esplenderá mientras no nos sintamos dispuestos a interpretarla según merece: como lucha, también, pero no cruenta; como competencia en el trabajo y en la equidad; como freno para todos los egoísmos, que son los imperialismos del individuo, y como condenación de todos los imperialismos, que son los egoísmos de las naciones y de las razas.

GRACIAS A LOS MAESTROS

¡Qué tarea tan admirable os señala la historia, maestros de nuestro tiempo! Tarea que no se reduce al escenario del aula en que profesáis, sino que empieza y concluye fuera del aula, en el ambiente social, político y económico de la vida. Porque, si aspiráis a ser realmente profesores de libertad, habréis de sentir que la libertad moral no prospera en la servidumbre económica, como tampoco la libertad económica crece y se manifiesta con caracteres estimulantes en el clima de la opresión moral, y cómo una y otra –la ética y la económica– exigen primordialmente el respeto de una libertad política progresiva.

Ante empresa tan ardua, estoy seguro de que, al par que yo, muchos de los que me oyen sienten la inquietud de las propias insuficiencias. Pero esa duda es mejor, por sí sola, que la jactancia. Y yo, que he seguido vuestros esfuerzos y vuestro afán de superación; yo, que lo mismo en mis visitas a las escuelas de la ciudad que en mis viajes a las aldeas más apartadas, he encontrado siempre, tras de cada acto augusto, un maestro humilde, sin amargura de su pobreza, sin rencor por su juventud; yo os digo ahora: gracias, maestros y maestras, por la lección abnegada de vuestras vidas. Y, con particular emoción, gracias a vosotros, profesores y profesoras, que en esta mañana recibiréis, de manos del Señor Presidente de la República, las Patentes de Pensión que os han sido expedidas de acuerdo con las nuevas normas legales en la materia. Sabemos que vuestra jubilación es un descanso bien merecido y no una ausencia, ya que, en cualquier lugar en el que gocéis de vuestro retiro, seguiréis sintiendo siempre a la Patria como maestros.

Y pues en este día se encuentran entre vosotros numerosos representantes de vuestros compañeros del Continente, me vuelvo a ellos con la misma esperanza y la misma fe.

Representantes del magisterio de América:

Un igual entusiasmo debe guiarnos hacia iguales metas de fraternidad, de entereza y de independencia. Vuestro destino es nuestro destino. Por espacio de varias

jornadas habéis vivido con vuestros colegas de mi país. Y tengo la certidumbre de que les complace hondamente recibir en vuestra compañía este homenaje que, en nombre del Gobierno de la República, rindo a todos los maestros, con la más efusiva cordialidad.

Cuando déis por terminadas vuestra labores, llevad a América el mensaje de solidaridad y de afecto que os entregamos. Y estad persuadidos de que, en cada escuela, México velará porque sea la educación una defensa efectiva de los principios de justicia, de paz y de libertad por cuyo triunfo pugna nuestro Hemisferio.

HOMENAJE AL MAESTRO ANTONIO CASO*

Al expedir el Decreto que instituyó el Colegio Nacional, el Señor Presidente Ávila Camacho tuvo muy en cuenta la conveniencia de ofrecer a un grupo de personalidades representativas del pensamiento y del arte, de las ciencias y de las letras de nuestro pueblo una nueva oportunidad de acción, absolutamente libre, al servicio de la cultura.

Surgido el Colegio Nacional cuando se encontraba en guerra nuestro país con las potencias nazifascistas, su creación entrañó por muchos conceptos una gallarda respuesta a las amenazas de la barbarie y una reiteración de la fe –expresada por las voces más generosas del mundo– acerca de la norma de no incurrir en la imitación de los enemigos para vencerlos sino, al contrario, de combatirlos con esas armas que son orgullo y honor de la democracia y que, por eso, precisamente, pretendían eliminar de su orden los despotismos: la verdad y la libertad, el respeto de los valores morales, la bondad y el perdón de la inteligencia.

Revelaba así el Gobierno de la República, en el plano de la alta investigación, el mismo propósito que había de inspirarle, por lo que concierne a los iletrados, la Ley que inició la Campaña contra el Analfabetismo: defender a México íntegramente; defenderlo por el saber al par que por el trabajo y defenderlo, ante todo, con el espíritu y por el espíritu.

Avanzada del espíritu de la Patria viene a ser, por su rango, esta Institución que no debe perder en ningún momento el recuerdo de la emergencia que le dio origen. Y capitán del destino en esa avanzada era el maestro ante cuya gloria nos inclinamos. Porque nada traicionaría a un pensador de la estirpe de Antonio Caso como situarlo fuera del tiempo de dolor y de lucha que sirvió de escenario para su drama, pues la excelencia de su carácter no fue aislamiento y abdicación sino sufragio, fervor fecundo por el voto espontáneo de la persona y combate librado para lograr, por la extensión y el encauzamiento moral del conocimiento, todas las posibilidades del hombre libre.

* *Homenaje al Maestro Antonio Caso, organizado por el Colegio Nacional, México, D.F., 6 de junio de 1946. Se publicó en Educación y Concordia Internacional. Discursos y mensajes (1944- 1947), El Colegio de México, México, 1948, pp. 92-95.*

De ahí su intransigencia viril frente a la mentira. Intransigencia que no ofendía porque era fruto del rigor con que reclamaba, del crisol de su propia vida, el metal más puro, la voluntad más enhiesta, el desinterés más limpio, la lección sin halagos y la caridad positiva, la que no acepta complicidades con la flaqueza y con el temor.

—Virtud es fuerza, le oíamos repetir en el aula en que dirigía el concierto magnífico de sus clases. Y esa fuerza suprema de la virtud es lo que exaltamos primordialmente en este instante y en esta Casa, que tanto debe al testimonio sin mácula de su ejemplo.

Durante años, fue conciencia de México ese testimonio.

Mexicano como el más, Antonio Caso no puso patriotismo en la tolerancia, que a veces contiene desdén o supone desistimiento.

Lo puso en la afirmación de lo que creía. Y acertó en su impulso, porque la Patria, como la vida, es un deber de incessante mejoramiento. Y el patriotismo genuino es aquel que pide más a la Patria, más por la Patria; hoy, más que ayer y mañana, sin duda, más aún que hoy.

Él sabía que los caminos más ondulantes y varios vienen del hombre y, tarde o temprano, por el júbilo o por la angustia, vuelven al hombre. Su filosofía no aconsejaba, por consiguiente, un cosmopolitismo precario y superficial, sino una plenitud eficaz de enlace entre el ser y la sociedad, entre la sociedad y el género humano. De ahí que al reflexionar en su magisterio, acudan a nuestra mente todas las pruebas de ese excelso equilibrio entre el mundo y el individuo; todos los actos, todos los libros, todas las expresiones que indiscutiblemente demuestran cómo se llega a la validez de lo universal por la realización nacional, valerosa y libre, de la persona: humanidad del Quijote, asociada a la mejor tradición hispánica y al individualismo intrépido de Cervantes; humanidad de Ricardo III, nutrida con todos los juegos de la violencia británica de la época y apoyada, a la vez, en la base insustituible del hombre Shakespeare, humanidad de la Sinfonía con Coros —que él tanto amaba—, por beethoveniana tan expresiva de las culminaciones fáusticas que evidencia y, por expresiva del vértigo de un momento y la soledad de un genio, tan actual, tan sincera, tan permanente.

El hombre y el universo sólo se entienden del todo en el punto en el que se entregan el uno al otro sin reticencias y sin reservas; egregia cima en que el hombre se reconoce más personal cuanto más humano y en cuya altura el universo no pierde nunca en profundidad lo que gana en distancia y en amplitud.

Algunos imaginaban a Antonio Caso alejado de las inquietudes trágicas de su pueblo. ¡Qué error más hondo! Su censura para todas las demagogias distaba mucho de equivaler a una negación pueril de lo popular. Vosotros, que tuvisteis la fortuna de conocerle, sabéis cómo se encendía ante la injusticia, cómo vibraba ante los escenarios y hasta qué punto —dueño él y dueño tan singular del arte soberbio de la palabra— sentía la congoja de los que ignoran, de los que callan, de los que sufren, de los que esperan...

Y ya que aludí, al principio, a la Ley que estableció la Campaña contra el Analfabetismo, permitidme que me refiera a las páginas que incluyó, sobre este problema de la República, en la cuarta edición de su Tratado de Sociología.

"Hay un dolor agudo —exclama en aquellas páginas—: la coexistencia de los alfabetos y los analfabetos en el mismo país y en el propio instante. En un mismo rincón del planeta hay hombres históricos e individuos prehistóricos. Gentes que conviven con los siglos y otras que sólo alientan *hic et nunc*".

"No existe el pueblo —añade— sin la homogeneidad de la cultura.

"No puede existir. Inútil es pensar que se integre, orgánicamente, la democracia mexicana sin el imperio universal del alfabeto".

Y concluye: "Cuando todos sepamos leer, habrá sonando la hora de la redención nacional".

¡La hora de la redención nacional! ¿Quién no siente en su alma el deseo de apresurarla y de oír su toque, proclamando otra independencia, en el bronce simbólico de Dolores? ¿Y cómo no comprender que el maestro quiso transmitirnos en esas líneas su testamento de ciudadano, por tan lúcido, tan urgente?

Los niveles distintos de una cultura no deben juzgarse incomunicables. Es la cultura, en efecto, unidad recóndita, expansión del hombre que no ha de romper, por ningún motivo, el sagrado canje vital de la flor y de la raíz: armonía entre el héroe y la multitud; héroes que interpretan a sus pueblos; pueblos que dan a sus héroes la majestad más augusta: la de expresarlos.

Y he aquí que nos encontramos, en el recinto más libre, comprometidos por nuestra libertad, obligados por nuestros derechos, como el maestro, para quien el significado de la existencia no fue nunca arbitrariedad, ni descanso, sino misión.

No somos en realidad mientras que pasamos, si lo somos es lo que estamos siendo, lo que seremos cuando concluya ese proyecto de ser que es el existir. Pero tú, Maestro, eres ya lo que eras esencialmente. Y estás en ti porque estás en tus

obras y, más que en ellas, en una obra que no tiene capítulos, ni catálogos de materias; la que más quisiste y a la que mayores méritos demandaste: la juventud de nuestra Nación.

Mas, pues te descubrimos todos los días –afianzándonos, al hacerlo, en el propio y continuo descubrimiento de lo que creemos nuestra verdad–, tus colegas han querido que sea yo quien, en nombre del Señor Presidente de la República, descorra el velo del retrato en que, merced al pincel de uno de nuestros insignes artistas, seguirás acompañando los trabajos de esta asamblea.

Con unción lo hago, maestro Antonio Caso. Y, al cumplir el honroso encargo que se me ha dado, me vuelvo a vosotros, señores miembros del Colegio Nacional, y os digo muy cordialmente: No hay presencia más promisoria que la de un gran desaparecido. Que la presencia de este mexicano admirable os aliente a perseverar, sin desmayos, en la empresa de autenticidad progresiva e intransferible que os pertenece.

*EJEMPLO DE CERVANTES Y DE DON VASCO DE QUIROGA**

Morelia celebra hoy la fundación de la antigua Valladolid. Y, para festejar tan feliz acontecimiento, el Gobierno del Estado de Michoacán decidió instalar en este jardín dos estatuas que son dos muestras del aprecio de nuestro México a la inmortal vocación de España. Porque los hombres que representan –aunque nimbados por la luz diversa en los escaños rígidos de la gloria– encarnan ambos nítidamente lo mejor de esa vocación, que fue siempre, en las grandes horas, dádiva intrépida de sí misma, amplitud de vigor humano, valentía sincera de las ideas en las empresas del pensamiento y, en las empresas de la conducta, valentía patética de la acción.

Pocos actos podían afirmar con mayor aliento el apego de nuestro pueblo a la fuente latina de su cultura y al idioma soberbio que la interpreta, como este acto en el que rendimos un homenaje de admiración al educador que esparció la semilla del castellano entre los indios de la Colonia, y al poeta que en esa lengua reveló al mundo la esencia del alma hispánica: su idealismo, tajante y claro cual una espada, y, también, su sencilla honradez ante la verdad de los seres, de los sucesos y de las cosas.

EMOCIÓN DE ESPAÑA

Para que nada faltase al cuadro, las fechas mismas que delimitan las biografías de los dos hombres simbolizados en estos bronces ciñen el tiempo de la más alta emoción de España. 1470, el año en que, se supone, nace Vasco de Quiroga. Y 1616, el año en que muere Cervantes. En ese lapso, de poco menos de siglo y medio, ¿qué aventuras no intentan los españoles? Con Cristóbal Colón o con Sebastián Elcano, sus carabelas van agrandando los mares, en tanto que, con Garcilaso y Lope de Vega, sus plumas van ahondando la poesía, así como sus

* *Celebración del 406º aniversario de la fundación de Morelia, Mich., 18 de mayo de 1947. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp 101-105.*

artistas, sus pensadores y sus guerreros van ensanchando las márgenes de la historia.

Del encuentro de aquella España, levantada en lo más rotundo de la ola magnífica de la suerte, con el mundo mágico y prodigioso que habitaban los pueblos americanos, iba a surgir, en nuestro país, esa realidad que llamamos México: patria profunda que, por profunda, vamos descubriendo mientras la hacemos; patria nacida —como todos los grandes hechos— entre ríos de lágrimas y de sangre; patria que nunca dimitirá de sus tradiciones y cuya fuerza de persistencia no podrá residir jamás en el odio suicida con que otros pueblos quieren borrar de sí mismos alguna huella de su linaje, sino, al contrario, en la magnanimidad con que ligue todos los elementos, indígenas y europeos, que lucharon por dominarse y que hubieron de conjugarse para vivir.

Faros de esa difícil conciliación, por distintos títulos, fueron las dos figuras que Morelia reúne en este lugar. Uno, el fundador de hospitales y de colegios, pasó entre lanzas, entre las lanzas de la Conquista, acariciando —sobre la frente de los vencidos— el amanecer de la próxima redención. El otro hizo de su obra un consuelo perpetuo para los hombres y, a través de los siglos, nos ha enseñado que no hay extremos que no acaben por comprenderse, pues ni siquiera el extravío de Don Quijote, vértice del delirio en la mística trágica de la acción, agotó la indulgencia de Sancho Panza, rústico proverbial, entre el abejeo de cuyos plácidos aforismos no deja nunca de adivinarse la miel del afecto humano.

DON VASCO Y CERVANTES

Imaginemos, por un minuto, el aspecto de Europa en los tiempos de Vasco de Quiroga o de Miguel de Cervantes. Las bases del feudalismo no han desaparecido completamente; pero principian a destruirse bajo el embate de un nuevo sistema político, económico, científico y cultural. Por comparación con el hombre de la Edad Media, que era, ante todo, el profesional de una servidumbre —la servidumbre del señor en el campesino, la del oficio en el agremiado y la del blasón en el caballero—, el hombre renacentista ha podido hallar, lo mismo en la paz de las bibliotecas que en la ansiedad de las búsquedas arqueológicas, algo más importante que un libro excelso o que un torso de mármol mediterráneo. Ha creído encontrar, al fin, el tipo de una ambición de fórmula universal.

EJEMPLO DE CERVANTES Y DE DON VASCO DE QUIROGA

Al trasluz de los palimpsestos o entre las lápidas de las tumbas, los anteojos del humanista y las piquetas del excavador han descubierto un indicio trémulo y venturoso: la promesa de un mundo hecho no para comprimir y angustiar al hombre, sino para libertarlo y estimularlo.

Misionero de esa promesa fue el insigne varón a quien nuestros indios llamaron padre, por la tarea evangélica que se impuso. Y, años más tarde, ¿qué fue Cervantes, sino un augurio de esa igualdad y esa libertad que suscitaron, después, nuestra independencia?

Sin alardes, sin vehemencias, sin manifiestos, la creación de Cervantes iba a tener que vencer la estructura dinástica e imperial del orbe español que la recibía, primero como deleite, y luego, sin darse cuenta, como inquietud.

Calificar de precursor de la democracia de nuestro tiempo parecería retórica paradoja. Y, sin embargo, si algún guía del pensamiento demostró la solidaridad de la inteligencia con lo más elevado —y también con lo más humilde— de todo el hombre, ese guía del pensamiento fue aquel que supo eternizar la antítesis del Quijote y, junto con ella, el concepto del diálogo varonil que divide nuestra conciencia en dos arduas zonas: la que oye el gemido del viento contra las aspas de los molinos, y la que escucha, sobre las piedras, el compás de los lentos cascos del rucio.

Donde otros eligen —esto es, referente, y, por tanto, en el fondo, desdeñan lo que no exaltan—, Cervantes ama. Es decir, perdona. Y perdona porque comprende. Y sonríe porque perdona... Ahora bien ¿no es ése —esa equidad cervantina— uno de los dones más luminosos que España hizo al advenimiento moral de la democracia?

¡Democracia y latinidad! Tantas falsas teorías de imperialismo han pretendido erigir los usurpadores sobre el cimiento de lo latino que, al unir estas dos palabras —democracia y latinidad—, nos sobresalta un escrúpulo inevitable: el de recordar la jactancia con que los déspotas, todavía recientemente, intentaron oponer a la dignidad del hombre, como capacidad de superación y de independencia, el concepto mendaz de raza, como base de predominio o como fatalidad en la esclavitud.

CULTURA Y RAZA

No son, por cierto, esas teorías —que buscaban hacer del color una calidad, de la sangre un fuero y de la forma del cráneo una ejecutoria— las que invocamos en esta hora, frente a hombres como Don Vasco de Quiroga y como Cervantes. Nos hemos negado insistenteamente a la admisión de cualquier racimo. Pero ¿cómo podríamos ignorar las relaciones que enlazan a nuestro pueblo con todos los otros pueblos hermanos por la latinidad en el pleno supremo de la cultura? Esa cultura es para nosotros un ejemplo y un testimonio. Testimonio y ejemplo tanto más gratos cuanto que no los miramos los mexicanos como el producto de una herencia biológica irrescindible sino, más bien, como el resultado de una libre elección del ánimo y —casi podría agregarse— como la recompensa de nuestra propia y recóndita evolución.

La historia nos ha enseñado que la única jerarquía espiritual discernible a los hombres y a los Estados deriva de su aptitud para ser más justos, más generosos y más auténticos, o —para definirlo con otros términos— del entusiasmo con que se entregan al perfeccionamiento de su persona o de su país, dentro de un concurso en que la civilización no sería nada si no implicase un anhelo perenne de libertad.

Ante presencias inalterables, como las de Cervantes y Vasco de Quiroga, y, sobre todo, al reflexionar en la convicción que sus obras y sus acciones nos infunden cuando tratamos de defender la universalidad integral de la inteligencia, advertimos una vez más el error de quienes —como el filólogo de Sajonia— tuvieron la audacia de sostener que los pueblos son los rodeos que da la naturaleza con el propósito de llegar a la elaboración de unos cuantos genios. ¿No demuestran ellos, por el contrario, que los hombres se ilustran, precisamente, por el valor con que aciertan a descubrir las rutas que abre la historia para la mayor cohesión de la especie humana?

En una época agobiada por la simulación de la paz tanto al menos como en la guerra por el espectáculo de la muerte, volvemos a nuestros héroes. Porque son héroes —y héroes actuales de nuestra Patria— todos los que supieron manifestarse como héroes de la cultura de nuestro idioma, como héroes de nuestra verdad y de nuestros sueños. De ahí que en esta Morelia de Morelos, las estatuas de Cervantes y de Don Vasco tengan un sitio tan natural como aquél que ocupan el talento del uno y la ternura del otro en la intimidad de nuestro corazón. Fue nuestro el uno por la consagración de su vida y por la virtud. El otro nos pertenece, como a todos los hombres, porque vivió para adiestrarnos a respetar, con equidad incontrovertible, todas las circunstancias del ser humano, en sus ascensos y en sus caídas, en sus atrevimientos y en sus zozobras, en su ambición soberana de triunfo y gloria, y en sus modestas aspiraciones de quietud, de penumbra y de bienestar.

PRESENCIA DE BOLÍVAR*

Cuando se piensa en las circunstancias que rodearon, cual las hadas pretéritas de los cuentos, la cuna del protagonista inmortal de América, se recibe la sensación de que los augurios depositados sobre esa cuna sólo anunciaban, una realidad, una cosa cierta: la vida que ahí empezaba no tendría paz.

Evoquemos las circunstancias a que he aludido.

Por una parte, en lo familiar, un hogar donde la riqueza aseguraba la tradición y permitía el esparcimiento de la cultura; pero que, por la audacia con que la época se gozaba en modificar los canales de la cultura, inducía a alterar esta tradición.

Por otra parte, en lo nacional, una incertidumbre anterior al advenimiento político del Estado; un país que ignoraba su esencia como país y, encerrado en los muros de la Colonia, miraba en la ley extranjera una imposición, en la educación un automatismo de servidumbres, en sus recursos la fuente de sus temores, y en su pueblo el tormento de una conciencia que anhelaba poner en orden lo que esperaba y lo que sufría.

Finalmente –y ya en dominios que no sé si calificar de internacionales, pues la palabra internacional no tenía entonces el valor que nosotros le atribuimos– un conjunto de masas, África, Asia, más perfiladas que definidas por el resplandor de los rayos que desde Europa atravesaban el cielo de un pensamiento del que iba a surgir la Revolución.

CORAZÓN DE UN CONTINENTE

Un niño nacido, como Bolívar, el 24 de julio de 1783, podía crecer inclinado hacia el sol de las monarquías desfallecientes. Seguir la causa del señorío crepuscular que, con la sangre, le transmitían sus precursores. O buscar, al contrario, en su

* *Celebración del aniversario del natalicio de Simón Bolívar, México, D.F., 24 de julio de 1947.*
Se publicó en *Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes; (1941-1947)*, El Colegio de México, México, 1948, pp. 112-117.

propia fuerza, el sentido futuro de la República. Encontrar, en su propio dolor, el dolor del pueblo. Romper la estructura social que le ponía continuidad, conformismo y calma. Vencer solo. Seguro entonces de su aptitud, vencer después a sus adversarios, de doctrina o de carne y hueso. Descubrir, en su alma, la voz de América. Sentir, dentro de su pecho, el corazón desnudo de un continente. Dar a ese continente un destino humano. Y saber que el destino de un nuevo mundo no puede ser sino el de ofrecerse a la libertad.

Ese —el más duro y el más glorioso— fue el camino magnífico de Bolívar. Camino que, de su América a nuestra América, hubo de conducirle por muchas patrias; camino que le llevó a Roma como discípulo de Plutarco, a Londres como gestor de la independencia, a Kingston como profeta del Hemisferio, a Angostura, como legislador, a Boyacá como gran soldado, a Bogotá como presidente y, por fin, cierto día, hasta Santa Marta, como espectador de su propia muerte, poeta de su agonía, y filósofo trágico de sí mismo.

A través de ciudades y de llanuras, entre volcanes y sobre riscos, aquel camino tomó la cordillera por pedestal, fustigó las tinieblas como un relámpago y, tras de despertar en mil partes mil voluntades, cesó de pronto, sin concluir. Porque no podemos afirmar que haya concluido una ruta que todavía estamos abriendo para llegar, como Bolívar, hasta Bolívar.

PRESENCIA DE BOLÍVAR

La sola enumeración de los sitios que visitó y las múltiples condiciones en que tuvo que visitarlos nos revelan muy claramente la diversidad varonil de sus cualidades y la noble abundancia de sus presencias. Presencia, en México y en España, de viajero sentimental. Presencia de candidato a marqués en los salones de Carlos IV. Presencia de investigador de tormentas en el París inquietante del Primer Cónsul. Presencia de diplomático ante el Gabinete británico de 1810. Presencia de vencedor hasta en los desastres. Y, en las victorias, presencia de desdeñoso de la victoria.

¿Qué virtudes americanas no exaltaron el ánimo de Bolívar? ¿Y qué alturas, de las que puede codiciar un americano, no cometió con brío su intrepidez?

Orador, militar, político y estadista, fue al par que el Don Juan de la Libertad, uno de sus mártires más ilustres. Porque, siendo su vocación, la libertad resultó su culto, su fe, su dogma. Y él, que la respetaba como un precepto, la difundió entre las sombras como una aurora y la anunció, entre los odios, como un perdón.

¡Bolívar, progenitor! Y no me refiero exclusivamente a esas hijas dilectas de su osadía, las naciones que arrancó de la esclavitud con la espada o con la palabra. Porque, en sus labios, la palabra fulgía como una espada y, en sus manos, la espada se estremecía con el ardor de una imprecación. Me refiero, también, a esos otros pueblos que, por remotos, no recibieron de él la existencia misma; pero, a falta de la paternidad que se lega en la sangre de las batallas o en la tinta de las constituciones, reconocen la paternidad de su ejemplo en la persistencia y lo adoptan como su guía, a él para quien América –toda América– fue una sola pasión y un igual deber.

El hombre al que hubiera podido satisfacer el ser padre de patrias, sufrió de serlo. Le ufanaban los estandartes que repartía; pero le angustiaban las posibles rivalidades de esas banderas. Y, tras de dar libertad a muchas Repúblicas, comprendió que la dicha de esas Repúblicas nunca se lograría sino merced a la asociación dentro del derecho, en la armonía de la justicia y por los beneficios recíprocos de la unión.

UNIDAD EN LA LIBERTAD

Esto fue lo que, desde su muerte, nos empeñamos en llamar "el sueño de Bolívar". En nuestros afanes por obtener, cada país por su propio esfuerzo, la independencia, la vida y el bienestar ¡qué lejos estábamos de advertir la posibilidad material de sus concepciones!

Utopía, sueño, quimera... Durante un siglo, esos fueron los nombres que mereció para muchos políticos realistas la unión de nuestras Repúblicas; porque, mientras cualquier cacique se aseguraba un altar de vergüenza en la cobardía de los esclavos, el paladín de los triunfos y las desgracias, el que llegó a compararse con Don Quijote en la cima desierta de su amargura, no podía arrancar al criterio práctico sino, a lo sumo, el reconocimiento –¿indulgente?– de su capacidad como soñador.

Superando el escepticismo que muchos experimentan ante los poderes del espíritu, hemos aprendido por fin –ja costa de cuántos sacrificios!– que la derrota no es, a menudo, sino la máscara que protege los rasgos de la victoria, y que entre la aptitud creadora y el entusiasmo no existe más diferencia que aquella que separa, en el litoral del espejo, a la figura y a la imagen. Hemos aprendido que Bolívar, según lo señala Waldo Frank, "aun en su fracaso es el símbolo de la posible victoria de una nueva cultura humana". Y hemos aprendido que, en América, su sueño significa el más positivo factor de todo intento de construcción.

"Lo mismo que a Colón –dice el escritor norteamericano– a Bolívar le faltaba la herramienta para realizar su proyecto". Así fue. Y así debió ser. Porque la síntesis de su genio no podía, contra la duración de su sola existencia endeble, completar una empresa que requería convertirse en paciente fruto de abnegación, madurado por muchas generaciones.

Paso a paso, nuestras Repúblicas hubieron de inventar los útiles adecuados para la fábrica que Bolívar, en un solo destello de inspiración, concibió en sus líneas fundamentales. La vida de relación en el Continente no tiene, desde entonces, mayor sentido. Y los instrumentos jurídicos, políticos y económicos que hemos ido allegando a partir de la fundación de la Unión Internacional de la Repúblicas Americanas ¿qué otra cosa son sino la herramienta que nos permite labrar ahora, en la realidad de los hechos, las iniciativas del Libertador?

Suyo fue, suyo será siempre, el sentimiento inicial a cuyo calor lograron desarrollarse los ideales del estadista. Y de él, siempre de él, serán los principios que descubrió en la profundidad de ese patriotismo que fue tan suyo: el patriotismo de un Continente.

Oigámoslos, con recogimiento, porque –antes y ahora y después– en ellos está el origen de la solidaridad de nuestras Repúblicas:

"El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común, que fijase sus relaciones exteriores y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente".

"El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos".

"Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas".

"La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas".

"Ninguno sería débil respecto al otro: ninguno sería más fuerte". Mientras no alcancemos aquellas metas, dentro del patriotismo continental que, como una llama, le concedió para consumirle y le consumió por la misma razón que le iluminó, la obra de Bolívar seguirá entre nosotros como un testigo: acusándonos, si la interrumpimos, estimulándonos a perfeccionarla y aguardando el término que le damos con el trabajo de nuestras manos, con la honradez de nuestras mentes y con la persuasión de nuestra verdad.

LA CARTA ORGÁNICA DE AMÉRICA

Afortunadamente, asociadas por el esfuerzo de la ascensión, las Repúblicas americanas avizoran ya, en la distancia, la inmensidad de la tierra prometida. Aquella que, si saben mantenerse fieles a su esperanza, será su tierra. La que el presentimiento bolivariano les destinó a fin de que, amándola y fecundándola, trajeran de ella el caudal de una vida nueva, para una nueva humanidad, en un mundo nuevo.

Hemos de dejar atrás los recelos, los egoísmos y los rencores. Y, sin tardanza, hemos de establecer, con respeto absoluto para la libertad de cada país, los últimos peldaños del entendimiento continental. La Carta Orgánica de América —que, a iniciativa de México, considerada con el espíritu más generoso por la totalidad de nuestras naciones, se ha de escribir en Bogotá— marcará el principio de una era en la que todos nuestros pueblos, fortalecidos por la cooperación política, económica, social y cultural, propugnarán un ideal todavía más elevado: el de la paz permanente en una convivencia redimida de la enfermedad y de la miseria, del temor y de la ignorancia. Porque si, durante un siglo, nuestro fin ha sido la unidad de América, el fin de la unidad de América no puede ser otro que el bien y la dignidad del hombre, del hombre al servicio del mundo, en un mundo al servicio del hombre.

Así lo pensó él, el batallador representado por esa estatua; el que, desde todas las estatuas que le ha ofrecido el fervor de los pueblos de América, muere cien veces cada día para descender hasta el hombre que le contempla y que, a lo largo de las aceras, busca refugio en los huecos oscuros de la ciudad. Y así lo piensa, también, el hombre de la calle, el que desde abajo lucha por sostenerlo, a fin de poder algún día subir hasta su grandeza, entrar dentro de su bronce y vivir y triunfar con él.

A propósito del héroe que celebramos decía Rodó: "Falta que subamos nosotros y que sobre nuestros hombros descuelle, junto a aquellas figuras universales que sólo parecen más altas porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan". Y, adivinando acaso nuestro momento, añadía el autor de Ariel: "Se acerca la plenitud de nuestros destinos, y, con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo".

El mundo sangra —es cierto— por todas sus heridas, teme con todos los temores, llora con todas las lágrimas. Pero la conciencia de América está despierta. Y la luz de Bolívar rebosa sobre nosotros como la promesa —inefable— de un día mejor.

LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS*

Os habéis reunido en esta ciudad para examinar uno de los temas más apasionantes de nuestro tiempo: la educación de los adultos. Ciertamente, las intenciones que inspiran vuestros trabajos no son exclusivas de la época en que vivimos. En algún modo, podría decirse que constituyen una inquietud permanente de la cultura. Para no ir más allá de los días en que Atenas, al influjo de la palabra de Sócrates, concebía la filosofía como existencia y la existencia como pedagogía, como "paideia", el recuerdo de Platón nos invita a mostrarnos humildes frente a la idea que nos formamos respecto a la novedad de la meta que perseguimos. ¿No fue Platón, en efecto, quien proclamó que, para educar al ciudadano, hay que educar a la ciudad? Y la ciudad, en el mundo clásico, ¿no era, en verdad, el Estado mismo?

No encuentro, empero, contradicción positiva entre la antigüedad del ideal que nos estimula y la referencia que he hecho a la educación de los adultos como a uno de los temas esenciales de nuestro tiempo. Al contrario. La perennidad y la actualidad del problema subrayan su importancia y su gravedad. Así lo sentían ya los educadores, las organizaciones de obreros, de campesinos y de maestros –e inclusive algunos gobiernos– antes de que estallara la conflagración mundial de 1939. En unos países, bajo el signo político de las dictaduras; en otros, bajo la voluntad de la democracia, se desarrollaron en esos años vastos programas de educación popular para los adultos.

No deseo emitir un juicio sobre el total de aquellas realizaciones. Pero sí me interesa atraer vuestra atención sobre un hecho, que esta conferencia no debe ignorar por ningún motivo, puesto que entraña un riesgo que tenemos la obligación de prever en nuestros estudios. Aludo, concretamente, a la perfidia con que los regímenes fascistas, de expresión germánica o latina, aprovecharon lo más respectable, por personal, que generalmente posee el adulto (sus minutos de ocio y de reflexión, tras de la jornada de trabajo en el campo o en el taller), para convertir el

* *Discurso pronunciado al inaugurar la Conferencia Internacional sobre la Educación de los Adultos, Castillo de Kronborg, Elsinor, Dinamarca, 16 de junio de 1949. Se publicó en: Jaime Torres Bodet, Discursos en la UNESCO, Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO/SEP, México, 1987, pp. 81-90.*

descanso en *meeting*, la distracción en hipnotismo, la educación en propaganda y la propaganda en amaestramiento.

PANEM ET CIRCENSES, NORMA DE IMPERIO

Hubo en aquellas actividades totalitarias un oscuro regreso a la fórmula cínica de los Césares: *Panem et circenses*; norma de imperio, cuyo sólo enunciado justificaría nuestra protesta ante cualquier intento de repetir tan grosero engaño. Las horas de la vida del adulto que deseamos poblar con elementos de afirmación y de belleza, de verdad y de poesía, cuestan demasiado al trabajador para que no sea un abuso de confianza el querer instilar en ellas el narcótico de esas complacencias colectivas de que se valen todas las demagogias cuando tratan de anestesiar a su clientela. Arrancar al adulto a los bajos placeres que su salario —a veces— le proporciona es, sin duda, un propósito muy plausible. Pero resultaría infame invocar propósito tan plausible para regimentar el ocio, tras de reglamentar el sudor, y para sustituir solamente el alcohol y los juegos de cartas por la danza política ante los ídolos de la tribu. Ya hemos visto, con nuestros propios ojos, lo que hicieron del *doppo lavoro* Hitler y Mussolini: una embriaguez social de manifestaciones jactanciosas y de desfiles combativos que concluyó, inevitablemente, en la pesadilla trágica de la guerra.

Otro —y completamente distinto— es el fin de nuestro congreso, ya que estamos persuadidos de que educar ha de ser liberar y de que el mejor fruto de nuestra acción será el de suscitar a la vez, en la conciencia de cada adulto, el sentido de su responsabilidad independiente como persona y el sentido de su solidaridad intelectual y moral con la humanidad.

Desde que sobrevino la guerra, esta es la primera reunión internacional convocada para estudiar la cuestión que nos interesa. Por espacio de largos años, los países se vieron obligados a que sus hombres y sus mujeres recibieran la más dolorosa educación que la vida puede brindar al adulto: la educación del miedo, entre las amenazas de la muerte. Apenas concluidas las hostilidades, nació la UNESCO. Y la UNESCO, al nacer, afirmó este postulado: Hay que defender la paz en el espíritu de los hombres. Constituida en 1945, la UNESCO celebró sus primeras conferencias en París, en 1946, y en México, en 1947. En esta última, los delegados adoptaron la siguiente resolución:

"Una vez que se haya reunido la información suficiente, se convocará, si fuere posible en 1948, una conferencia de especialistas y de personas que trabajen en el dominio de la educación de los adultos para la comprensión internacional".

EL ESCENARIO DE HAMLET

El momento no puede ser más propicio ni más solemne. Hay un valor simbólico en el hecho de que esta asamblea se reúna hoy en Elsinor, en el escenario de Hamlet, la tierra del príncipe de las dudas. Como Hamlet, el mundo actual vive interrogándose a cada momento: *¿Ser o no ser?...*

Desde un punto de vista, ahí está la posibilidad de la guerra; es decir, la seguridad de no ser, la exaltación del odio, la utilización de la ciencia contra la vida, la justificación de la fuerza contra el derecho y la admisión del crimen como adversario de la cultura. Desde otro punto de vista, ahí está la necesidad de erigir la paz. Pero, entre la posibilidad de la guerra y la necesidad de la paz, se presenta la más dramática angustia. El progreso material da la impresión al espectador de que, privada de los frenos morales, la pereza lleva insidiosamente a la conclusión de que sería menos difícil desencadenar otra guerra que construir una justa paz. Y es que la guerra implica, como toda barbarie, una simplificación brutal. ¿Pero acaso el suicidio no nos depara, igualmente, una gran simplificación?

La cohesión internacional —que las alianzas militares garantizan durante la guerra— se plantea de nuevo, frente a la paz, como un ideal al que precisa llegar por un reajuste muy lento de aspiraciones contradictorias y discutibles. Desaparecido el peligro de perecer en común, los países se preguntan cómo van a existir en común.

Ese fenómeno, ostensible en el plano internacional, no deja de percibirse también en el plano interno, en lo nacional. El temor a la muerte es un cemento que fragua la decisión de las almas con mayor prisa que la esperanza. Todos tememos del *mismo* modo, pero todos esperamos a *nuestro* modo. Debemos reconocerlo: la paz exige mayor talento, mayor imaginación y, también, mayor heroísmo que las batallas. En la guerra, la imaginación y el talento son condiciones indispensables para el triunfo de los Estados Mayores. La estrategia requiere muchos años de preparación y profundos estudios de especialistas. Pero los soldados —los mártires anónimos— aprenden por desgracia bien fácilmente la técnica de matar y el arte de morir.

Frente a la paz, al contrario, todos habremos de sentirnos iguales en responsabilidades y obligaciones. La guerra, la piensan los jefes y la ejecutan los subalternos. La paz, debemos hacerla juntos todos los hombres. Para el ciudadano medio, en cualquier país, la guerra es siempre una imposición, en tanto que la creación de la paz supone siempre un acuerdo y un plebiscito. Si aceptamos esta premisa, comprenderemos hasta qué punto el problema de la paz es el problema de la libertad y el problema de la libertad es el problema de la educación para la libertad.

SER O NO SER

Permitidme citar de nuevo la conocida frase de Shakespeare, tan apropiada en este recinto: Ser o no ser. Pero ser no es nada, en sí mismo, porque nadie es en ningún instante sino lo que está pretendiendo ser. Desde que nacemos, somos tan sólo un proyecto, un proyecto vivo, y la vida se nos ofrece como un programa. El niño es un proyecto de adolescente. El adolescente, un proyecto de adulto. Y el adulto, en verdad, ¿qué es? ¿De qué futuras realizaciones somos nosotros, todos nosotros, sólo el proyecto? Aquí, la interrogación adhiere a lo más entrañable e intransferible de nuestra condición personal. Por eso no podemos contestar la interrogación en términos colectivos. Y por eso es tan delicada la rama de la enseñanza a que vosotros os dedicáis, ya que no puede ceñirse a los habituales métodos escolares, puesto que, en parte, es compensación y, en parte, complemento; en parte, ampliación del aprendizaje y, en parte (¿por qué negarlo?), reeducación.

SOLEDAD EN LA MULTITUD

Pensemos en un conjunto de adultos por educar: obreros o campesinos, artesanos, burócratas o soldados. ¿Qué es, en primer lugar, lo que deberá inquietarnos ante cualquier grupo ideal que se nos proponga? ¿La diferencia de temperamento, como en los niños? ¿La diversidad de las vocaciones, como en los adolescentes? Sin duda, temperamento y vocación son factores que no podrá desdeñar el profesor o el conferenciante que se dirija a un público de adultos. Pero, por sobre toda otra consideración, lo que deberá preocuparle es la soledad espiritual en que vive, constantemente, cada uno de los miembros de su auditorio. Pocas veces esa soledad ha sido tan tremenda, tan abstracta y tan ignorada como en el mundo de nuestros días. El niño se mueve dentro de su generación como en una atmósfera protectora. El adolescente, se descubre a sí mismo en cada aventura de su sensibilidad o su inteligencia, y goza –a veces hasta las lágrimas– de su propio descubrimiento. Pero el adulto no puede refugiarse en ninguna parte. Expulsado de su generación por la individualidad implacable de su destino, y expulsado de su conciencia por el temor de verse ante ella tal como es, sin ilusiones y sin perdón, el adulto no tiene más que un dilema: o ser él mismo, aislando del conjunto; o abdicar de sí mismo en la voluntad anónima de la masa. Cualquiera de esas soluciones constituye un peligro moral para la cultura. Hasta en el caso del genio, la soledad absoluta es un castigo irreparable. ¿Qué decir, entonces, de la soledad

absoluta del hombre común? Y, por otra parte, su disolución en la masa, ¿qué significa, si no un renunciamiento cruel a su estirpe de hombre?

Entre ese aislamiento y esa renunciación, la educación del adulto debe normarse por un concepto que ha de ser el remate de toda estructura internacional: la fraternidad del destino humano. En el fondo, lo que hay que enseñar al adulto no es tanto este arte o aquella ciencia, cuanto una disciplina mayor y en la cual torpemente le imaginamos ya doctorado: la vida misma.

Doblado durante horas sobre la tierra, o laminado de la mañana a la noche por el mecánico ritmo de la producción industrial en serie, el adulto medio de nuestra época es, las más de las veces, el ser menos preparado para apreciar la vida que le rodea y para entender la verdad de sus semejantes. Ahora bien, nada tan falso como creer que, por naturaleza, el hombre es enemigo del hombre. Al contrario. De todos los instintos humanos, la sociabilidad es, acaso, el más arraigado y universal. Pero debemos confesar que la organización económica de la sociedad impone demasiado a menudo condiciones de existencia que contradicen aquel impulso de honda fraternidad. En un mundo en el que el interés material ha llegado a ser el resorte más importante de los actos humanos y en que el éxito económico pretende convertirse en árbitro de los valores espirituales, los individuos, las clases, las naciones se conducen más como adversarios o como rivales que como asociados, hasta el punto de que pocas veces el hombre se ha visto tan solitario, tan despojado y, en fin de cuentas, tan miserable.

Durante el mismo período, se abría brecha —en los espíritus— una concepción no menos destructora de la comunidad humana: la concepción de una cultura cuyos objetivos no eran ya la fuerza y la grandeza, la sinceridad del impulso y la amplitud de las perspectivas, sino, infelizmente, la exclusividad y el preciosismo, la arbitrariedad y la rareza, el rebuscamiento y la exquisitez. Entre el intelectual y las masas, el abismo se estaba ahondando. Y la carencia de verdadera cultura era igual en los dos sentidos, puesto que, roto el contacto entre la vida y la inteligencia, tenía que ocurrir lo que en tales condiciones ocurre siempre: de un lado, ignorancia de las masas y, del otro, anemia de las élites.

¿EDUCACIÓN PARA LA OBEDIENCIA O PARA LA RESPONSABILIDAD?

Lo que acabo de deciros os dejará comprender la singular importancia que atribuyo a vuestros debates. En el fondo, al discutir la educación de los adultos, estáis

discutiendo nada menos que el porvenir de nuestra cultura. ¿Queremos una educación para la obediencia o queremos una educación para la responsabilidad? ¿Vamos a educar a las masas como si fueran conglomerados inextricables, en que las personas desaparecen, o vamos a educarlas como conjuntos de seres vivos, en que el alma colectiva no oprima indebidamente el alma individual? ¿Pretendemos rescatar de la soledad al hombre, por la práctica de la sumisión a la voluntad del rebaño humano, o pretendemos integrarlo conscientemente en una cultura que, respetando su personalidad, le suscite un interés verdadero por asociarse con todos sus semejantes?

Si optamos por una educación para la responsabilidad, habremos elegido el camino más difícil, pero en mi opinión, el único valedero. Ninguna noción se opone mejor a la congoja del aislamiento que el principio de la responsabilidad universal del hombre sobre la tierra. Todos somos responsables de todo, ante todos, dijo Dostoyevski en una de sus revelaciones más penetrantes. Pero no nos equivoquemos. Optar por una educación para la responsabilidad es optar también por una cultura de la responsabilidad. Y esto rebasa ya los límites de nuestra conferencia, puesto que ordena una acción que no puede pedirse sólo al educador. Todas las actividades humanas habrán de participar en ella; la política y la economía tanto como las ciencias y las artes. Cuando reclaman una organización mejor del trabajo, un reparto más equitativo de los bienes y una equiparación social de oportunidades, las masas luchan seguramente por el mejoramiento material de sus condiciones de vida; pero ¿no nos proponen, en otros términos, un nuevo humanismo de la cultura? Al hablar de humanismo, no empleo el vocablo en la estrecha acepción que le atribuyen los individualistas irreductibles, sino en el sentido, mucho más lato, que por filosofía e idioma le pertenece; esto es: como un acuerdo entre el hombre y la humanidad.

El hombre —que, ante todo, es un ser social— resulta inconcebible fuera de la comunidad que permite su formación. Por otra parte —querámoslo o no— esa comunidad, en nuestro tiempo, es una comunidad mundial y tendrá que exigir, día tras día, deberes cada vez más extensos.

UNIVERSALIDAD EN LOS PROPÓSITOS, INDEPENDENCIA EN LOS MÉTODOS

Por comparación con la magnitud de nuestros deberes, el espectáculo de las incomprendiciones y de los odios de nuestra época justificaría el peor de los pesi-

mismos, si no emergiera para nosotros, del caos en que vivimos, la aurora de una esperanza. Tal esperanza no es otra que la de trabajar para establecer una cultura viva que, gracias a la participación de las masas, garantice los derechos del individuo —no en su calidad de beneficiario egoísta de un patrimonio sin condiciones, sino en su calidad de agente insustituible de la solidaridad moral del linaje humano—.

Universalidad en los propósitos, independencia en los medios. He ahí, a mi juicio, las dos reglas de toda acción encaminada a promover, por la educación de todos, una cultura de la responsabilidad.

El desarrollo de la primera etapa de la Revolución Industrial requirió la instrucción primaria de las masas. No olvidemos este hecho, particularmente significativo, puesto que en la mayor parte de la tierra, la educación de los adultos (que los países favorecidos no tienen ya por qué confundir con la enseñanza primaria) se halla aún en el estado heroico de las campañas de alfabetización. No lo olvidemos, además, porque hay todavía quien se pregunta si la instrucción primaria no es peligrosa para las masas. No lo olvidemos, sobre todo, porque lo realmente peligroso sería limitar a ese rudimento —el aprendizaje de la lectura y de la escritura— la formación de los pueblos del porvenir.

Dentro de un mundo de técnicas infinitamente complejas y de aspiraciones crecientemente universales, la civilización sólo podrá desenvolverse en un medio en el que la preparación de las masas no sea embrionaria sino armónica y coherente. Tal es el fin grandioso de la educación de los adultos.

NO PALABRAS, SINO ACTOS PARA LA PAZ

En el curso de estos últimos meses, muchas voces se han elevado para proclamar la necesidad de la paz. Algunos se han inquietado de que la UNESCO no haya unido la suya al coro de aquellas voces. Inquietud infundada e inexplicable, porque si alguna institución internacional está inspirada por una voluntad sincera de paz, esa institución es la que establecimos en Londres en 1945 para asegurar el entendimiento de todos los pueblos por la educación, la ciencia y la cultura. Pero la misión de la UNESCO no consiste en hacer discursos sobre la paz; sino en procurar, callada y modestamente, que las condiciones espirituales del mundo permitan que los hombres erijan la paz y que la erijan sobre el conocimiento de la verdad, para la justicia, para el bien y para el progreso.

Por el solo hecho de examinar con fervor y con probidad los problemas de la cultura, todo congreso reunido, como éste, para el desarrollo de una educación fecunda, libre y liberadora, es un congreso que trabaja para la paz.

La UNESCO se felicita de que hayáis acudido en tan gran número a la Asamblea de Elsinor. Y yo, en su nombre, al expresar a las autoridades y al pueblo de Dinamarca el reconocimiento más hondo por la cordial acogida que han dado a esta conferencia, os agradezco vuestro concurso y formuló los votos más efusivos por el acierto de vuestras deliberaciones.

UNA ESPERANZA Y UN TESTIMONIO*

Al inaugurar el Centro de Educación Fundamental que, con el patrocinio del Gobierno de México y la ayuda de la Organización de los Estados Americanos, establece hoy en Pátzcuaro la institución que tengo la honra de dirigir, deseo expresar a todas las autoridades que participaron en su instalación, así como a todos los maestros que van a trabajar bajo el cielo de Michoacán, la gratitud de la UNESCO y mis votos por el buen éxito de sus actividades.

Añado a estas expresiones de gratitud las muy particulares que debo al señor presidente de la República, por la simpatía con que, desde un principio, acogió el proyecto del Centro y por la honra que ahora nos hace con su presencia, así como mi reconocimiento para el señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, sin cuyo importante concurso la iniciativa se habría visto sensiblemente restringida; para el señor Secretario de Educación Pública, en quien la UNESCO ha encontrado siempre un consejero inteligente y un amigo esforzado; para el señor general Lázaro Cárdenas, que, con desinterés ejemplar, puso a disposición del centro su finca La Eréndira, y para las autoridades de Michoacán, a las que saludo en la persona del señor gobernador de un Estado particularmente afanoso por contribuir al progreso de la comunidad mexicana.

Este Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina es, a la vez, una esperanza y un testimonio. Es una esperanza, porque sus puertas se abren ampliamente a las perspectivas de un porvenir de mayor dignidad humana para las masas rurales del hemisferio. Y es un testimonio, porque su sola existencia prueba la imaginación constructiva de América y su constante gestión por la libertad.

Desde la aurora de su independencia política, América definió con intrepidez una vocación de profundo sentido humano. A la exhortación de Bolívar había de contestar, en cada una de las repúblicas nacidas para cumplir esa vocación, un espléndido anhelo: el de redimir al hombre por la cultura.

* *Discurso pronunciado con motivo de la inauguración del Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, CREFAL, Pátzcuaro (México), 9 de mayo de 1951. Se publicó en: Jaime Torres Bodet, Discursos en la UNESCO, Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO/SEP, México, 1987, pp. 274-281.*

Desgraciadamente, en la lucha contra la ignorancia no siempre bastan los ímpetus generosos. Las dificultades económicas y las insuficiencias técnicas suelen oponer obstáculos inquietantes a las más puras intenciones del legislador y del instructor. Ocurre así que, en muchos países americanos, el analfabetismo sigue planteando a los gobernantes un problema de proporciones agobiadoras. Sobre la superficie de un continente consagrado a la libertad, decenas de millones de hombres y de mujeres no saben siquiera leer las palabras que, en las leyes constitutivas de sus Estados, les prometen gozar de esa libertad.

Como lo dijo un pensador mexicano, la circunstancia de que "en un mismo rincón del planeta haya hombres históricos e individuos prehistóricos, alfabetos y analfabetos", tiene que suscitar un dolor agudo. Pero lo más grave es que una situación semejante —y de dimensiones más angustiosas— se advierte en muchas otras regiones del globo. Aunque no se haya emprendido aún con rigor un análisis crítico y exhaustivo de las estadísticas internacionales del analfabetismo, puede afirmarse —por desgracia sin miedo de exagerar— que más de la mitad de la población humana es analfabeta. O, para repetir la expresión certera de Antonio Caso, que más de la mitad de la población humana vive en la prehistoria.

Ahora bien, si consideramos que, según los datos publicados recientemente por las Naciones Unidas, la población mundial es de 2 378 millones, cabe decir que, en pleno siglo XX, más de 1 200 millones de hombres, mujeres y niños no saben leer y escribir. Cifra enorme, y tanto más amenazadora cuanto que, de acuerdo con los propios datos difundidos por las Naciones Unidas, la población mundial crece a un ritmo de 1 % al año. Por lo que concierne a la América Latina, el crecimiento es de 2 %.

Un aumento de más de 23 millones de seres humanos por año, digamos de más de 65 000 por día, supone, a cada hora, 2 700 futuros escolares, o sea, durante las dos horas que puede durar esta ceremonia, más de 5 000 niños vendrán a añadirse, en el mundo, a la legión de los que están pidiendo maestros para instruirse, libros y material para abrir los ojos al conocimiento del universo. Aquellos que, siguiendo a Juan Bautista Alberdi, estiman que "gobernar es poblar", se felicitarán, sin duda, de esta vitalidad de nuestra especie. Pero también habrán de pensar en que "gobernar es prever". Y que la falta de escuelas y de maestros suscita apremios indiscutibles.

Más de 1 200 millones de analfabetos... Un área tan formidable de oscuridad no puede sino alarmar a quienes creen, como la UNESCO, que el porvenir de la paz exige no solamente acuerdos políticos y económicos, sino una comprensión universal de los derechos y los deberes que condicionan el progreso de cada persona humana y, en conjunto, el progreso social de la humanidad.

El Centro de Pátzcuaro representa el primer intento serio hecho, en el plano internacional, con el propósito de responder a una alarma tan explicable. Privada de elementos materiales para atacar el mal en sus raíces económicas, carente de autoridad para organizar por sí misma campañas nacionales de alfabetización, la UNESCO sabe que sus servicios deben ser de carácter técnico. Esto —que delimita el campo de sus esfuerzos— no disminuye el valor de su colaboración, ya que toda campaña de educación de base requiere medios financieros, pero requiere igualmente un programa técnico. Y muchas veces la calidad de ésta aminorá la magnitud de aquellos. O, por lo menos, evita gastos sin proporción con los resultados.

El programa que hemos fijado para el Centro Latinoamericano no entraña, exclusivamente, un plan regional de alfabetización. No queremos exagerar el valor que tiene el simple adiestramiento mecánico de los iletrados en el aprendizaje de la lectura y de la escritura. Este aprendizaje, indispensable sin duda, no constituye sino una de las tareas que los maestros reunidos en Pátzcuaro deberán perfeccionar. La educación de base se asigna metas más elevadas, puesto que pretende proporcionar a las comunidades rurales, no sólo un recurso práctico de comunicación con el exterior, merced a los libros y a los periódicos, sino un mínimo de los elementos primordiales imprescindibles para una mejor adaptación de la vida de esas comunidades a los requerimientos de la época y del ambiente. De ahí el interés de la UNESCO por completar el cuadro pedagógico del Centro de Pátzcuaro con un personal positivamente informado en asuntos de higiene, agricultura, artesanado y pequeñas industrias.

Hemos concertado algunos acuerdos con diversas instituciones. He aludido ya a la Organización de los Estados Americanos, tan noblemente servida por don Alberto Lleras Camargo, ex presidente de Colombia, estadista eminente y hombre de acrisolada virtud internacional. Las tareas de información, de recopilación técnica de elementos y de producción de material educativo, que corresponden a su organización, serán de la mayor importancia para este Centro. En lo que atañe a las Agencias de las Naciones Unidas, la Organización Internacional del Trabajo estará representada en Pátzcuaro por un especialista en arte y oficios rurales; la Organización Mundial de la Salud, por un especialista en educación sanitaria, puericultura, alimentación racional e higiene individual y social; la Organización para la Alimentación y la Agricultura, por tres especialistas: uno, en métodos de perfeccionamiento de los cultivos y conservación de los recursos naturales; el segundo, en economía doméstica, ornamentación del hogar, industrias familiares y ocios recreativos; el tercero, en la organización de cooperativas rurales. Ruego a los representantes de las instituciones que acabo de citar se sirvan transmitir a sus Directores Generales el reconocimiento efusivo de la UNESCO.

Toda acción alfabetizadora exige un complemento: la preparación de un material de lectura que justifique, articule y, eventualmente, corone la educación de base. Los especialistas asociados en Michoacán experimentarán las cartillas en uso; sugerirán las modificaciones adecuadas y estudiarán las normas a que deberá sujetarse la ayuda técnica que la radio y el cine pueden prestar a la instrucción de las masas. Este aspecto de la cuestión es uno de los que dan al programa su relieve más definido.

Los educadores latinoamericanos que albergará el Centro de Pátzcuaro no ignoran la responsabilidad histórica de la misión que va a serles confiada. Por una coincidencia, en la que no existe el menor azar, la inauguración de sus labores se realiza precisamente en momentos en que la UNESCO prepara su proyecto más ambicioso: el de crear, en otras cinco regiones del mundo, centros de formación semejantes al que recibe, ahora, la hospitalidad de México. De obtener tal proyecto la aprobación de nuestra Conferencia General, que se reunirá en París el 18 de junio, esos centros podrían instalarse en África, en Asia Meridional, en Asia Sudoriental y en el Extremo y el Medio Oriente. Una red mundial quedaría así establecida, gracias a la obra de cuyos seis órganos regionales, cinco mil especialistas de educación de base podrían entrenarse en un lapso de doce años.

Lo que haga el Centro de Pátzcuaro no sólo será beneficioso para la América Latina. Será también la piedra de toque del Proyecto mundial en su Integridad.

Sé que los maestros americanos no necesitan de estímulos especiales para consagrarse con plenitud a los estudios que la UNESCO les propone; mas no estimo superfluo recordarles, en esta hora solemne, que de su éxito o de su fracaso dependerá, en gran parte, la fortuna del plan de que aquí les hablo.

La semilla de hoy puede ser pequeña; pero inmenso, a mi juicio, es su poder de germinación. Al depositarla en Michoacán, la UNESCO no olvida que sobre su tierra vivieron, soñaron y lucharon, apóstoles como Vasco de Quiroga y libertadores como Miguel Hidalgo y José María Morelos. Virtudes de apóstol y decisión de libertador demanda, ciertamente, la educación de base. ¡Quiera el destino de América que los maestros que se formen en Pátzcuaro no sólo dispongan de la competencia técnica, que la UNESCO vela por impartirles, sino de esas aptitudes morales sin cuyo desarrollo ninguna técnica acierta a elevar al hombre hasta el más alto plano de independencia y de dignidad!

Señor presidente de la República: No podría acontecer, por ningún motivo, que —en mi propia patria— la calidad internacional en que hablo me privase de la satisfacción de expresar mi alegría de mexicano ante el magnífico esfuerzo hecho para alojar a este Centro por el gobierno que usted preside, por las autoridades

locales, por los educadores y por el pueblo entero de México. La obra de la UNESCO, en lo que concierne al Plan de Asistencia Técnica, supone una colaboración directa de cada una de las naciones en que los diferentes proyectos hallan su marco más apropiado. La ayuda aportada por México para realizar nuestra iniciativa es digna de mencionarse, desde cualquier tribuna, como un ejemplo alentador. Reconocerla implica, por consiguiente, apenas un acto de justicia.

También es justicia encomiar la hidalguía con que los gobiernos de Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Perú y El Salvador han aceptado participar este año en los trabajos del Centro, enviando a Pátzcuaro a grupos selectos de educadores, de los que se verán privados durante el lapso otorgado a los estudios que aquí efectúen. Desearía hondamente que esos educadores sintieran en mis palabras toda la admiración y todo el afecto que tengo para sus pueblos, por cuya dicha formuló los augurios más fervorosos

El esfuerzo de todos ha sido grande. Pero me permitiréis agregar: la empresa lo merecía. En un tiempo en que la discordia, la cólera y la violencia están amenazando la continuidad de la civilización, causa alivio —y también orgullo— advertir que existen aún países e instituciones que no desmayan en la misión de auxiliar al hombre a sobreponer a la noción de fatalidad, que entraña humillación y sometimiento, la idea del porvenir que cada quien puede labrar con sus propias manos merced a la audacia del carácter, a la flexibilidad de la inteligencia y al poder de la educación.

Como los individuos, los pueblos han de empeñarse por conocerse mejor a sí mismos. Pero, ¿quién se conoce, sino en la acción? Por eso exclamaba Goethe, certeramente: "Trata de cumplir con tu deber y, entonces, sabrás lo que vales."

El Centro que hoy inauguramos va a tratar de cumplir con su deber. Para que todos y cada uno de los profesores congregados aquí respondan a la fe que ponemos en su concurso, bajo la dirección de don Lucas Ortiz, bastará con que piensen en el destino de esos millones de hermanos, esparcidos sobre las tierras de América, en una tácita imploración por llegar a ser lo que su condición humana les asegura que pueden ser: ciudadanos de un mundo libre, constructores de una sociedad pacífica y democrática; en suma: responsables reales de una existencia de la que, ahora, mientras no les brindemos la enseñanza que necesitan, los responsables, voluntarios o involuntarios, seremos todos nosotros.

Excusadme si acudo, para concluir, a la evocación de un recuerdo personal. Hace años, me fue dado participar en la campaña de alfabetización iniciada en México por el gobierno del señor presidente Ávila Camacho. Durante una de las visitas que hice —en aquellos días— a uno de los centros nocturnos de educación colectiva

para analfabetos, presencié un espectáculo que no olvidaré jamás. En un recinto estrecho y mal alumbrado, una maestra joven y humilde hacía repetir en voz alta, a un grupo de adultos, una frase escrita en el pizarrón. Con ojos fatigados por las tareas de la jornada, pero encendidos por el entusiasmo de la futura emancipación, los hombres y las mujeres allí reunidos seguían la mano morena de la maestra, que parecía dibujar con ternura, como una promesa, cada palabra. Las voces, graves o delicadas, formaban un coro ingenuo, estremecido y patético como un himno.

A semejanza de aquella maestra humilde –e igualmente joven, porque a pesar de los siglos, cada generación la rejuvenece– pienso que una figura maternal se inclina sobre esta casa de solidaridad y de comprensión. Es la Humanidad. Sí, una humanidad de la cual, por estulticia o por egoísmo, los hombres suelen alejarse con frecuencia, para después regresar a su seno, maltrechos y arrepentidos.

Esa humanidad no ignora, sin embargo, que los hombres esperen de ella –aun en sus desvíos más lamentables– la luz que guía, la confianza que fortalece, la educación que redime, el amor que salva. Y también, tras de las congojas y de los duelos, la lágrima que perdona.

RENUNCIA A LA DIRECCIÓN GENERAL DE LA UNESCO*

Después de la exposición que hice ayer, para presentaros el proyecto de presupuesto, me abstuve de intervenir en vuestros debates. Y, después del voto que emitisteis, consideré inoportuno comunicaros inmediatamente mis impresiones. Quise imponerme el plazo necesario para reflexionar sobre las consecuencias de vuestra decisión.

Esa decisión, en mi concepto, es sumamente grave. En efecto, tras de reconocer los progresos de la UNESCO, habéis adoptado, por primera vez en su historia, un presupuesto real inferior al del año precedente.

Según me permití deciroslo en su oportunidad, la conferencia tenía que elegir entre estas tres posibilidades: regresión, estabilización, desarrollo. El Consejo Ejecutivo y yo habíamos escogido el desarrollo —un desarrollo modesto, pero normal—. Vosotros optasteis por la regresión. Las cifras están ahí para demostrarlo. La estabilización correspondía a un presupuesto real de 17 824 942 dólares. Vuestra asamblea adoptó un presupuesto real de 16 866 354, lo que implica un retroceso de casi un millón para el bienio próximo. Después de largos y arduos esfuerzos, la UNESCO vuelve a encontrarse, prácticamente, en la situación en que se hallaba, en Florencia, hace más de dos años.

Comprenderéis que me sienta afectado por tal medida, que entraña, necesariamente, un juicio desfavorable, ya sea para la UNESCO, ya para quienes se hallan a su servicio, y, en primer lugar, para mí.

Se me dirá —se me ha dicho ya—, que, en la presente coyuntura del mundo, la conferencia no hace sino aplicar a la UNESCO una política general de economías. ¿Cómo creerlo?

¿Cómo creerlo, cuando hemos visto, en este mismo año, acrecerse los presupuestos de otras instituciones internacionales, dentro y fuera del sistema de las Nacio-

* Este discurso se pronunció ante la VII reunión de la Conferencia General de la UNESCO, París, 22 de noviembre de 1952. Se publicó en: Jaime Torres Bodet, Discursos en la UNESCO, SEP/Comisión Nacional de los Estados Unidos ante la UNESCO, México, 1987, pp. 475-479.

nes Unidas, y cuando muchos de los Estados que aceptaron el crecimiento a que aludo participan en los trabajos de la UNESCO?

¿Cómo creerlo, sobre todo, cuando se comparan las exigüas sumas solicitadas para el desarrollo mínimo de la UNESCO y la inmensidad de los gastos militares de que nos tiene informados la prensa diaria?

¿Qué representaba el aumento propuesto, un aumento que os pareció tan ambicioso que ni siquiera fue sometido a votación? Tomemos seis casos típicos: tres de los países que pagan la más alta contribución a la UNESCO y tres de los que pagan las contribuciones más reducidas. Veamos lo que resulta.

El desarrollo recomendado suponía, aproximadamente, en el caso de los Estados Unidos, como promedio, una erogación suplementaria de un tercio de céntimo de dólar por año y por habitante. Por lo que hace a la Gran Bretaña, la proporción era de un quinto de Penny, y de 68 céntimos de franco por lo que respecta a Francia. En cuanto a Honduras, Liberia y Nicaragua, el aumento hubiera sido –también por año y por habitante– igual a la duodécima parte de un centavo, a la trigésima parte de un céntimo y a las dos quintas partes de un centavo, respectivamente. Ese, señores, era el sacrificio que os rogué tuviérais a bien considerar. ¿Podía yo pensar que constituyera una carga intolerable para el contribuyente? Y –lo que es, a mi juicio, mucho más serio–, ¿puede afirmarse que el contribuyente se sentirá más inclinado a creer en la UNESCO, cuando se le diga que una asamblea de 65 gobiernos rehusó otorgar a la organización un complemento de recursos que, en términos generales, hubiera exigido un gasto equivalente, por cada habitante de sus Estados Miembros, al precio de unos cuantos cerillos por año?

Más grave aún que estas cuestiones de presupuesto son las condiciones en que vuestra determinación fue tomada. La adoptasteis por 29 votos contra 21 y cinco abstenciones. Nos habíais habituado, señores, a mayorías más sustanciales para otras causas. Sin embargo, la que discutisteis ayer era, esencialmente, la causa de la UNESCO, de esa UNESCO, en acción, acerca de cuya obra al servicio de la paz os felicitabais hace aún pocos días.

El debate nos hizo advertir dos tendencias muy claras: la de los Estados que, con emocionante fervor, ansiaban el desarrollo de la UNESCO, y la de aquellos que –por razones que respeto, pero que deploro– se resolvieron a favor de la reducción.

Os lo aseguro de la manera más formal: si una mayoría se hubiese pronunciado a favor del presupuesto recomendado por el Consejo Ejecutivo y por el Director General, y si lo hubiese hecho, también, por 29 votos contra 21, mi conclusión

hubiera sido absolutamente la misma. No creo, en efecto, que se pueda dirigir la ejecución del programa de la UNESCO sin contar con un apoyo ampliamente mayoritario de parte de los Estados que la sostienen. Toda división entre ellos –y sobre un punto tan capital– reduce la autoridad de la institución y la de quienes deben actuar en su nombre.

Ciertamente, en la actual situación internacional, la obra de la seguridad colectiva exige imperiosos sacrificios. ¿Pero es, acaso, menos urgente la obra del progreso económico y social? Resulta ya un síntoma doloroso que la primera se haga con detrimento de la segunda y que el verbo "reducir" sea conjugado, de preferencia, cuando se trata de organizar la cooperación internacional para instruir a los pueblos y facilitar su acceso a la ciencia y a la cultura. La seguridad colectiva y el progreso económico y social son condiciones ligadas estrechamente dentro del sistema de ayuda mutua que definió la Carta de San Francisco. Sí, la seguridad colectiva y el progreso económico y social; es decir: la paz de los Estados y de los pueblos. Precisamente con relación a esa solidaridad fundamental, el retroceso económico que habéis impuesto a la UNESCO tiene una significación moral alarmante, sobre cuyos efectos sería inútil tratar de ilusionarnos. Esa significación, unida al espectáculo de vuestro desacuerdo –y de un desacuerdo que puede repercutir en la concepción misma de la UNESCO– son circunstancias que me impiden permanecer al servicio de la organización.

En virtud de lo que precede, os ruego me devolváis mi libertad y aceptéis la dimisión que os presento del puesto con que me honrasteis en diciembre de 1948. La conferencia puede añadir a su Orden del Día un nuevo tema: la designación de mi sucesor. Os lo solicito con la mayor deferencia.

Creo inútil agregar que mi decisión es irrevocable. En Florencia, cuando os indiqué por primera vez mi deseo de regresar a la vida privada, me ratificasteis vuestra confianza. Retiré entonces mi dimisión; pero no sin deciros que esa confianza esperaba yo la otorgaseis, no a una persona, sino a una obra. En aquella ocasión declaré lo siguiente:

Es lícito comprender diversamente la forma en que la UNESCO puede servir a la paz y el grado de su eficacia. Es lícito tener opiniones diferentes sobre el valor de su programa. Pero lo que me es difícil comprender es que se afirme, al mismo tiempo, que ese programa representa la mejor contribución de la UNESCO a la obra de la paz, que se tiene confianza en su buena ejecución y que, sin embargo, ese programa no merezca sino un presupuesto muy reducido. Me resulta difícil comprenderlo, porque, frente a las obligaciones de nuestra Acta Constitutiva, semejante actitud correría el riesgo de ser interpretada por parte de todos como una confesión de impotencia, de la cual estoy convencido que no podría redimirse la Organización. ¿Cuál es el Director General digno de su cargo que aceptaría, si así fuese, seguir en funciones?

¿Cuál el hombre de corazón que se avendría a seguir siendo Director General de una institución consagrada por su constitución a la más noble de las funciones, como es la de la paz por el espíritu, y que, de hecho, en el drama que angustia al mundo, tuviese que contentarse, incluso en el dominio de las actividades técnicas, con una serie de experiencias ejemplares, pero insuficientes para responder a las necesidades apremiantes de la humanidad?

Señores, he querido que supieseis que, si la UNESCO hubiera de seguir definitivamente por tal camino, ese hombre no sería yo. No podría serlo.

Más de dos años han transcurrido desde el momento en que pronuncié las palabras que acabo de releeros. Durante ese lapso, pude formar la esperanza de que llegaría a existir entre nosotros una comunidad verdadera de aspiraciones. Vuestro voto de ayer me revela hasta qué punto me equivoqué. Muy a mi pesar, los argumentos y los términos empleados por diversas delegaciones me confirman en este juicio.

Me alejo de esta casa con tristeza, pero sin amargura. Pude cometer errores, pero obré siempre de buena fe. Me cabe, al menos una satisfacción: la de haberos presentado, al principio de esta conferencia, el conjunto de una institución en pleno desenvolvimiento.

Os agradezco profundamente la amistosa atención que tan a menudo me dispensasteis y que fue para mí, en las circunstancias difíciles, el más claro estímulo.

Permitidme ahora elevar, para concluir, un ferviente voto. Que nuestros gobiernos y nuestros pueblos sepan construir esa paz activa, justa y durable: la que es digna de todos los sacrificios, la que nunca se alcanzará si no es por la subordinación de los orgullos políticos y de los egoísmos materiales al ideal exelso que la UNESCO proclama, la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

III. MemoriaS

BEST COPY AVAILABLE

INICIACIÓN DE LA CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO*

Durante el mes de agosto de 1944, una de mis ocupaciones fundamentales fue la de organizar el lanzamiento de un barco, de casco inmenso y motor casi imperceptible: la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. El texto de la ley de emergencia en que se basó la campaña había sido aprobado, tras de algunas enmiendas formales, por la Procuraduría General. Me concretaré a sintetizar las razones invocadas en la exposición de motivos y algunas de las cláusulas esenciales del ordenamiento.

Un país en estado de guerra no podía limitarse a coordinar determinadas medidas militares y acrecer su esfuerzo agrícola e industrial a fin de ayudar mejor al aprovisionamiento de sus aliados. El factor más profundo de la resistencia de un pueblo en lucha es la preparación intelectual y moral de sus habitantes. Esa preparación exige, como premisa, una educación al alcance de todos. Ahora bien, en una tierra en que únicamente la mitad de la población sabía leer y escribir, y donde las necesidades de instrucción rebasan de manera innegable los cauces de los sistemas educativos que los ingresos públicos autorizan, quienes disfrutaban del privilegio de haber ido a la escuela debían auxiliar al Estado en la tarea de salvar a la otra mitad de sus compatriotas, protegiéndola de los riesgos que implica la privación de los más elementales recursos de conocimiento y acción social.

Con fundamento en tales consideraciones, la ley determinó que, sin distinción de sexo u ocupación, todo mexicano –mayor de 18 y menor de 60 años– residente en territorio nacional, que supiera leer y escribir el español y no se encontrara incapacitado, tendría la obligación de enseñar a leer y a escribir cuando menos a otro habitante de la República, analfabeto, mayor de 6 y menor de 40 años, que no estuviera incapacitado o inscrito en alguna escuela.

Para organizar y facilitar el cumplimiento de la ley, se emprendería una Campaña Nacional contra el Analfabetismo. El director general de la campaña sería el Presidente de la República, y su director ejecutivo el Secretario de Educación. La campaña tendría que desarrollarse en tres etapas: la de organización, desde la

* Años Contra el Tiempo, Memorias, 2^a edición, Ed. Porrúa, México, 1981, pp. 300-312.

fecha de expedición de la ley hasta el último día de febrero de 1945; la de enseñanza, desde el 1º de marzo de 1945 hasta el último de febrero de 1946, y la de revisión y exposición de los resultados, desde el 1º de marzo hasta el 31 de mayo de 1946. La Secretaría de Educación procedería a imprimir diez millones de cartillas para la enseñanza de la lectura y de la escritura en español. Cartillas especiales serían editadas para beneficio de los grupos indígenas del país. La castellanización de esos grupos quedaría encomendada, además, a brigadas de instructores capacitados mediante cursos intensos de adiestramiento.

Como la relativa paridad estadística –de alfabetos y analfabetos– era un dato sólo previsto en lo concerniente al total de la población, la ley dispuso que juntas regionales se encargasen de indagar y de establecer la proporción real por localidad. Esas juntas podrían aumentar el número de iletrados que cada mexicano, capaz de leer y escribir, debería atender en los sitios donde registraran los censos exceso de analfabetos. O, por el contrario, podrían eximir de esa obligación, cuando no fuera indispensable su concurso, a las personas más desvalidas: sirvientes, ejidatarios con parcelas sin riego, jornaleros, peones, obreros no especializados, marineros, soldados, conscriptos, policías y empleados con sueldos menores de cien pesos al mes. Se autorizaron otras categorías de exención para los ejidatarios con parcela de riego, los aparceros, los obreros capacitados y los empleados con retribución mensual de menos de doscientos pesos. En un plano más restringido, las juntas estarían en aptitud de eximir igualmente a los pequeños agricultores, a los comerciantes y a los obreros y empleados que no percibiesen ingresos mayores de cinco mil pesos al año, así como a quienes trabajasen en empresas de transporte o que, por su ocupación principal, debiesen viajar continuamente.

El lunes 21 de agosto, a las seis de la tarde, el general Ávila Camacho reunió, en sus oficinas de Los Pinos, a los directores y gerentes de los principales periódicos y de las estaciones radiodifusoras más importantes. Puse en manos de cada uno un ejemplar de la ley y, de acuerdo con el programa aprobado por don Manuel, expliqué a los concurrentes los motivos considerados para expedirla.

La reacción fue cortés. Pero nada más. Muchos de los invitados habían supuesto que la convocatoria del Presidente de la República, en aquellos tiempos de guerra, obedecía a alguna grave cuestión internacional. Cuando conocieron el objeto de la entrevista, su interés se enfrió bastante. ¿Valía la pena suspender el trabajo, para oír hablar de la alfabetización de los iletrados?...

A las siete, don Manuel dirigió, por radio, un mensaje al país. Anunció la campaña e invitó a todos los ciudadanos a iniciarla con energía y seguirla con devoción.

Sé muy bien –dijo– que la educación de un pueblo no radica exclusivamente en eliminar el analfabetismo. Pero sé, con igual claridad, que el primer paso indispensable es enseñar a leer y a escribir y que, mientras la mitad de los mexicanos esté compuesta por iletrados, ninguno

de los otros problemas sociales que confrontamos podrá ser planteado con la esperanza de una completa y lógica solución."

Y agregó:

Exhorto (a todos los mexicanos que han recibido los beneficios de la enseñanza) para que se apresten a la campaña que proponemos a su entusiasmo y a su sentido del deber. Yo mismo participaré en esta labor. Y, junto conmigo, todos mis colaboradores. Y, junto con nosotros, nuestras esposas. Y no acepto creer que haya un compatriota que, pudiendo ayudarnos en esta empresa, se resista a hacerlo por egoísmo.

Al terminar de leer su texto, don Manuel estaba radiante. Parecía haberse descubierto a sí mismo en el espejo de aquella iniciativa tan difícil de realizar. Dotado de un alma de educador, sentía la nobleza de la actitud adoptada por su gobierno. Él, tan realista, veía el futuro de la campaña con mayor lirismo que yo. La desdenosa sonrisa de algunos principes de la prensa no había logrado desanimarme. En cambio, el fervor del general Ávila Camacho y su espontánea alegría de hombre de bien me inquietaron profundamente.

Ya solo en el automóvil, al salir de Los Pinos, lo comprendí: más de prisa que los estímulos, irían creciendo en mi alma las inquietudes. ¿Habríamos acertado, al insistir en la conveniencia de intentar aventura tan ambiciosa? ¿Podríamos, mis colaboradores y yo, merecer la confianza del gobernante que la estaba patrocinando?... ¡Cuántos egoísmos sería necesario vencer! ¡Cuántas ironías deberíamos ignorar! ¡Y cuántas aspiraciones –dogmáticas y sectarias– tendríamos, a la postre, que combatir!

La noche ponía un pedal severo a mi súbito pesimismo. Y ese pedal agrandaba, particularmente, el valor de las notas graves. Al llegar a mi casa, un aullido me sorprendió. Era el de un perro perdido en la soledad de los predios abandonados... Todo resulta augurio para el que inicia una gran empresa. Y, especialmente, para el que inicia una empresa que no depende, en definitiva, ni de la fuerza de su carácter ni de la aptitud de su voluntad. Sí, el barco lanzado por don Manuel era un barco inmenso. Pero ¿sería yo capaz de ponerlo en marcha, y con qué motor?

Por fortuna, la mañana siguiente me trajo nuevos presagios. No sería un hombre –y un hombre solo– el motor de esa máquina gigantesca. Lo sería el pueblo; todo ese pueblo desamparado, pero valiente, por cuya redención ansiábamos trabajar. Él no nos negaría ni su concurso, ni –en las horas malas– su entereza frente al destino.

Cuando llegué a mi despacho, José Luis Martínez me dijo que habían solicitado audiencia algunas personas muy importantes. Le indiqué las horas en que podrían pasar a verme. Y no tardaron en visitarme el licenciado Antonio Villalobos, presidente del Partido de la Revolución Mexicana, el Teniente Coronel Antonio Nava

Castillo, Secretario General de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, y el señor Fidel Velázquez, secretario general de la Confederación de Trabajadores de México. Los tres me ofrecieron su colaboración y me manifestaron que esperaban obtener, sin demora, la de todos sus compañeros. Les sugerí algunos métodos de trabajo y les pedí que se mantuvieran en contacto directo conmigo.

Por la tarde, recibí a una comisión de diputados. Me señalaron la excepcional importancia que atribuían a la determinación del Ejecutivo y me dijeron que promoverían una acción general a fin de que se obtuviese, a la mayor brevedad posible, el apoyo de cada distrito y de cada Estado. Varios senadores hicieron declaraciones a la prensa en igual sentido.

Los días siguientes depositaron sobre mi mesa un aluvión de cartas y telegramas. Podía estar satisfecho de la acogida otorgada por el país a la iniciativa. Sin embargo, cuanto más grandes eran los ofrecimientos de ayuda que se me hacían, más presentía yo que tales ofrecimientos no tardarían en desgranarse y que –con el desgaste del tiempo– los elogios improductivos y las fórmulas de adhesión se convertirían en inútiles remembranzas, si no en polvo de falsos remordimientos.

Los directores de los periódicos –que habían empezado por sonreír– se dieron cuenta de que no procedía desdeñar la intención del gobierno en aquella obra. Cuanto les había parecido, al principio, promesa simbólica, por no decir demagógica, se hizo noticia –y noticia espléndida, de positiva realidad nacional. Según me dijo uno de mis colegas: habíamos puesto de moda a los iletrados... Y eso, precisamente, debía alarmarme. Porque los fervores platónicos no significan gran cosa cuando se trata de enseñar a leer y escribir a millones de analfabetos. Para un esfuerzo de tanta categoría, sirven muy poco los telegramas, los discursos y hasta los entusiasmos de las señoras, más decididas a distraerse en el “cine” o en la “canasta”, que a encerrarse –cartilla en mano, dos o tres horas, todos los días– para alfabetizar a su servidumbre.

Era indispensable encontrar algún método de trabajo que permitiese a muchos conciudadanos acatar la ley sin tener que cumplirla literalmente, delegando para ello en intermediarios –titulados o no– la tarea de la enseñanza directa y retribuyendo el servicio que les prestasen.

Sin esos intermediarios entre la voluntad de acatar la ley y la posibilidad práctica de cumplirla, la campaña no tendría el éxito deseable. Es cierto: miles de mexicanos trajeron sinceramente de enseñar a leer y escribir a sus compatriotas. Muchos lo hicieron, de buena fe. Sobre todo en provincia, según pude observarlo, después, en diversos viajes por la República. Pero las virtudes del maestro no se improvisan.

Convoqué a mis colaboradores más estimados. Les expresé mis dudas. Y, en aquellas pláticas, se reforzó una idea que habíamos considerado ya, al discutir las normas básicas de la ley, y que –sin alterar el espíritu de esas normas– permitió realizar la campaña más ampliamente. Instaurado en el documento que la secretaría expidió con el nombre de "Instructivo No. 11" (pues lo precedieron diez circulares sobre cuestiones de orden reglamentario), el procedimiento habría de conducir a la creación de los "centros de enseñanza colectiva" que, con el tiempo, surgieron por millares en el país.

La argumentación, incluida en el "instructivo", era la siguiente: la ley ordenaba la alfabetización, mediante el esfuerzo personal y la enseñanza de individuo a individuo; pero no prohibía en manera alguna que, con objeto de apresurar y de mejorar el aprendizaje, las personas obligadas a instruir a los iletrados se reuniesen, y reuniesen a sus discípulos en centros de enseñanza colectiva. Por consiguiente –y, en cada caso, con permiso de la secretaría– quienes así lo desearan, podrían concertarse y constituir centros donde uno o más profesores enseñasen a grupos de analfabetos.

Los efectos se advirtieron rápidamente. En menos de dos años, miles de centros quedaron establecidos. Se inscribieron con ellos decenas de millares de analfabetos. Y más de setecientos mil serían aprobados antes de que celebrase el país el segundo aniversario de la campaña.

Podría decírseme: "Si ésta había de requerir la organización de esos centros de enseñanza, ¿por qué no los previó alguno de los párrafos de la ley?" Y podría yo contestar, con igual franqueza: la necesidad nos impuso el procedimiento... Además, no estoy seguro de que hubiese sido mejor autorizar la creación de los centros sin haber afirmado, primero, el deber personal de enseñar, base ética de la ley.

El tener que cumplir, en lo individual, obligación de tamaña categoría fue lo que indujo a millares de mexicanos a participar en la instalación y el sostenimiento de los centros propuestos por la secretaría, como directora de la campaña. Los recursos no son fecundos sino cuando los principios los justifican. Ahora bien, la ley del 21 de agosto asentaba un principio claro e inobjetable. Tras de haberlo aceptado, la opinión pública no podía sino congratularse de que las autoridades imaginaran un procedimiento accesible y justo, para cumplir el deber que el principio jurídico establecía.¹

¹ *Yo mismo, apremiado por tantas otras ocupaciones, tuve que solicitar el concurso de una maestra, quien –mediante una retribución personal, que estimé por todos conceptos muy merecida– se encargó de atender, en mi nombre, a un grupo de más de treinta iletrados.*

Por otra parte, las organizaciones populares, los sindicatos, las agrupaciones cívicas y las empresas industriales que, durante las primeras semanas de la campaña, encontraron tan cómodo prometerlos su colaboración (una colaboración que, dado el carácter de la enseñanza, de persona a persona, sería siempre difícil de comprobar en términos colectivos), se vieron ante la urgencia de concretar sus ofrecimientos. En lo sucesivo, no mediría el gobierno la ayuda de esas organizaciones y esas empresas por los aplausos que le otorgaran, los mensajes que le dirigiesen o los discursos que sus representantes y líderes pronunciasen. La mediría por algo más efectivo: el número y la calidad de los centros que establecieran.

Se acabó la oratoria. Y, desde entonces, hasta febrero de 1945, se efectuó el trabajo de preparación y organización.

Me di cuenta del cambio inmediatamente. Los capitanes de la política y de la industria dejaron de llevarme adhesiones ilimitadas. Las antecillas de mi oficina se poblaron con visitantes menos ilustres. Eran modestos presidentes municipales, que no sabían cómo encauzar las gestiones de sus administrados, deseosos de instalar en las aulas públicas centros donde maestros profesionales —fuera del tiempo lectivo— atendiesen a tantos analfabetos cuantos pudieran corresponderles. Eran médicos de provincia, que habían resuelto transformar, por las noches, en salones de clase sus consultorios, y que trataban de conocer cuál sería el mejor sistema para reclutar a los iletrados. Eran obreros y agricultores, muchos de ellos analfabetos, que habían oído hablar de la "campaña de la ignorancia" (así la llamó, en cierta ocasión, el portavoz de un grupo de campesinos) y que insistían en indagar cómo exigir a sus jefes el establecimiento de un centro, cerca del sitio en que trabajaban.

Eran también mujeres, de distintas clases sociales, inmunes al virus del cinematógrafo vespertino; madres y esposas que se habían reunido para sostener un centro en la casa de la menos mal instalada de sus amigas. Acudían a verme con el propósito de que las recomendase a un buen profesor... Y eran, sobre todo, maestros; muchos maestros: maestros y maestras viejos y enfermos, algunos ya desterrados del paraíso de sus escuelas. Proponían sus servicios a cualquier precio, pues veían en la campaña, más que la posibilidad de un humilde ingreso, la ocasión de ejercer nuevamente un oficio hermoso. Un oficio del que la vejez y la enfermedad los habían privado, pero que no dejarían de amar sino con la vida.

¡Cuánto había cambiado el ambiente a mi alrededor! Con cada comisión de solicitantes, un soplo de realidad penetraba por la puerta de mi despacho. Sentía como si México entero estuviera pasando por esa puerta. Y el más oscuro de aquellos seres tenía, a mis ojos, la dignidad de un delegado sin credenciales de la sagrada y terrible miseria humana.

Para ellos, para sus compañeras, para sus hijos, íbamos a editar, por millones, una cartilla. ¿Qué mensaje podríamos transmitirles en esas páginas, dedicadas principalmente a ejercicios sencillos, de identificación de letras, formación de sílabas, integración de palabras cortas en frases breves e inteligibles? Pensé en los misioneros de los primeros tiempos de la Colonia. Y los envidié. Como complemento de los abecedarios que utilizaban, ellos tenían los Evangelios. Para ellos, Dios estaba presente en la más sórdida de las chozas donde enseñaban a los indígenas, al mismo tiempo que la lengua española, la piedad y la fe de Cristo...

Tampoco nosotros estábamos despojados de símbolos y de augurios. La bondad, el valor, la voluntad de progreso, la confianza en la libertad, el amor a la patria y la solidaridad con todo el género humano son fuerzas laicas, insobornables. A menudo, esas fuerzas resultan difíciles de explicar, porque exigen no sólo la adhesión del carácter sino la persuasión de la inteligencia. Sin embargo, con la savia de aquellas fuerzas tendríamos que nutrir el mensaje moral de nuestra cartilla. ¿Cómo hacerlo entender a sus redactores?

Realizamos varios intentos, todos estériles. Se me presentaban textos bien meditados, pedagógicamente correctos, pero fríos, inertes, y demasiado sumisos a una sola técnica de enseñanza: o la tradición, o —al contrario— la modernidad "globalizadora". Por la calidad de la empresa, y por la impreparación general de los instructores, métodos tan modernos (discutidos, todavía entonces, por no pocos especialistas) infundirían desconciertos en los voluntarios de la campaña. Urgía una cartilla de tipo ecléctico, que sirviese tanto a los profesores recién salidos de alguna Escuela Normal cuanto a los espontáneos de la enseñanza, inhábiles y bisoños, pero deseosos de cumplir el deber que la ley de emergencia les prescribía. Por otra parte, convenía que algunas lecciones de la cartilla —las que figuraran en sus últimos pliegos— iniciaran un diálogo cívico: el que estimábamos necesario para robustecer la unión de los mexicanos.

Seguí buscando, entre los maestros. Y di, por fin, con una mujer que advirtió claramente mis intenciones. Inscribo su nombre aquí, no sin gratitud. Es el de la profesora Dolores Uribe. Ella, y la profesora Carmen Cosgaya Rivas, tomaron a su cargo la preparación de la cartilla. La señorita Cosgaya se encontraba recluida por causa del grave mal que puso término a su existencia. Sin embargo, no redujo ni un solo instante su colaboración. Buen patrocinio para nuestras actividades fue el de su ejemplo. Por su parte, la profesora Uribe iba a verme frecuentemente, me enseñaba las lecciones que juzgaba satisfactorias y, sin ninguna pedantería, me interrogaba —a mí, tan poco diestro en pedagógicos artificios— acerca de algunos puntos que despertaban en su conciencia, o en la de la señorita Cosgaya, múltiples dudas.

Más aún que su propia obra, le costó trabajo aceptar las lecciones que redacté y que, desde el punto de vista docente, resultaban un tanto heréticas –o, cuando menos, poco ortodoxas. A la postre, las admitió. Y no por resignación de subordinada, sino porque había entendido ya que mi esperanza no era la de que semejantes lecciones sirvieran para alfabetizar propiamente a los iletrados, sino –a lo sumo– para guiar sus primeros pasos por el camino de la lectura.

He revisado, hace poco tiempo, el texto de la cartilla. No debió ser tan malo y tan deficiente como lo afirmaron sus detractores puesto que –veintiún años después– la secretaría de Educación Pública decidió reeditarla, en gran tirada, a fin de remozar el interés nacional por la alfabetización de los iletrados. La fidelidad de la reproducción resultó, incluso, conmovedora. En una de las lecciones de la publicación distribuida en 1965, figuraba todavía esta frase, oportuna tal vez en 1944: "Estamos en guerra"... Se aludía, como es lógico suponerlo, a la guerra en que se vio envuelto nuestro país por la voluntad de dominio del eje nazifascista.

Como esa frase, muchas otras se han marchitado en las hojas de la vieja cartilla. No obstante, algunas conservan vigencia. Y, cuando algún crítico piadoso (los hay, a veces) quiera reunir mis obras dispersas, quizá inserte, junto a algunos de mis poemas, aquellas inocentes composiciones que –por no haberme sometido a las reglas didácticas habituales– tanto inquietaron a la profesora Dolores Uribe y suscitaron tantas sonrisas en los labios de otros maestros.

Un síntoma me apenaba: la pasividad de la juventud. Ciertamente, los muchachos menores de 18 años no estaban obligados a enseñar por determinación de la ley. Pero ¿no sentirían –por lo que tiene la adolescencia de generosidad espontánea y franca– el deseo de contribuir a la redención de sus compatriotas? De los 15 a los 18 años, el alma se encuentra abierta, como en ninguna otra época de la vida, a todas las nobles incitaciones. Para no hablar sino de la historia de nuestro pueblo, menos de 15 años tenía Vicente Suárez en 1847. Y figura en la promoción de los Niños Héroes. ¿No existían, en la República, en 1944, Vicentes Suárez sin uniforme, dispuestos –si no a morir– a vivir para el bien de México?

Desde el lunes de la primera semana que siguió a la publicación de la ley –es decir, desde el 28 de agosto– había reunido en mi despacho a todos los directores de educación federal en los Estados y Territorios y a los inspectores generales de la secretaría. El objeto de la junta era el de coordinar nuestros esfuerzos. Recuerdo que dos de los temas que expuse a los asistentes fueron: la acción de los jóvenes en la campaña y la alfabetización de los indígenas monolingües.

Por lo que atañe a los muchachos, sugerí la conveniencia de formar brigadas juveniles y de prepararlas para la difusión de la ley así como para la comprobación

de los censos dentro de cada comunidad. Mis colaboradores me oyeron atentamente. Y, por supuesto, no se atrevieron a extinguir mi entusiasmo con la ironía de su experiencia. Pero, en hombres tan habituados a no contrariar verbalmente a sus superiores, aquel silencio tenía la trascendencia de una objeción. ¿Para qué servían, entonces, las cátedras de civismo? ¿No dedicaban nuestros programas de estudio muchas horas de clase a la educación cívica? ¿Con qué llenaban los profesores aquellas horas?

Habíamos iniciado, dentro de la Comisión Revisora de Planes, Programas y Textos, el examen de los programas oficiales de educación cívica. La consideración de lo sucedido en mis pláticas con los inspectores y directores me determinó a luchar por una enseñanza que no consistiera exclusivamente en la exposición oral de teorías jurídicas, económicas y sociales, más o menos bien presentadas por el maestro.

Dos cosas me parecían indispensables: integrar el civismo en la vida diaria del educando, y no sólo en su inteligencia, y conseguir que el alumno —sobre todo a la altura de la enseñanza de nivel medio— colaborase, en la medida en que lo permite la adolescencia, para el mejoramiento efectivo de la comunidad. Una calle sucia, un aula ruinosa, una aldea abundante en analfabetos, la vecindad de un conjunto de enfermos sin hospital ni asistencia médica, debían ofrecer al profesor de civismo otros tantos motivos para iniciar, desde la escuela, esa colaboración, y para obtener —aunque fuera en parte— la ayuda de sus discípulos.

Mientras las virtudes cívicas se proclamaran en términos abstractos (y no con ejemplos vivos) no tendrían la adolescencia y la juventud responsabilidad esencial en la indiferencia que me angustiaba. Según me dijo uno de los inspectores generales, al concluir la reunión del 28 de agosto, era triste movilizar a los niños de las primarias para que adornasen las calles —pletóricas y soleadas— por donde pasaban los gobernantes bajo lluvia de vítores y confeti, y no poder, en cambio, agrupar a los estudiantes para una acción social desinteresada, patriótica y constructiva.

Cuando llegue el momento de referirme a lo que hicimos —y a lo que no supimos hacer— en lo concerniente a los programas de educación cívica, reformados en 1945, hablaré de esto con amplitud. Por lo pronto, me limitaré a mencionar la sorpresa que me causó la reserva de mis colaboradores. Y sólo me anticiparé al orden cronológico de este libro para comentar el júbilo que sentí, muchos años más tarde, cuando el Instituto Nacional de la Juventud, bajo la dirección de los señores Arriaga Rivera y Arroyo Alva, organizó brigadas de muchachos y de muchachas para asear las escuelas públicas, limpiar sus patios, renovar los pizarrones, arreglar los jardines, reparar y pintar los muebles. Esa práctica, que espero no se interrumpa, es testimonio excelente de educación cívica.

Respecto a la castellanización de los indígenas monolingües, se manifestaban, en la propia secretaría, dos opiniones adversas. Los conservadores querían que se alfabetizara desde luego a los indios, en español. Invocaban, para ello, la circunstancia –indiscutible desde el punto de vista jurídico– de que ése es el idioma oficial de México. Los otros, menos tradicionalistas (o tradicionalistas, en el correcto sentido histórico), aspiraban a que se alfabetizara primero a los indios en su lengua materna, a fin de castellanizarlos después, sobre más firmes bases gramaticales.

Adiviné cuánta espesa tinta iban los "hispanistas" a derramar para oscurecer la contienda del silabario... Y, sabiendo lo que podía esperárseme, opté por la tesis de las cartillas especiales, que era, por otra parte, la que había anunciado desde el principio, de acuerdo con los términos de la ley. En efecto, se produjeron varios ataques (aunque menos graves de lo que llegué a imaginar), cuando establecí el Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas y nombré, para dirigirlo, a un hombre de talento y de verdadera capacidad: el profesor Alfredo Barrera Vázquez.

La elaboración de las cartillas especiales requirió tiempo. Difundimos –en calidad de ensayo– una publicación que, según pensábamos, podría servir a los tarahumaras. El Instituto preparó cuatro textos, que aparecieron en 1946: uno, al principio del año, para los mayas; otro, en abril, para los tarascos; el tercero, en junio, para los otomíes y el cuarto, en agosto para los que hablaban el náhuatl conforme a la tradición conservada en el norte del Estado de Puebla. Los textos no contenían lecciones análogas y simétricas. Algunas de las páginas cívicas de la cartilla nacional, figuraban en todos ellos. Pero los redactores habían considerado útil mencionar, de preferencia, realidades representativas de cada región lingüística: los árboles familiares, los animales domésticos, las frutas conocidas, los trajes, las costumbres y los paisajes típicos. Hasta en la pequeña galería de héroes –que figuraba en toda la colección– se asomaron, junto a los grandes constructores de la República (Miguel Hidalgo, José María Morelos, Benito Juárez, Francisco I. Madero y Venustiano Carranza), personajes particularmente famosos en las zonas donde los cuadernos iban a circular. En la cartilla para los mayas, Andrés Quintana Roo y Felipe Carrillo Puerto no podían estar ausentes. Su presencia fue señalada, tanto por el redactor pedagógico, profesor Escalante, como por la ilustradora, Angelina Beloff. En la cartilla tarasca, una lección evocaba la gloria de Tata Vasco. Y la silueta del general Ignacio Zaragoza tenía su sitio dentro del texto enviado a Puebla.

Es probable que el resultado de aquel esfuerzo no haya sido tan importante como entonces lo supusimos. Es posible que la redacción de las cartillas no fuera tan acertada como lo habíamos esperado. Y es seguro que, así como la cartilla nacional ganó eficacia merced a la creación de los centros de enseñanza colectiva, así

también las cartillas aprobadas por el Instituto habrían sido más provechosas si hubiésemos podido contar a tiempo con un personal especializado para la castellanización de los indígenas monolingües.

Pero el intento, en sí, resultó valioso. La tesis afirmada por México no tardó en adquirir alcance internacional. Cuando fui electo Director General de la UNESCO, se me presentó la oportunidad de recordar a los gobiernos de ciertas potencias (que administraban antiguos protectorados y territorios bajo mandato) la conveniencia de alfabetizar a los iletrados, tomando en cuenta, primero, su lengua materna. Las Naciones Unidas me pidieron que la UNESCO patrocinara un estudio sobre ese asunto. Reuní en París, en 1951, a varios especialistas. Y tuve la satisfacción de advertir que sus conclusiones coincidían con el criterio que, siete años antes, adoptó México.²

El principio era bueno. Y sigue siéndolo hoy. Pero la falta de maestros capacitados para castellanizar a los indios frenó el impulso. El Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas hubo de interrumpir su labor, precisamente cuando el trabajo más necesario no había empezado: la formación de los instructores. La cuarta de sus cartillas fue impresa en agosto de 1946. Tres meses más tarde, cambió el gobierno —y, con él, el personal directivo de la Secretaría.

Según ocurre no sin frecuencia, los nuevos funcionarios tuvieron —o creyeron tener— ideas originales sobre su responsabilidad frente a la campaña. La continuaron, un poco por inercia y —más aún— por considerar que hubiera sido imposible ponerle término brusco sin que protestara la opinión pública. Todo cuanto podía recordarle un esfuerzo mío, producía no sé qué alergia en el licenciado Manuel Gual Vidal, mi amigo, mi compañero de escuela... y mi sucesor. Entre sus manos, sin duda expertas, algunas instituciones educativas (que, por recientes, exigían cuidado, celo y paciencia) languidecieron. Esto sucedió con el Instituto. Su personal, durante algún tiempo, continuó reuniendo elementos para otras cartillas. Sin embargo, a partir del establecimiento del Instituto Nacional Indigenista, en 1949, la secretaría de Educación se sintió relevada en parte del compromiso.

De 1959 a 1963, la Secretaría no olvidó el problema indígena. Me bastará recordar que el funcionamiento de las misiones mejoró considerablemente, merced a los auxiliares audiovisuales, los pequeños talleres y las bibliotecas con que las

² Los especialistas consultados por la UNESCO manifestaron que ninguna lengua franca puede reemplazar adecuadamente a la lengua materna, y declararon que "el uso del idioma vernáculo constituye un puente hacia el logro de la unidad nacional, de manera más rápida que cuando se pretende enseñar directamente la lengua nacional a una comunidad indígena analfabeta."

dotamos, al motorizarlas para aumentar su radio efectivo de acción. Ampliamos y reconstruimos varios internados indígenas y, por lo que atañe a la educación primaria el Plan de Once Años nos permitió intensificarla en forma muy significativa. En 1958, 6 561 maestros, en 3 345 escuelas, atendieron a 302 000 escolares residentes en 403 municipios, con población indígena superior al 20% del total de los habitantes. Y, en noviembre de 1963, 12 817 maestros –en 5 276 escuelas– atendían a 636 660 niños, dentro de 1 062 municipios de la misma proporción étnica. El aumento en el número de alumnos fue, en cinco años, de más del doble.

Pero aquello me parecía todavía poco. Por eso, en noviembre de 1963, reuní al Consejo Nacional Técnico e insté a sus miembros a coordinar las diversas labores gubernamentales en pro de la educación de nuestros indígenas. Nuevas cartillas fueron escritas y publicadas: la mexica, la maya, la mixteca y la otomí. Y, lo juzgo más importante, nuevos promotores –para la castellanización– empezaron a ser nombrados.

El profesor Aguilera Dorantes, que desempeñaba entonces el cargo de oficial mayor, me sugirió una idea práctica y válida: la de integrar un cuerpo de promotores con los muchachos y las muchachas salidos de los internados indígenas del país.

Cada año, egresaban de esos planteles centenares de jóvenes a quienes amenazaba alguno de estos peligros: regresar a su comunidad rural, y perderse en ella, o descastarse, yendo a la ciudad más cercana para postular un empleo, de sirviente o de limpiabotas. Varios luchaban por seguir estudiando y trataban de inscribirse, como internos, en alguna Escuela Normal Rural. Pero la competencia para ingresar en tales planteles ha sido siempre muy ardua, no tanto por el rigor de los reglamentos, cuanto por el procedimiento de cooptación que los alumnos –con claras finalidades políticas– han sabido organizar ingeniosamente, a veces a hurto de sus maestros y a veces con su consenso.

Muchos profesores indígenas han demostrado aptitudes pedagógicas singulares. ¿Por qué, entonces, no ofrecer a esos jóvenes sin carrera, una carrera posible, cómoda para ellos y útil para el país? Podríamos nombrarlos, tras de una prueba inicial, promotores para la castellanización de sus hermanos de sangre y lengua. Y, poco a poco, sin arrancarlos de su terruño, podríamos ir mejorando su sueldo, de acuerdo con la experiencia de sus estudios, ya que –en su condición de promotores– tendrían derecho a seguir los cursos por correspondencia del Instituto de Capacitación del Magisterio.

La proposición del maestro Aguilera representaba indudable ventaja para los alumnos de los internados indígenas; pero implicaba, al mismo tiempo, beneficio evi-

dente para el país. Seiscientos promotores fueron designados entre diciembre de 1963 y junio de 1964. Y me felicito de haberlo hecho. En efecto, uno de los más grandes obstáculos para la castellanización de los núcleos indígenas monolingües ha sido siempre el de no contar con un número suficiente de instructores capaces de vivir en estrecha amistad con los educandos. Si no tiene vocación, energía y ternura de misionero, el más sabio lingüista abandonará el servicio que se le asigne, por crecido que sea el salario que se le otorgue. (Y ya sabemos lo modestos que son los sueldos del magisterio rural.)

Por otra parte, los indígenas suelen ver con recelo, cuando no con hostilidad, al profesor que, acaso, entiende bien su lenguaje, pero no su sensibilidad y sus tradiciones, sus costumbres, sus júbilos y sus penas. El muchacho que pasó algunos años de estudio en un internado indígena podrá haber perdido parte de su emoción familiar ante sus iguales, pero está todavía en condiciones de reintegrarse a ellos y a su existencia. Al regresar a su ranchería natal, todo le trae un recuerdo de lo que fue: hay todavía rostros de viejos, que tenían antes menos arrugas, pero en cuyos labios la sonrisa no ha renunciado a la miel de ayer, y cuyos ojos perdonan, en el joven de ahora, las travesuras del evasivo rapaz de antaño.

La readaptación al lugar de origen suele ser lenta. Y, en ocasiones, difícil. Pero siempre será menos lenta y menos difícil que la adaptación del advenedizo, acostumbrado a pisar asfalto, a divertirse en el "cine" próximo y a charlar de fútbol, de toros o de mujeres, junto a una copa de tequila o una taza de café. No se es misionero laico sin virtudes de voluntad, de talento y de corazón. A falta de misioneros de esa categoría, juzgamos que los promotores indígenas —escogidos al salir de los internados— podrían facilitar al gobierno la solución de un problema que, desde los puntos de vista moral, político y cultural, tiene importancia enorme: la unificación de la base de nuestro pueblo.

En 1944, las investigaciones hechas delataban la existencia de más de un millón y cuarto de indígenas monolingües. En 1960, de acuerdo con los datos allegados por la Dirección General de Estadística, no había disminuido mucho el número de los mexicanos incapaces de expresarse en español. Si —dado el gran crecimiento de la población en el país— la proporción resultaba menos alarmante, el total era casi el mismo. Asociar a esos mexicanos a todos sus compatriotas será, sin duda, la tarea más importante de la campaña de alfabetización en sus nuevas etapas. Ojalá acierten los encargados de completar el esfuerzo iniciado durante la administración del Presidente Ávila Camacho. Porque, a donde vayamos, nuestros indios irán con nosotros.

EN EL CASTILLO DE HAMLET. LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS.*

A mediados de julio, me trasladé a Ginebra. Iba a presentar a otro Consejo (el Económico y Social de la ONU) el informe de lo hecho por la UNESCO, de 1948 a 1949. Allí sí estaba presente la URSS. Y, aunque su delegado se mostró desdénoso y frío, el ECOSOC –por 13 votos favorables– aprobó una resolución en la cual expresaba satisfacción por el informe y rogaba a la UNESCO que continuara concediendo atención especial a los países devastados por la guerra y a los insuficientemente desarrollados.

Algo nuevo empezaba ya a hacerse. El 16 de junio, había yo presenciado el interés de muchos maestros deseosos de coordinar y perfeccionar los procedimientos utilizados en la educación de los adultos. Aludo a la Conferencia que se efectuó en Dinamarca, bajo el patrocinio de la UNESCO y del gobierno danés. El sitio elegido no podía ser más simbólico. Fue el castillo de Kronborg, en Elsinore. No es, sin duda, el que Shakespeare imaginó. Nada medieval ni sombrío tienen sus muros y sus salones. El sol de junio no permitía evocar a ningún espectro. Sin embargo, el nombre del castillo estaba asociado, en nuestro espíritu, al recuerdo de Hamlet, príncipe de las dudas. Y, como Hamlet, el mundo vivía interrogándose a cada momento: "¿Ser o no ser?"...

Ante los maestros reunidos en Kronborg, esas palabras cobraban un contundente significado. Sí, todos querían ser. Pero, según les manifesté, ser no es nada en sí mismo, porque nadie es –en ningún instante– sino lo que está pretendiendo ser. Desde que nacemos, somos sólo proyecto, proyecto vivo, y la existencia se nos ofrece como un programa por realizar. El niño es un proyecto de adolescente. El adolescente un proyecto de adulto. Y el adulto, en verdad, ¿qué es? ¿De qué obras somos nosotros, todos nosotros, sólo el proyecto?

En la enseñanza de los adultos, nada puede ceñirse a los habituales métodos escolares, pues el mayor obstáculo para impartirla obedece a la soledad en que vive, frecuentemente, el adulto que necesita ser reeducado.

* El desierto internacional. Memorias, 2^a ed., Ed. Porrúa, México, 1981, pp. 26-28.

Pocas veces esa soledad ha sido tan dura como en el mundo de nuestros días. El niño se mueve dentro de su generación, como en una atmósfera protectora. El adolescente se descubre a sí mismo en cada aventura de su sensibilidad o su inteligencia. Pero el adulto corre el peligro de no poder refugiarse en ninguna parte. Expulsado de su generación por los egoísmos en pugna que padece cada persona, y expulsado de su conciencia por el temor de verse al espejo tal como es, sin ilusiones y sin perdón, no tiene más que un dilema: ser él mismo, aislándose del conjunto, o abdicar de sí mismo en la voluntad anónima de la masa. Lo primero acontece, a menudo, en las democracias capitalistas. Y lo segundo es el precio que cobran las dictaduras para que el individuo tenga zapatos, vista uniformes y aplauda al régimen. Entre aquel aislamiento y esta renunciación, el adulto debería normarse por un concepto que ha de ser el remate de toda estructura pedagógica bien concebida: la fraternidad del destino humano.

Tuve la fortuna de que coincidiese conmigo, en Kronborg y en Copenhague, un notable ministro de Instrucción Pública, el doctor Frish, miembro eminente del gobierno de Dinamarca. Gracias a él, se reunió la Comisión Nacional danesa. Expliqué, en esa reunión, las decisiones que había aprobado el Consejo Ejecutivo para concentrar el programa de la UNESCO. Asistía a la junta, como invitado, el profesor Sommerfelt, de Noruega, y se hallaban presentes algunos intelectuales suecos. Los países escandinavos forman un triángulo indisoluble. Suecia, que no era aún miembro de la Organización, ingresaría en ella meses más tarde, aumentando así nuestro elenco europeo. Suiza había sido recibida el 28 de enero, y Mónaco lo sería el 6 de julio.

La educación de los adultos subrayaba la conveniencia de intentar una campaña internacional contra el analfabetismo. Congregados, a moción de la UNESCO y con el apoyo de la OEA, educadores de varios países latinoamericanos organizaron un seminario de estudios en Quitandinha. El doctor Nannetti se había puesto en contacto con el personal de la OEA. Y designé a Jean Piaget, director de la Oficina Internacional de Educación, para orientar los trabajos del seminario. Ambos me recomendaron que enviase un mensaje a los profesores reunidos en Quitandinha.

Evoqué el ambiente de aquel lugar, donde había vivido horas tan agitadas –en 1947– cuando participé en la redacción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Y evoqué, al mismo tiempo, los esfuerzos que tuve que hacer, en mi país, de 1944 a 1946, durante la Campaña Nacional contra el Analfabetismo.

Nadie es bastante rico, ni los más ricos –pensaba yo–, para comprarse un progreso auténtico. Así lo apunté en mi mensaje a los maestros latinoamericanos. Como los hombres, los pueblos han de escoger entre dos caminos: o copiar las fórmulas

de un desarrollo económico artificial, y —por artificial— transitorio y vano; o desarrollarse esforzadamente, tomando cada problema desde su origen. Esto demanda humildad, constancia y —en todos los planos imaginables— educación. Lo inmediato, lo más urgente, sería enseñar a leer, a escribir y a vivir a los iletrados.

Años antes, me había impresionado cierta visita que hice en no recuerdo qué provincia de México, a un centro popular de alfabetización. Bajo un techo de paja, una improvisada maestra enseñaba a un grupo de campesinos. Una tela negra y mal encerada les servía de pizarrón. Tras de haber hecho leer varios trozos a las discípulas, expresé el deseo de que una, la menos joven, escribiera dos o tres frases, que elegí de la cartilla empleada por la instructora. Sin vacilaciones, la alumna trazó las frases que le dicté. Me sorprendió aquel mecánico automatismo. Y le rogué que escribiese su nombre. Aquella, para su mano y para su espíritu, era una prueba nueva. Tomó el gis con recelo y, letra por letra, comenzó a dibujar su nombre en el pizarrón. Cuando hubo terminado, lo leyó varias veces en voz muy baja. Y, de pronto, ante la sorpresa de todos, se echó a llorar. Aquellas lágrimas no delataban la menor amargura. Al contrario. Revelaban, en quien las había vertido, un hallazgo conmovedor: el de encontrarse a sí misma súbitamente, tras de años que equivalían, por la ignorancia, a una ausencia del propio ser... En esas líneas, de caracteres toscos y primitivos, se veía ella más limpiamente que en un espejo, con su pobre pasado a cuestas, humilde y dócil —pero, también, con un porvenir, que era ya promesa—.

Incluí la anécdota en mi mensaje a los profesores de Quitandinha. Y, antes de enviar el texto a los traductores (porque todo documento, en la UNESCO, tenía que traducirse al francés y al inglés), me quedé solo frente al recuerdo de muchos detalles de mi pasado. ¿Qué hacía yo en ese despacho, frente a tantos asuntos pendientes y tantos problemas sin solución? Pocos minutos más tarde, se abriría otra vez la puerta. Y entraría algún empleado, con otro cúmulo de papeles...

GESTIONES PARA CREAR UN CENTRO DE EDUCACIÓN FUNDAMENTAL EN PÁTZCUARO*

He hablado de otra posibilidad deparada a la UNESCO en 1949: la de crear un centro de formación de especialistas y preparación de material de enseñanza para una campaña de educación en la América Latina.

Durante su sesión de noviembre, el Consejo Ejecutivo escuchó al delegado de México, quien propuso a nuestro país como sede del centro. Y, el 23 de diciembre, escribí al presidente Alemán, explicándole las gestiones que habíamos iniciado ya con su Secretario de Educación Pública. Le anuncié que, dentro de la primera quincena de enero de 1950, irían a México dos funcionarios de la UNESCO: los señores Bowers, jefe de educación fundamental, y Manuel Jiménez, de la sección de conferencias. Habían recibido instrucciones de obtener, como participación de México, un local apropiado para instalar el centro, con tierras aprovechables, habitaciones amuebladas en las que pudiesen residir los maestros-alumnos, aulas, equipo y servicios.

La Secretaría de Educación Pública pensó, al principio, en adquirir –o alquilar– un inmueble costoso y en sitio poco adecuado. Afortunadamente, el general Lázaro Cárdenas resolvió la cuestión, pues –de la manera más generosa– ofreció su finca La Eréndira.

Estaba yo pendiente de esos asuntos, cuando recibí una carta de Gabriela Mistral. No me resisto al placer de incluir aquí algunos fragmentos de aquella epístola. Se refería Gabriela a la experiencia que había vivido, durante seis meses, en un "pueblocito allegado a la hacienda El Lencero", del Estado de Veracruz. Y me decía lo siguiente:

Perfecta paz. Una maestra demasiado blanca para un poblado indio. Buena mujer, pero sintiéndose infeliz a causa de su clientela, sin sacar agrado alguno de su gente. Una escuela nocturna alumbrada con dos candelas de sebo... Niñas desnudas a medias. Ella es paciente, es mamá, pero toma el cargo como una penitencia. Hay un comisionado –no sé el nombre del cargo– que vela por la paz del pueblo. Blanco puro, como la maestra. Él, jovial, y

* El desierto internacional, Memorias, 2a ed., Ed. Porrúa, México, 1981, p. 54.

enriqueciéndose con negocios de tierras. Ella muy pobre, mucho, y muy abandonada por los inspectores.

Lo del color, amigo mío —añadía—, es cosa seria en todo el campo que vi y que veo. La repugnancia del indio hacia el blanco, y no digamos el "rubio", es grande y viva. Yo he tenido, a pesar de mi color bastante mediatizado, algunos menudos percances. No con la aldea; con [...] Veracruz. (La ropa americana, tal vez, y la talla.) Varios niños casi desnudos. Una miseria sin vicio. Poco deben. Tampoco alborotan. Cada tarde, a las seis, están juntos, en verdadera congregación vespertina, hablando, hablando de su día. Nunca la profesora allí con ellos. Yo los he querido de un amor sin frases. Han sido mi golpe de emoción más fuerte y la flor de lo que me llevaré conmigo. No son una plebe, no son eso ni un solo momento. Son la vieja gente medieval[...]

Y concluía la gran poetisa chilena con esta posdata:

¿Cómo se podría alcanzar esto, T. B.: guarda esa comuna (digo aquí "municipio"), ese estilo de vida fraternal, añadiendo, sin embargo, lo que falta? Y lo que falta es poco, aunque parezca mucho. Falta atención médica para que no degeneren, faltan dispensarios, falta buen agua de beber, falta el que les paguen el salario mínimo legal, falta el que tengan maestros que convivan con ellos, falta crearles o mantenerles sus fiestas de antes. Ay, y que pasen del maíz a la lenteja y a la soya japonesa...

¡Optimista Gabriela! Todo eso, que le parecía poco, era en efecto mucho. El número de las aldeas, como la que ella me describía, no era pequeño en nuestra República y en muchas naciones de América. En condiciones todavía más dolorosas se hallaban enormes zonas asiáticas y africanas. No sería nunca bastante el esfuerzo hecho para alfabetizar a los iletrados. Tan importante como enseñarles a leer era, sin duda, enseñarles el arte de no vivir como víctimas de la vida. De ahí el sentido que traté de infundir a mis colaboradores en todo lo concerniente a lo que llamaba la UNESCO "educación fundamental". Deberíamos no limitarnos a la enseñanza de la lectura y de la escritura. Lo que habíamos intentado en México, durante los años de 1945 y 1946, era sólo mínima parte de lo que convendría realizar en lo porvenir. Para empresa tan magna, no sería suficiente el maestro. Urgía que el centro que pretendíamos instalar en Pátzcuaro contase con la ayuda de la Organización Mundial de la Salud y de la Organización para la Alimentación y la Agricultura. Lograríamos obtenerla. Pero manifiesto que —recordando a Gabriela Mistral— me inquietaba pensar en qué clase de técnicos designarían tales instituciones para "ilustrar" a los maestros latinoamericanos en el desempeño de sus tareas. ¿Serían sencillos, serían modestos, serían humanos? ¿Dedicarían a la enseñanza algo más que su inteligencia, su corazón?

A fin de atenuar el riesgo de que esos técnicos extranjeros resultasen inútiles por teóricos y destructores por arrogantes, estimé indispensable que el director del

centro fuese un maestro y un mexicano. Mi candidato para ese cargo, desde un principio, fue el profesor Lucas Ortiz. Lo había visto trabajar, con perseverancia y con humildad, en la Secretaría de Educación Pública. Podía recomendarlo muy ampliamente. Sin embargo, no fue fácil obtener del Consejo Ejecutivo aprobara su nombramiento. La ONU tenía por costumbre no designar como directores de sus centros y sus agencias a nacionales del país en que los fundaba. Pero el Consejo acabó por ceder ante mi insistencia. Me felicitó de esa insistencia, pues en gran parte el éxito del CREFAL se debió a la designación de Lucas Ortiz.

...

VIAJE A MÉXICO. VISITA A PÁTZCUARO. INAUGURACIÓN DEL CREFAL*

Al regresar a París, tuve que arreglar mis maletas para otro viaje. Esa vez, me esperaba México.

Durante más de dos años había estado ausente de mi país. Sentía nostalgia de su cielo, de sus montañas, y del calor de su pueblo estoico, entre cuyas mujeres y cuyos hombres había vivido las horas más hondas de mi existencia. La patria no es solamente una herencia y una costumbre. Es un consejo, una lección insustituible, un ámbito necesario y un permanente deber.

Ciertamente, los periódicos y las cartas que recibía de México me tenían en contacto con lo esencial de su desarrollo. Me llegaban noticias del ritmo que había sabido comunicar al gobierno el licenciado Alemán. La tumba de mis padres no carecía de flores en las fechas en que la hubiese yo visitado. Mi tía me enteraba, de cuando en cuando, del estado de su salud. Amigos como Marte Gómez y Manuel Tello me recordaban. José Gorostiza y Alfonso Caso conversaron largamente conmigo, en Italia, durante la reunión de Florencia. Pocos meses después, me entristeció la muerte de Villaurrutia. Veía, en la UNESCO, a Antonio Castro Leal. Me invitaba el embajador Fernández Manero a algunas de sus comidas. Iba a saludarme a menudo Jorge González Durán. Leía cuanto publicaban entonces José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Carlos Pellicer y Ermilo Abreu Gómez. Y había tenido ocasión de recibir, en París, a múltiples compatriotas.

Pero me hacían falta el azul de nuestras mañanas, la nieve de los volcanes erguidos sobre ese azul, el despertar de las rosas y de los pájaros en nuestro pequeño jardín de Güemes, las eses con que prolongan ciertas voces amigas el adiós mexicano, que deja siempre —en quienes lo escuchan— el remordimiento de irse tan pronto. Y, sobre todo, me hacía falta la convicción de estar trabajando con mi pueblo y para mi pueblo, sin acudir a ningún intérprete, ni buscar en otros idiomas la expresión válida y efectiva.

* El desierto internacional. Memorias, 2a ed., ed. Porrúa, México, 1981, pp. 112-120.

Cuando formé parte del servicio exterior de México, me confortaba pensar que estaba cumpliendo un mandato suyo. Si la nostalgia surgía, tardaba poco en vencerla ese pensamiento. Pero, en la UNESCO, no podía en verdad sentirme mandatario de mi país. Además, me estaba acercando ya a esa latitud de la vida en la cual principian a verse lejos las costas de la esperanza. En 1952, cumpliría 50 años. Y no sabía lo que el destino me reservaba, traspuesto el límite de esa edad.

Llegué a México el jueves 3 de mayo, por la mañana. Mi mujer —que había salido de Francia, semanas antes que yo— me estaba aguardando en el aeropuerto. La acompañaban Rogerio de la Selva, con la representación del Presidente de la República, Manuel Tello y algunos embajadores latinoamericanos, entre los cuales no olvido al del Uruguay y al de Venezuela.

Me alegró pisar nuevamente tierra de mi patria, acariciar —en lo que iluminaba el sol dichoso del altiplano— la verdad de las cosas reconocidas, y sentir —por lo acelerado del pulso— ese asomo de taquicardia en cuya prisa advertimos la elevación de México, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

Todo se hallaba en orden. El licenciado Alemán iría a Puebla para celebrar la victoria del 5 de mayo; pero podría yo verlo antes de que hiciésemos juntos el viaje a Pátzcuaro, donde inauguraríamos, el miércoles 9, el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina. Tello me invitó a una recepción. De la Selva me habló del Congreso de Academias de la Lengua Española. Se había previsto que yo asistiese a la ceremonia de clausura el domingo 6. Entre los de otros maestros, vi el semblante jovial de Lucas Ortiz. Él tenía, asimismo, excelentes noticias que transmitirme. La Eréndira había sido acondicionada. Más de 30 educadores latinoamericanos se encontraban ya en México. Serían los primeros inscritos en el CREFAL.

Repartí abrazos. Y tomé, junto con mi esposa, el automóvil que debería llevarnos hasta el hotel. Había escogido ella el Del Prado, que no conocía yo. Desde las ventanas de nuestro apartamento, se veía un gran trozo de la Alameda. Evoqué los domingos remotos, cuando me llevaba mi madre a pasear entre sus árboles y sus fuentes. Llamé por teléfono a don Manuel Ávila Camacho. No se encontraba en México. Había ido a descansar en su rancho de Martínez de la Torre. Probablemente no volvería a la capital sino al fin del mes. Pensé en Bernardo Ortiz de Montellano. ¡Cuánto gusto hubiera tenido en charlar con él!... Por desgracia, no podría sino inclinarme frente a su tumba. Con la muerte de Bernardo, en abril de 1949, había desaparecido una época de mi vida: la que llaman ciertos ingenuos su juventud.

Invitado por Carlos Lazo, fui a visitar –en compañía de Ernesto Enríquez– las obras de la Ciudad Universitaria, ya muy adelantadas. Subí escaleras, admiré perspectivas, traspuse andamios... Y me asombraron la amplitud de la concepción y la rapidez de las construcciones. Felicité a los arquitectos que nos guiaron durante el recorrido. México podría enorgullecerse de una realización de tan alto rango. Pero lo significativo, a la postre, no serían las torres, la biblioteca, los anfiteatros, las aulas y los laboratorios, sino el espíritu de las generaciones que acudieran a estudiar y perfeccionarse allí. ¿Se darían cuenta los miembros de tales generaciones del sacrificio hecho para atenderlos?

A la orilla de la carretera que escogió mi chofer para llevarme a la cita con Carlos Lazo, acababa de contemplar muchas pobres chozas, no muy distintas de las que tanto me apenaron en los aledaños patéticos de Bombay. Y los habitantes de aquellas chozas no eran seres, expulsados del Pakistán. Eran mexicanos, tan mexicanos como los arquitectos que me rodeaban, como el rector y como nosotros. Al comparar el lujo de nuestra casa mayor de estudios con la miseria de sus vecinos (hoy desplazados por propietarios de condominios y cómodas residencias), me pregunté: ¿entenderían los jóvenes universitarios hasta qué punto un privilegio como el que les otorgaba el país los comprometía a no vivir en el egoísmo y a servir a México entero, sin vanidades y sin jactancias?

*

Empezaban los pronósticos futuristas. ¿Quién reemplazaría –en diciembre de 1952– al Presidente de la República? Faltaba más de un año para las elecciones y "sonaban" ya algunos nombres de políticos conocidos. Aun no siendo político yo, también circulaba el mío en los corrillos de las redacciones de los periódicos o alrededor de las mesas de los cafés. Desde agosto de 1950, *Últimas Noticias* me había mencionado como aspirante a la presidencia. Se decía, en ese diario, que algunos amigos míos estaban redactando un escrito a fin de invitarme a aceptar mi postulación... Nunca anhelé, por cierto, cargo de responsabilidades tan angustiosas. Y no sólo porque estoy convencido de mis muchas insuficiencias, sino porque, constitucionalmente, me impediría alcanzarlo el hecho de no ser hijo de mexicanos por nacimiento. Mi padre vino al mundo en España y conservó, hasta su muerte, la nacionalidad que le dio su cuna. Mi madre, hija de franceses, había nacido en Lima.

En 1950, la información de *Últimas Noticias* me contrarió. Pero no creí conveniente aclarar las cosas desde París. Después de todo, se había acogido en aquella noticia sólo un rumor. Si, en México, algún periodista me preguntaba algo sobre el asunto, le manifestaba con franqueza lo que opinaba. No se presentó la oportunidad de hacerlo. Puede que haya sido mejor así, porque –en la UNESCO– hubie-

ran ciertas delegaciones tergiversando los términos de mi declaración y atribuido mis impaciencias de director general, siempre insatisfecho del programa y del presupuesto que autorizaban, a una ambición política desmedida que, en realidad, no sentí jamás.

El domingo fui al Palacio de Bellas Artes. Iba a clausurarse allí el Congreso de Academias de la Lengua Española. Presidió el acto el licenciado Alemán. Saludé, en los pasillos, a varios de mis antiguos colegas –los señores Ruiz Cortines, Tello y Bermúdez– así como a muchos escritores de México y de otros países del Continente. Me interesó el discurso pronunciado por Vasconcelos, aunque me alarmó que elogiase al idioma español, no porque lo usaran "millones de almas", sino "porque es lengua que fue imperial..."

Habló también José Rubén Romero. Y desfilaron por la tribuna todos los jefes de delegación de las academias representadas en el congreso. Su elocuencia no llegó a conmoverme. Soy hispanista, pero no en el sentido académico del vocablo. Quiero a España, pero no estimo que, en el estado del mundo actual, ciertas decisiones sobre un idioma –vivificado y robustecido por tantos pueblos– deban subordinarse, desde Madrid, a una institución centralizadora. A tal respecto, sumaba yo mi opinión a la que expresó Martín Luis Guzmán al proponer que se revisasen las bases mismas de nuestra cooperación. El proyecto que se aprobara debería servir de norma, no a las relaciones entre la academia española y cada academia "correspondiente", sino a las de todas.

El lunes me recibió el Consejo Nacional Consultivo del Gobierno de México ante la UNESCO. Ese era el largo nombre de la comisión mexicana con la que estábamos en contacto.

Fui a la Secretaría de Educación Pública. Más de cuatro años habían transcurrido desde el día en que hice entrega de ella al licenciado Manuel Gual Vidal. Reconocí los muebles de mi antiguo despacho, los tibores poblanos y la estatuilla de Palas, siempre en su sitio. Tuve que contener mi emoción. ¡Había vivido meses tan fecundos junto a esos muebles y ante esa mesa! Allí, en 1944, nació la campaña nacional contra el analfabetismo. Allí cobraron forma el programa federal de construcción de escuelas, el instituto de capacitación del magisterio, la biblioteca enciclopédica popular, la revisión de los planes de estudio, y los textos de tantas circulares que acabó por llevarse el viento, como se lleva el viento cuanto hemos sido –menos, acaso, nuestra conciencia de haber tratado de hacer el bien...

Gual Vidal me invitó a pasar al salón Bolívar. Se instalaron en el estrado, junto a nosotros, Manuel Tello, Luis Garrido, Antonio Castro Leal y José Romano Muñoz, quien desempeñaba entonces las funciones de secretario del Consejo. Estreché

las manos de muchos escritores y profesores, entre los cuales recuerdo a Alfonso Reyes, a Nabor Carrillo y a Samuel Ramos.

Con palabras amables, pero desprovistas de afecto, me presentó Gual Vidal. Presidentes de Comisiones Nacionales establecidas por gobiernos muy alejados del de mi patria, habían sido más amistosas. Agradecí los elogios de Gual Vidal, pero me hubiese halagado más la fraternidad de su comprensión.

En mi discurso, señalé las perspectivas del centro que inauguraríamos pronto en Pátzcuaro, e insistí en los peligros que implican, para toda civilización, la prisa y el maquinismo. Critqué la prisa, no la velocidad. Si la velocidad obtenida gracias a los descubrimientos de la ciencia representa un magnífico ahorro de tiempo –y también de esfuerzo– su más preciado valor debería consistir en brindar al género humano mayores márgenes de reposo y de reflexión. Por lo que atañe al maquinismo, manifesté que una buena máquina es un instrumento digno de gratitud, pero que, así como la velocidad constituye una ventaja y la prisa resulta un vicio, así también las máquinas son auxiliares inapreciables y el maquinismo puede considerarse como una de las calamidades del siglo XX.

No eran aquellas observaciones teóricas y fortuitas. Me había dado cuenta de que nuestro país parecía ávido de correr –sin haber, primero, aprendido a andar–. Por todas partes se acumulaban cifras, se prometían millones y se proclamaban espléndidas estadísticas. Estaban muy bien ese optimismo oficial y ese anhelo de triunfos prácticos y concretos. Pero, en una nación donde alienta el alma, convenía recordar incesantemente que el hombre no sólo vive de progresos bancarios y de éxitos industriales.

Por la tarde, me dirigí al antiguo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores: el que ocupaba, en la avenida Juárez, antes de que se construyese el moderno palacio donde ha instalado la administración mexicana a su canciller. En la sala de recepciones, me esperaba un centenar de invitados. Muchos de ellos eran antiguos compañeros de labor, como Rafael Fuentes, siempre impecable director del Ceremonial, o embajadores que no habían sido aún trasladados a otros países, o distinguidos miembros del gabinete. El que charló más largamente conmigo fue Ramón Beteta. Lo sentí preocupado y un poco triste. Se hablaba de él como de un candidato posible para sustituir al presidente Alemán. Contaba con partidarios muy entusiastas, pero tenía adversarios muy pertinaces. Quiso averiguar cómo veían los europeos la rivalidad entre Washington y Moscú. ¿Se temía, en Francia, una guerra próxima? Ignoro si mis palabras lo tranquilizaron o lo inquietaron, pues yo mismo me hallaba en la incertidumbre. El enemigo esencial de la UNESCO era entonces la guerra fría pero la otra –la ardiente– sería el desastre mayor de la humanidad.

Me presentaron al embajador de los Estados Unidos. Ya no desempeñaba ese cargo mi amigo Thurston, sino el señor O'Dwyer, a quien había conocido –en 1947– cuando era alcalde de Nueva York. Saludé a su esposa. Y conversamos acerca de algunos norteamericanos famosos que solían visitarme en París... ¡Qué lejos hubiera podido sentirme de los problemas que estaban viviendo intensamente Manuel Tello y sus colaboradores más inmediatos! Sin embargo, muy pronto lo comprendí: ni los viajes, ni la distancia, me alejarían nunca de esos problemas.

El martes por la noche subimos al tren que debía llevarnos a Pátzcuaro. Acompañaban al presidente Alemán, el secretario Gual, el subsecretario Tello, el senador Carlos Serrano y varios embajadores de la América Latina. El viaje, por lento, se hizo muy largo. Pensábamos llegar a nuestro destino antes de las nueve de la mañana, y llegamos casi a las doce. Tanto durante la cena, como a la hora del desayuno, el Presidente se mostró alegre y ameno conversador. Los embajadores parecían encantados de la lentitud del tren oficial. Gracias a ella, tenían pretexto para una larguísima audiencia –poco frecuente de conseguir conforme a los trámites diplomáticos.

Yo, en cambio, contaba cada minuto perdido. ¿Cómo sería el regreso, a ese ritmo de andante maestoso que el maquinista imponía al convoy? ¿Podría tomar a tiempo, el jueves por la mañana, el avión para Washington? De Washington, tras de saludar al presidente Truman, debería ir a Nueva York. Y, a París, después... De la puntualidad de mi arribo a Francia dependían muchos asuntos que no quería dejar en mora. Expliqué mi situación al licenciado Alemán, quien me aseguró que un ayudante suyo pondría oportunamente a mis órdenes un automóvil para que volviera a la capital. Tranquilizado por ese anuncio, me dediqué a contemplar el paisaje. Lo devanaban, como si fuera un hilado rico en azules, en rojos vivos y en tiernos verdes, los husos de los postes telegráficos. Michoacán es uno de los Estados más bellos de la República. No ostenta el vigor del trópico, ni su densa y caliente vegetación; pero, seguro de su elocuencia, modula con limpidez todo lo que dice, encuentra siempre la nota exacta, la frase justa, y compone los párrafos de un conjunto en el cual cada árbol, cada ladera, cada pájaro y cada nube dan la impresión de estar concebidos para el goce moral del espectador.

Llegamos, por fin, a Pátzcuaro. Surgieron músicas populares de los andenes de la estación. Centenares de indígenas pintorescos circulaban entre esas músicas. Hombres, mujeres y muchos niños vitorearon al Presidente.

Lucas Ortiz y sus compañeros nos invitaron a visitar las casas de los maestros y alumnos del Centro. Avanzamos, después, por la Avenida de las Banderas, que conducía a la finca cedida en préstamo por el general Lázaro Cárdenas. Y el programa se desarrolló en la plaza de San Francisco. Desfilaron los maestros

enviados por los gobiernos de Bolivia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras y Perú. Entre ellos, figuraba un grupo de profesores mexicanos inscritos ya en el CREFAL.

Habló, entonces, Lucas Ortiz. Leí, en seguida, mi alocución. El centro de Pátzcuaro era el primer intento serio, realizado en el plano internacional, con el propósito de responder a la alarma que producía en el mundo la enorme profusión de los iletrados. Me interesaba aclarar que no nos proponíamos solamente luchar contra el analfabetismo. El adiestramiento en la enseñanza de la lectura y de la escritura no constituiría sino una de las tareas que los maestros del CREFAL deberían perfeccionar. La educación fundamental se asignaba metas más elevadas. Pretendía proporcionar a las comunidades rurales no sólo un recurso de comunicación con el exterior, merced a los libros y a los periódicos, sino los medios elementales para una mejor adaptación de su vida a los requerimientos de la época y del ambiente. Por eso la UNESCO se empeñaría en completar los cuadros del centro con un personal especializado en asuntos de higiene, agricultura, artesanado y pequeñas industrias.

Paracho, Janitzio, Jarácuaro, Tzintzuntzan, Cherán y Carapan habían enviado a Pátzcuaro a sus mejores danzantes. Muchachas indígenas, ataviadas con sus vestidos tradicionales, bailaron frente a nosotros. Cada una llevaba un ramo de apazecua, con hojas de maíz. Alguien me explicó que aquél era un testimonio de bienvenida. De dos en dos, las muchachas se dirigieron hacia el tablado en el que nos hallábamos. Una de ellas entregó al Presidente un violín de Paracho. Otra me dio una jícara. Tello recibió una guitarra.

¡Cuánta espontánea generosidad —y cuánta ironía implícita caracterizan a los indios de Michoacán! Sus danzas me hicieron pensar, por contraste, en las que Nehru quiso mostrarme en Nueva Delhi. Era enorme, sin duda, la diferencia entre los bailarines hindúes —profesionales y metafísicos— y las mozas nacidas en Jarácuaro o en Cherán. Aquéllos hacían del baile una mística de la plástica. Oraman con el rostro, con los pies, con las manos, con todo el cuerpo... Cada uno de sus movimientos era símbolo religioso. Hasta, en ciertos instantes, la inmovilidad que adoptaban frente a un hueco dramático de la música, resultaba una acción de gracias o el anuncio de un éxtasis ritual.

Las chicas de los alrededores de Pátzcuaro no obedecían a leyes tan imperiosas. Danzaban como vivían, con la mayor naturalidad, sin parecer extraídas de un friso arcaico. Pero tanto en sus giros como en sus pausas, se advertía también una tradición: la de un pueblo que nunca recibe algo sin ofrecer mucho más de cuanto le entregan.

Hasta actos como ése, concluyen siempre en banquetes. Me pareció delicioso el que nos sirvieron. Por ventura, los discursos no fueron largos. Al hablar en nombre de la OEA, el representante de Lleras Camargo manifestó que la fuerza, sin el espíritu, sería violencia y que el espíritu, sin la fuerza, podría resultar fantasía. "Esos dos elementos no son antitéticos", dijo. "Unidos, lo pueden todo. América los tiene."

¿Cómo dudarlo? Espíritu y fuerza poseen nuestras naciones. Pero pocas veces mueven a tiempo esas dos palancas. Cuando habla el espíritu, no encuentra fuerzas en qué apoyarse. Y, cuando la fuerza se manifiesta, lo hace a menudo contra el espíritu. Educar es precisamente enseñar a unir el poder con el pensamiento, dar al hombre el sentido que proporciona fuerza a la idea y que orienta a la fuerza en la dirección que la idea debe marcarle. Por grande que fuera mi júbilo ante la creación del CREFAL, comprendí cuán pequeño resultaría ese humilde esfuerzo frente a las gigantes necesidades de las masas ignaras del Nuevo Mundo. Pero por algo debía empezarse. Y era promisorio que nuestro programa de educación rural comenzara en México.

*

Después del banquete, nos dirigimos de nuevo hacia la estación. Junto a uno de los vagones, me estaba esperando el coche que el Presidente había tenido la amabilidad de ofrecerme para el regreso. Él mismo veía con inquietud las largas horas del viaje en ferrocarril. Se despidió de sus invitados. Y tomó asiento en el automóvil, junto conmigo. Lo acompañaron el senador Serrano y el licenciado Gual.

El licenciado Alemán me explicó algunos de sus proyectos. Le conté yo mis cuitas de solitario entre delegados de mentalidades opuestas y lenguas varias, casi unánimes solamente cuando llegaba el momento de recortar las raquínicas frondas del presupuesto. De tarde en tarde, intervenía Gual Vidal... La sombra nos circundó. Brillaron las primeras estrellas. Cruzamos calles mal empedradas. Atravesamos pueblos adormecidos. Y llegamos a Los Pinos a media noche.

Debíamos salir mi mujer y yo antes de las nueve de la mañana, para tomar –a las diez– un "clipper": el que iba a Washington. El avión despegó con puntualidad. Sin embargo, pocos minutos más tarde, la voz del piloto nos indicó que tendríamos que regresar al aeródromo. Uno de los motores exigía quién sabe qué revisión. Me disgustó el incidente, mas no había razón de protesta alguna. Opté por salir de México en el avión anunciado para la noche del mismo día.

Volvimos en taxi al Hotel del Prado, donde me esperaba otra novedad. Esa, muy agradable. Sonó el teléfono de mi apartamento. Y oí la voz de don Manuel Ávila

Camacho. ¿Estaría hablándome desde Martínez de la Torre? No. Se encontraba en la capital. Había abreviado sus vacaciones. Deseaba verme. Le contesté que pasaría a saludarlo en seguida. Pero, al colgar el audífono, me desconcertó una pregunta: ¿cómo sabría don Manuel que me hallaba en México aún? Los diarios de la mañana habían publicado la hora de mi salida. ¿Quién le enteraría —tan oportunamente— del percance de mi avión?

Habita don Manuel todavía en su antigua casa, de la avenida que lleva su nombre hoy. Me recibió con visible júbilo. Tras de las preguntas del caso (¿cómo estaba mi esposa? ¿cómo se sentía él de salud? ¿me había complacido mi estancia en México?), no tardó en abordar un asunto que parecía interesarle de manera especial en aquellos días: el de la sucesión del presidente Alemán.

Se refirió a los candidatos acerca de cuyos méritos se hablaba entonces más ampliamente. Y me dijo que varios amigos suyos le habían hablado con insistencia de mí. ¿Qué pensaba yo a ese respecto?... Le respondí francamente que ni aspiraba a figurar como candidato, ni nadie me había propuesto serlo, ni podría aceptar mi postulación, pues mis padres no fueron mexicanos por nacimiento. La resolución que notó en mi rostro le hizo cambiar de tema. La charla tomó otros rumbos. Me habló de su vida en Martínez de la Torre. Me describió los caballos que prefería. Me preguntó por mi instalación en Francia. Y, al anunciarle mi vuelo a Washington, le conté lo ocurrido, por la mañana, en el aeropuerto. Me sorprendió, a ese respecto, lo dubitativo de su sonrisa. ¿Habría obedecido realmente nuestro regreso al desperfecto de uno de los motores del avión?

*

Me hizo mucho bien ese viaje a México. Resultaba innegable el progreso de la República. Surgían edificios nuevos por todas partes. Se emprendían obras de habitación nacional a lo largo del territorio. La estabilidad política del país era garantía de un desarrollo que debería encauzarse con ánimo de justicia.

Existían, infelizmente, vastas comunidades desamparadas. Empezaban a medrar demasiado los capitalistas advenedizos. Se cernían todavía serios peligros sobre un desenvolvimiento social que tendría que otorgar mayor atención a los desvalidos. Sería indispensable hacer mucho más en favor de los campesinos y limitar la ambición de los "influyentes". Faltaba mucho, sin duda, por emprender. Pero no faltaban la decisión y el impulso para emprenderlo. Se advertía, en ocasiones, síntomas de inquietud. Existía libertad, aunque no podía afirmarse que hubiera alcanzado el país madurez absoluta en la democracia.

A pesar de todo, el balance era positivo. De nuestra voluntad de renovación en el patriotismo dependería, en gran parte, el valor de México.

IV. Poesía

SOLIDARIDAD*

No sé cómo se llama,
ni en qué país existe.

Y, si pudiera oírlas,
no entendería sus palabras...

Pero siento
que su presencia súbita me acusa.
Es él...Un ignorado
a quien acaso, nada añadiría
el que supiera yo poner un nombre
sobre los rasgos lentos
del rostro inmaterial con que se anuncia.

Un hombre nada más. Sin voz. Sin raza.

Un hombre que se yergue
frente a mí: lacerado, inerme, frágil.
Y, sin embargo, invulnerable a todo
lo que a todos nos hiere en carne y hueso.

Un hombre al que jamás he conocido
y del que debo responder, no obstante,
como del caminante atropellado
en una carretera tenebrosa.

No sé cómo se llama.
Pero sé que está hecho
de todas las piedades que no tuve
para los hombres que de mí esperaban
una mirada de consuelo,
una palabra de confianza,

* Los cuatro poemas aquí publicados proceden del libro de Jaime Torres Bodet, *Fronteras*, editado por el Fondo de Cultura Económica, México, 1954, pp. 83-85, 88-91, 117-119 y 136-139.

o la dádiva, al menos,
de una mano tendida honrosamente.

No sé en qué tierra vive.
Pero sé que el país en que sus plantas
avanzan hacia mí
es tierra de mi patria verdadera.

Y lo llamo, sin nombre, y me avergüenzo...

CIVILIZACIÓN

UN HOMBRE muere en mí siempre que un hombre
muere en cualquier lugar, asesinado
por el miedo y la prisa de otros hombres.

Un hombre como yo: durante meses
en las entrañas de una madre oculto;
nacido, como yo,
entre esperanzas y entre lágrimas,
y —como yo— feliz de haber sufrido,
triste de haber gozado,
hecho de sangre y sal y tiempo y sueño.

Un hombre que anheló ser más que un hombre
y que, de pronto, un día comprendió
el valor que tendría la existencia
si todos cuantos viven
fuesen, en realidad, hombres enhiestos,
capaces de legar sin amargura
lo que todos dejamos
a los próximos hombres:
el amor, las mujeres, los crepúsculos,
la luna, el mar, el sol, las sementeras,
el frío de la piña rebanada
sobre el plato de laca de un otoño,
el alba de unos ojos,

el litoral de una sonrisa
y, en todo lo que viene y lo que pasa,
el ansia de encontrar
la dimensión de una verdad completa.

Un hombre muere en mí siempre que en Asia,
o en la margen de un río
de África o de América,
o en el jardín de una ciudad de Europa,
una bala de hombre mata a un hombre.

Y su muerte deshace
todo lo que pensé haber levantado
en mí sobre sillares permanentes:
la confianza en mis héroes,
mi afición a callar bajo los pinos,
el orgullo que tuve de ser hombre
al oír –en Platón– morir a Sócrates,
y hasta el sabor del agua, y hasta el claro
júbilo de saber
que dos y dos son cuatro...

Porque de nuevo todo es puesto en duda,
todo
se interroga de nuevo
y deja mil preguntas sin respuesta
en la hora en que el hombre
penetra –a mano armada–
en la vida indefensa de otros hombres.

Súbitamente arteras,
las raíces del ser nos estrangulan.

Y nada está seguro de sí mismo
-ni en la semilla del germen,
ni en la aurora la alondra,
ni en la roca el diamante,
ni en la compacta oscuridad la estrella,
¡cuando hay hombres que amasan
el pan de su victoria
con el polvo sangriento de otros hombres!

¿A quién dedicas, mar, tu obra incesante
y por qué, a cada triunfo, la transformas
y le añades un ay, un adjetivo,
una ola más diáfana o más tersa,
una risa, una cólera, a veces una lágrima?

¿Qué es lo que nos pides
cada vez que pareces expresarte
—y que no acabas nunca por decirnos?
¿Cómo insistes en ser lo que no eres
—línea, verso, cristal, frontera clara—
tú de quien las tinieblas son eternas?

Minuto quieres ser, tú que eres tiempo;
descanso y paz, tú que eres fiebre y lucha,
silencio tú que en todo eres clamor.

Y te miro, y me escuchas, y los años
pasan entre nosotros sin unirnos.
Y somos dos preguntas
que acaso se responden mutuamente,
pero que no sabrán jamás por qué...

EL GRAN CAÍDO

JUNTO al tronco aserrado,
miro el árbol inmenso, el gran caído.
Y no pienso, al mirarlo,
en la sombra que ayer enarbolaba
como bandera oscura del verano,
ni en el destino de las iniciales
que, en su corteza áspera, grabaron
amantes satisfechos de jurarse
eternidad bajo su eterno olvido;

ni siquiera en el hueco
que dejará su ausencia en este campo
habitulado a su sed, a su egoísmo,
y también a su dádiva, en otoño,
a su oro mortal, fecundo y libre...

Junto al tronco aserrado, pienso ahora
en la mano que vino
a destruir de pronto, entre las hojas,
la hipótesis del nido,
la promesa del canto, el puerto aéreo
que una ciudad de pájaros había
previsto ya en sus ramas impasibles,
la confianza del hombre
que solía medir por su presencia
las leguas que separan
el surco de la iglesia,
y la resignación, de la plegaria.

Un porvenir que no era solamente
el porvenir de un árbol derrotado
yace con él, se pudre con sus hojas.
Lo pisan los caballos sin mirarlo.

Lo devoran sin hambre las hormigas.
Es polvo –no de ayer–; polvo de un tiempo
que no marcan aún los calendarios.
Niega lo que no empieza.
Mata lo que tal vez no nace aún.

Un árbol aserrado, un hombre muerto
son más que sus cadáveres. En ellos
sepultaremos siempre
no un pasado de árboles y hombres,
sino una parte nuestra, irremplazable:
lo que pudieron ser, para nosotros,
en el futuro que con ellos muere.

AL HERMANO POSIBLE

I

HE SIDO. Soy. ¿Seré?... ¡Qué orgullo vano!
Otros serán por mí. Cuanto procuro,
otros lo alcanzarán, porque a mi mano
nada –ni aun el dolor– llegó maduro.

La fe que puse en el fervor humano
y en la eficacia del esfuerzo puro
acaso tú la expreses, lento hermano
que labras, con mi ausencia, tu futuro.

Acaso tú, de quien no sé ni el nombre
porque tan sólo en nieblas te presiento.
concluyas la experiencia interrumpida.

¡Y, al consagrarte al fin en monumento.
acaso te preguntes de qué hombre
fue cumplimiento y redención tu vida!

II

Como tú te hallarás, me hallé a menudo
siempre a la orilla de la obra hecha,
entre el arco y el blanco, sorda flecha
que sólo suena al dar contra el escudo.

Como tú te verás, me vi desnudo
en la hora final de la cosecha,
cuando todo en el triunfo nos desechara
y al tajo nada más se rinde el nudo.

Porque yo, como tú, frente a la gloria
del alba entre gemidos conquistada,
me interrogué: ¿Quién lucha en mi memoria?

¿Qué brazo combatió con esta espada?
¿A quién le pertenece esta victoria
que para mí no estaba destinada?

III

Ya nada entonces te dirá que he sido
—¡ni esta voz sin rescate en que me entrego!—
pues sólo para mí seguirás ciego,
hermano indispensable y desvalido.

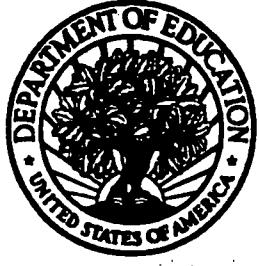
Como yo aquí mi corazón te lego
a otro —como tú, desconocido—
ofrecerás tu ánfora de olvido
para que en ella apague un santo fuego.

Te pensarás en él, cuando despierte
tu alma al sol del día recobrado
y él te afirmará sin comprenderte,

Porque frente a los dos se habrá cerrado
el mismo río de la misma muerte.
Y para un agua así no existe vado...

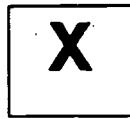


www.crefal.edu.mx

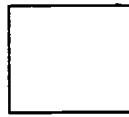


NOTICE

Reproduction Basis



This document is covered by a signed "Reproduction Release (Blanket)" form (on file within the ERIC system), encompassing all or classes of documents from its source organization and, therefore, does not require a "Specific Document" Release form.



This document is Federally-funded, or carries its own permission to reproduce, or is otherwise in the public domain and, therefore, may be reproduced by ERIC without a signed Reproduction Release form (either "Specific Document" or "Blanket").